

mientras tanto

100

Otoño 2006



Esta revista ha recibido una ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades en España.

consejo editorial Alfons Barceló, Lourdes Benería, M^a Rosa Borrás, Ernest Cañada, Juan-Ramón Capella, Xavier Domènech, José Antonio Estévez Araujo, Josep González Calvet, José Luis Gordillo, Elena Grau, Antonio Izquierdo, Julia López, Miguel Ángel Lorente, Antonio Madrid, Xavier Pedrol, Alejandro Pérez, Gerardo Pisarello, Albert Recio, Víctor Ríos, Jordi Roca, Joaquim Sempere, Héctor C. Silveira Gorski, Verena Stolcke, Enric Tello, Josep Torrell

consejo de redacción de esta entrega M^a Rosa Borrás, Juan-Ramón Capella, Xavier Domènech, Antonio Giménez, José Luis Gordillo, Antonio Madrid, Xavier Pedrol, Gerardo Pisarello, Albert Recio, Joaquim Sempere, Enric Tello, Josep Torrell

© Fundación Giulia Adinolfi - Manuel Sacristán

dirección redacción Apartado de Correos 30059, Barcelona

edita **Icaria** ✿ editorial
Arc de Sant Cristòfol, 11-23 / 08003 Barcelona
www.icariaeditorial.com

dirección suscripciones Apartado de Correos 857, Barcelona

cubierta y grafismo Josep Maria Martí

imprime Romanyà/Valls, S.A.
Verdaguer 1, Capellades (Barcelona)

Fotocomposició Text-gràfic

Depósito legal B-35.842-79

ISSN 0210-8259

publicación trimestral de ciencias sociales

la revista admite colaboraciones en cualquiera de las lenguas peninsulares

ÍNDICE

CARTA DE LA REDACCIÓN	
Los cien primeros números de <i>mientras tanto</i>	5
Un cuarto de siglo después. Del compás de espera a una nebulosa incierta	
por Miguel Candel	7
Tiempo de contrarrevolución	
por Juan-Ramon Capella	11
Socialismo y alternativas al capitalismo. Sugerencias para el debate	
por Albert Recio	43
Herencia y futuro del ecologismo	
Contribuciones a un debate	67
¿Cuál es la herencia y cuál es el futuro del ecologismo?	
por Joaquim Sempere	68
Por un ecologismo de la razón	
por Ladislao Martínez	73
Por qué luchar	
por Jorge Riechmann	79
Las flaquezas del consenso ambientalista y el dilema del ecologismo	
por Ernest García	83

Trabajo productivo/reproductivo, pobreza, y la globalización de la reproducción. Consideraciones teóricas y prácticas por Lourdes Benería	89
Hungría en 1956: los límites de la desestalinización por Josep Fontana	109
RESEÑA	
828, modelo para armar. A propósito de la historia cultural rusa por Josep Torrell	117
CITA	125



Impreso en papel ecológico
(libre de cloro).

mientrastanto.e

Mientras tanto está publicando un boletín electrónico de periodicidad mensual. Quienes deseen suscribirse gratuitamente a *mientrastanto.e* pueden solicitarlo a la dirección siguiente:

suscripciones@mientrastanto.org

CARTA DE LA REDACCIÓN

Los cien primeros números de *mientras tanto*

Lector, lectora:

Con la presente entrega celebramos modestamente los cien primeros números de nuestra revista —en realidad, los cien primeros números *y medio*, si recordamos el número especial *25 y medio* editado para oponernos al ingreso de España en la Otan—. Hemos perdido algunas batallas políticas y culturales, como la que se acaba de mencionar, pero aquí seguimos. Una revista de la izquierda social alternativa, completamente independiente y autónoma, que quiere ser un instrumento de reflexión para ponerla en común. Nuestro punto de vista lo siguen definiendo los colores de nuestra portada: rojo, verde, violeta y blanco. La relación entre todos ellos nos resulta cada ve más esencial.

Estos cien números *y medio* de *mientras tanto* han sido fruto de la colaboración de muchas personas. Ante todo, de los suscriptores y lectores que sostienen la revista. De la aportación económica inicial de quienes hicieron posible su puesta en marcha. De personas que no siempre han figurado en los créditos, como Neus Porta, quien con sus compras de papel logró abaratar la producción en los primeros años de la revista, cuando resultaba difícil mantener la flotación. *Mientras tanto* es también fruto del trabajo de las numerosas gentes que pertenecen o han pertenecido a su redacción o a su colectivo

editor. De las modestas empresas que se encargaron lucrativa pero afectuosamente de la impresión, encuadernación y distribución de la revista; y, últimamente, de editorial Icaria, que carga ahora con la labor de edición y envío con la que durante años cargaron los miembros de los colectivos de redacción.

Que no hayamos mantenido la combinación de trabajo manual e intelectual que para los redactores significó *mientras tanto* en sus etapas iniciales no es nuestro peor defecto: lo es, en cambio, que no hayamos sido capaces de soslayar el principal rasgo negativo y cainita de las gentes de la izquierda social y política de nuestro país: que las polémicas entre nosotros se hayan traducido en distanciamientos y en contraposiciones. Lo decimos autocríticamente y con sinceridad: nada sería mejor para este instrumento de la izquierda cultural y política que es *mientras tanto* que el regreso a la redacción, al colectivo editor o a la pura y simple colaboración de aquellos amigos con los que hemos entrado en polémica o a quienes no hemos sido capaces de entender. Pero también lo decimos críticamente. Los distanciamientos y las divisiones hacen más pequeños los lugares de encuentro, y limitan la capacidad colectiva para abordar proyectos más ambiciosos cuando los básicos, como la continuidad de una publicación y el punto de vista emancipatorio de su grupo redaccional, parecen consolidados.

Han cambiado muchas cosas desde que, con el impulso de Giulia Adinolfi y Manuel Sacristán, apareció el primer número de nuestra revista. Pero si repasamos sus páginas creemos que el conjunto de las gentes que la han producido y que la seguiremos poniendo a disposición de los lectores y lectoras podemos estar modestamente satisfechos del balance. Sólo nos resta esperar, entonces, que este centenar de números que quedan a nuestras espaldas no nos hagan excesivamente *respetables*.

Cordialmente,

La redacción

Un cuarto de siglo después Del compás de espera a una nebulosa incierta

MIGUEL CANDEL

Cuando hace algo más de 25 años iniciaba esta revista su diálogo con los lectores, en el mundo se estaba cerrando un ciclo que podríamos caracterizar como el «eco» (apagado y fuertemente distorsionado, sin duda) de la Revolución de Octubre. Si el ciclo correspondiente a ésta se había cerrado con el ascenso de los fascismos y el enquistamiento de la experiencia soviética que se conoce como estalinismo, el ciclo siguiente, iniciado con la derrota nazi-fascista en la Segunda Guerra Mundial, concluía con las últimas victorias (Vietnam, Camboya, Nicaragua) del movimiento antimperialista, cuyo fruto más destacado había sido la descolonización de Asia y África.

En cambio, el nacimiento de *mientras tanto* obedecía (como denota su mismo nombre) a la constatación de que las fuerzas emancipatorias entraban en un compás de espera, en un período de receso forzado por la victoria a escala mundial de la reacción capitalista. Lo que en aquel momento se llamó «agotamiento del impulso generado por la Revolución de Octubre» se tradujo, no sólo en la descomposición del régimen soviético y sus satélites, sino en la integración sin reservas de la izquierda comunista occidental en el orden social burgués, así como en la búsqueda atolondrada de salidas al fracaso de la economía planificada por los pocos Estados socialistas supervivientes.

Como ocurre en el deporte de competición con los equipos que van perdiendo el partido, este período se ha caracterizado desde un principio por los reproches mutuos y la búsqueda de culpables del fracaso en las propias filas de los perdedores. Y también, como en la situación que nos sirve de término de comparación, ha predominado la tendencia a ver la razón de la derrota más

en los fallos propios que en los aciertos ajenos. (Lo cual, dicho sea de paso, no es sino un síntoma de soberbia que resulta extremadamente funcional para consolidar la victoria del adversario.)

Las razones del actual dominio del capital sobre todas las esferas de la vida humana son claras y tienen poco que ver, por ejemplo, con la desmoralización causada por los procesos de Moscú, las intervenciones soviéticas en Hungría y en Checoslovaquia y, en general, los modos dictatoriales adoptados por los regímenes socialistas. Sí tienen que ver, en cambio, con la capacidad del sistema capitalista para embotar la conciencia de explotación con la proliferación de bienes de consumo frente al subconsumo endémico de las economías planificadas. Lo cual, a su vez, es consecuencia de la posición de partida en 1945 del capitalismo norteamericano, dueño indiscutido de los recursos de un doble continente al que los dos mayores océanos del mundo habían mantenido a cubierto de las tormentas de destrucción desatadas sobre Europa y Asia en los años treinta y cuarenta.

La libertad de mercado (y su correlato, la libertad de explotación), combinada con las recetas keynesianas de un intervencionismo estatal selectivo, dio como resultado, desde mediados de los cincuenta hasta mediados de los setenta, una elevación sin precedentes del bienestar material de las clases trabajadoras en los países centrales del sistema, con el lógico corolario de una creciente aceptación de éste por aquéllas. La degradación simultánea y correlativa de las condiciones de vida de los productores de la periferia, en cambio, no se tradujo en una rebelión general de éstos, debido a una serie de factores que impidieron la desestabilización del orden neocolonial.

Entre esos factores destaca la válvula de escape que representa para los países periféricos la emigración hacia los centros industrializados. Las masas de emigrantes, a la par que alivian la presión social en los países de origen, contribuyen a frenar las reivindicaciones sociales en los países de destino, al conformarse con niveles de bienestar que, aun siendo bajos, superan con creces los disfrutados en los países de procedencia.

Si a ello se añaden, en el caso de África, los conflictos étnicos y, en el caso de América Latina, el control social ejercido por las oligarquías locales con ayuda, siempre que ha sido necesario, de la fuerza militar, no es de extrañar que los Mossadeq, Lumumba, Ben Bella, Goulart, Torrijos, Allende y un largo etcétera fueran barridos por la reacción.

El ciclo en que nos hallamos ahora («mientras tanto») podría caracterizarse, en lo que hace a los países desarrollados, por una combinación de las dos

estrategias de contención utilizadas por los beneficiarios del sistema durante el ciclo anterior. Por un lado, se aprovecha el reblandecimiento del movimiento obrero por los hábitos consumistas creados en la fase anterior para golpear con contundencia a sus sectores más débiles y generalizar la llamada «precariedad laboral» (eufemismo posmoderno para designar lo que antes llamábamos pura y simplemente «explotación de los trabajadores»). Por otro lado, se busca (y se consigue fácilmente) crear un colchón de consenso social formado por capas privilegiadas de asalariados generosamente remunerados. Ni siquiera es necesario «blindar» las expectativas de renta de todos ellos, como ocurre con ciertos directivos de entidades financieras y otros altos gestores del sistema: muchos de los nuevos cipayos han interiorizado hasta tal punto la ideología del «riesgo empresarial» que no encuentran reparos en que sus puestos de trabajo pendan del hilo de la coyuntura económica, a condición de que «sea muy bonito mientras dure» (es decir, que puedan tirar de Porsche, todoterreno, apartamento de lujo, chalé con piscina y Visa Oro a cargo de la empresa).

En algunos países periféricos, en cambio (particularmente en América Latina), el sistema da algunas señales de agotamiento. No vale la pena entrar en detalles de todos conocidos. Pero, dada la creciente interdependencia de los procesos sociales y económicos, no parece casualidad que el aparente despertar al sur del Río Grande coincida con los primeros síntomas de crisis del modelo energético vigente. Reacción frente a esos síntomas es la sangrienta invasión del Iraq por los Estados Unidos y sus satélites. En efecto, todo parece indicar que en un futuro más próximo que lejano no bastará con mantener a la monarquía feudal saudí (incluida, por supuesto, la familia Bin Laden) machihembrada a la oligarquía petrolera tejana: será necesario poder disponer libremente de los pozos mesopotámicos, iraníes y del Caspio. Pero para eso habrá que tener pegando tiros en Oriente a unas tropas profesionales de recursos humanos no ilimitados (que cada vez lo serán menos, a la vista de unos partes de bajas que, de seguir así, pronto alcanzarán dimensiones «vietnamitas»). Y si están pegando muchos tiros en Oriente, no podrán pegar tantos en Occidente, para alivio de Chávez y compañía.

Si a eso se suma el creciente poderío de los gigantes asiáticos, China y la India, no parece que la actual estabilidad del sistema centrado en lo que Samir Amín denomina «la tríada» (Estados Unidos, Unión Europea y Japón) vaya a perdurar indefinidamente. Lo cual no quiere decir que el resultado de su futura desestabilización haya de ser sustancialmente mejor que lo que tenemos ahora. Mucho dependerá del sentido en el que evolucione China. Si opta por la absoluta complementariedad con la economía de la tríada (cosa nada improbable), podría acabar siendo el principal garante de la continuidad del presente orden capitalista mundial. Si el gobernante Partido Comu-

nista decidiera, en cambio, que la peculiar «NEP» aplicada hasta ahora ya ha creado la acumulación de riqueza y de experiencia gestora necesarias para sostener una eficaz economía no capitalista y que es hora de agradecer a las empresas extranjeras los servicios prestados y proceder a su nacionalización, entonces podrían pasar muchas cosas. Entre ellas, desde luego, una catastrófica guerra entre los Estados Unidos y China por la hegemonía mundial. Pero las variantes posibles son innumerables (con incógnitas tales como la de cuál sería la actitud de Rusia frente a un giro «resocializante» en China, o qué posturas adoptarían la Unión Europea y el Japón).

De manera que, si *mientras tanto* llega a celebrar un día la publicación de su número 200, es más que probable que el editorial homólogo de éste tenga un tono muy distinto. Pero hoy por hoy resulta imposible predecir cuál.

Tiempo de contrarrevolución*

JUAN-RAMON CAPELLA

La Gran Restauración

En el último veintenio del siglo XX se consolidó un proceso de cambio social que acabaría afectando a todo el mundo y que constituye un auténtico «fin del mundo»: una contrarrevolución totalizante, referida a numerosos aspectos de la existencia social, de dimensiones no meramente nacionales sino internacionales e incluso en no pequeña medida «globales». Se trata de un proceso de *restauración* del capitalismo, que ha puesto las bases de su despliegue renovado. Este proceso será llamado aquí *la Gran Restauración*. Inicia un tiempo revolucionario de contrarrevolución.

La Gran Restauración capitalista es vista a veces como un proceso de globalización o de mundialización de las relaciones sociales, y no es poco lo que se ha escrito sobre ella desde esta perspectiva. Sin embargo tal perspectiva, que ha hecho fortuna a partir de una descripción altamente sesgada por parte de sociólogos y economistas anglosajones —empezando por su más eficaz propagandista, Giddens—¹ tiende a dejar en la sombra aspectos fundamentales del proceso mismo, o a tomar la parte por el todo al contemplar sólo su vertiente económica o incluso únicamente alguno de los factores de ésta.²

* Este texto es el sexto capítulo del libro *Entrada en la Barbarie* (Trotta, Madrid), que se anticipa aquí gracias a la amable autorización de Trotta s.a. editorial.

1. Vid. A. Giddens, *Sociología*, Alianza, Madrid, 1996, espec. cap. XVI.

2. Así ocurre, por ejemplo, en Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Taurus, Madrid, 2002, un trabajo por otra parte valioso.

Además, en las aproximaciones a la Gran Restauración enmascarada de mera «globalización» espontánea se tiende a incluir en esta última procesos sociales paralelos que tienen una génesis y una lógica propias, sólo moduladas lateralmente por el fenómeno principal, como es el caso del ímpetu del feminismo y de un movimiento antipatriarcalista internacional, añadido por Giddens a su modelo como la *cara amable* de la «globalización».

El punto de vista globalista, sobre todo, se desentiende de la génesis causal de la Gran Restauración y de su vinculación a fenómenos de poder, esto es: de su vertiente política.

Aquí se sostendrá que la Gran Restauración es el resultado de *dos* grandes procesos de distinta naturaleza, uno de los cuales ha abierto posibilidades al otro y que han acabado fusionándose. La Gran Restauración del capitalismo ha sido posible gracias a la conjunción de una *revolución* industrial, esto es, de una renovación profunda de las técnicas y la organización de la actividad productiva, y una *contrarrevolución* política internacional por liberar de limitaciones y obligaciones de todo tipo al capital —a los capitales— y ampliar los ámbitos en que la vida en sociedad puede ser fuente de lucro privado. La *fusión* de ambos procesos orientándolos en una misma dirección estratégica ha dado lugar a una lógica social neoliberal que parece convalidarse —o, como decía P. Bourdieu, autoverificarse— a sí misma.

El carácter internacional de la Gran Restauración dificulta la precisión de su descripción: la propia diversidad de las sociedades afectadas por ella —desde las sociedades opulentas o «centrales» a los países más empobrecidos—, la asincronía de la puesta en movimiento de los procesos de cambio y sus diferentes velocidades, así como la propia interdependencia de muchos de sus factores, hacen prácticamente imposible una descripción analítica precisa en un espacio limitado. Tampoco es fácil calibrar la relevancia de los datos cuantitativos cuando éstos no proceden de las fuentes más fiables (las organizaciones internacionales públicas, algunos «observatorios» no gubernamentales),³ y también cuando las categorías analíticas que sirven para catalogar esos datos resultan más que dudosas. De modo que la descripción de la Gran Restauración será aquí inevitablemente cualitativa, aunque no por ello ciega a la interrelación de los procesos sociales pues pondrá de relieve las líneas de tendencia.

3. Son de valor inestimable los *Informes sobre el desarrollo humano* que la ONU viene publicando desde 1990, accesibles a través de internet. También los informes anuales del *Worldwatch Institute*.

La tercera revolución industrial

La base tecnológica de la Gran Restauración es lo que se conoce como la tercera revolución industrial, esto es, un cambio cualitativo de importancia en los procesos productivos.

La segunda revolución industrial creó la fábrica fordista, que concentró el trabajo simultáneo de millares de obreros, usó técnicas tayloristas de descomposición analítica de las actividades productivas y asignó sus partículas elementales a trabajadores distintos. Logró así una notable elevación de la productividad del trabajo y, mediante el cambio técnico continuado, incrementó no sólo los beneficios empresariales sino también la masa de los bienes-salario y de los salarios indirectos. Un pacto social entre el estado, el empresariado y las instituciones de los trabajadores fue esencial para garantizar las condiciones necesarias para ese proceso de crecimiento económico sostenido, que durante décadas hizo posible una aproximación al pleno empleo y el crecimiento y la concentración empresarial en grandes entidades multinacionales.⁴ Pero a mediados de los años setenta del siglo XX⁵ este modelo se había agotado: ya no era capaz de satisfacer las nuevas demandas de los trabajadores ni de mantener las tasas de las ganancias empresariales.

Sin embargo durante la década anterior se habían puesto a punto nuevas tecnologías, que habían quedado teóricamente disponibles para su introducción en la producción, aunque eso exigía una gran inversión nueva en bienes de equipo y una transformación de las proporciones de la asignación del capital a los diferentes factores productivos.

Estas tecnologías eran la informática, la química industrial y la biotecnología —para la obtención de nuevos materiales— y la publicidad de masas, principalmente. A ello se añade un experimentado y renovado *saber organizativo* que resultará decisivo para la innovación tecnológica y política.

Es preciso recordar que los cambios tecnológicos jamás son puramente técnicos, ya que a la base tecnológica hay que añadirle siempre una instrumentación política más o menos intensa para que el *cambio* ya dado en el universo de las ideas tecnocientíficas se materialice en la realidad. Por eso en la descripción de las nuevas tecnologías serán inevitables las referencias metatecnológicas.

4. El tema se trata en el capítulo primero de *Entrada en la Barbarie*.

5. En 1973 se produjo una primera «crisis del petróleo», que encareció la base energética de todos los procesos productivos; la crisis petrolera se reavivó a finales de la década.

Examinaremos propedéuticamente los cambios tecnológicos con algún detalle. La renovación organizativa empresarial merecerá sin embargo consideración separada, pues de una parte es función de las posibilidades abiertas por la informática y de otra de la propia contrarrevolución política —esto es: se trata del cambio o manejo de cambios más dependiente de los factores propiamente políticos—; el *saber organizativo* en términos estrictos es sólo un componente de esta renovación. Que será examinada con cierto detalle, ya que en las consideraciones habituales sobre el cambio tecnológico y la «globalización» su importancia suele pasar desapercibida. Aquí se sostiene en cambio que se trata de un componente esencial de la Gran Restauración.

Veamos primero los elementos más propiamente tecnológicos de la revolución industrial.

El papel de la informática

La aplicación de la informática a los procesos productivos y al intercambio social en general ha sido una de esas mutaciones decisivas que sólo se han producido de tarde en tarde en la historia de la humanidad. Nos falta perspectiva y distanciamiento históricos para poder mensurar su alcance con objetividad, pero seguramente haya que situarlo en algún punto de una línea de referencia imaginaria que corra entre acontecimientos sociales de tanta potencialidad transformadora como la invención de la escritura o la primera industrialización. Si la invención de la escritura permitió objetivar fragmentos del pensamiento humano para una transmisión distante en el tiempo y en el espacio, y la revolución industrial atribuyó al maquinismo concentrado parte de la acción social de producir, la informática ha hecho posible automatizar acciones que antes necesitaban la intervención intelectual directa e inmediata de los seres humanos, y en particular las de control de los medios industriales. La humanidad —el *homo faber*, en definitiva— había logrado interponer entre sí misma y la naturaleza un complejo entramado artefactual para transformar esta última y hacer posible el sustento —desde el hacha de sílex a las industrias—; ahora, además, ha interpuesto entre ella misma —los seres humanos— y ese entramado artefactual un meta-artificio, por decirlo así, que tendencialmente le permite objetivar el control del entramado artefactual mismo. Hemos entrado en una fase nueva de la mediación de la técnica en el metabolismo entre los seres humanos y la naturaleza.

La informatización creciente de las operaciones productivas y de ciertos intercambios sociales tiene, por supuesto, consecuencias en el dispositivo artefactual: gran parte de él se tornó obsoleto, como los saberes que servían para manejarlo, y se ha renovado para mutar permanente y aceleradamente. Pero más importantes que éstas son otras consecuencias culturales de la

informatización: la información y su tratamiento se han convertido en los medios decisivos —y en el sistema actual privatizables— de los procesos productivos; la *socialización objetiva* de estos mismos procesos, esto es, su realización a través de la composición de actividades de humanos muy diversas y parcelarias, se ha incrementado y adensado, lo que ha vuelto a la humanidad misma más interdependiente que nunca.

(No es cierto que el movimiento de las alas de una mariposa en Brasil pueda causar una catástrofe en las antipodas: eso es una broma de epistemólogos; en cambio, es cierto que el virus introducido por juego en internet por un *hacker* adolescente puede volatilizar el resultado de millones de horas de trabajo altamente especializado, que la ruptura de un oleoducto o la amenaza de una crisis política puede originar un cambio bursátil saldado en despidos de millares de trabajadores, o que una matanza en Nueva York es condición de la previsible muerte en masa de personas en varios países al otro lado del océano.⁶)

La informatización ha hecho *posible* el licenciamiento en masa de trabajadores de la industria y los servicios, sustituibles por dispositivos cibernéticos. No obstante, que el tiempo de trabajo reducido por la tecnología informática se haya transformado en falta de trabajo para las personas y no en tiempo libre o en actividades humanas nuevas y superiores no es una consecuencia de la tecnología informática en sí misma, sino de la política de sustitución tecnológica aplicada por los poderes económicos y políticos.

La informática ha creado un nuevo ámbito comunicativo mundial y a efectos prácticos instantáneo —internet—; y, en general, ha revolucionado el universo de las comunicaciones. La informática ha creado nuevos utensilios para su uso fuera del ámbito de la producción mercantil: los ordenadores personales y los videojuegos, para empezar, convertidos en instrumentos poderosos de educación informal de personas de todas las edades, de conformación de las mentalidades; e igualmente utensilios y máquinas para numerosos aspectos de la *producción doméstica*, para el poco considerado —por extramercantil— trabajo doméstico —por la vía de la agroindustria y de los electrodomésticos se ha conseguido penetrarlo mercantilmente en parte—, y para la actividad colectiva en el territorio, sobre todo la vida urbana.

Además ha estimulado una mitología político-cultural sobre la técnica: la creencia filosófica de que la humanidad es prisionera de la tecnología como antes fue esclava de la naturaleza, creencia a cuya difusión se han aplicado

6. Sobre la previsibilidad: vid. mi trabajo «Tras el atentado masivo», en *Brumaria* (Madrid), nº 1, verano 2002, pp. 17-18.

numerosos académicos poco inclinados a reflexionar en términos contingentes e históricos.

La capacidad de acumular información es también un importante medio de poder: para el poder empresarial y para el poder político. Nada como la informática ha hecho tanto para el control de poblaciones.

Nuevos materiales e industrias

El segundo componente tecnocientífico de la tercera revolución industrial lo constituyen los nuevos materiales e industrias, que se desarrollan al impulso de la introducción de la informática. Los nuevos materiales de origen químico han permitido la sustitución de materias primas en trance de agotarse, lo que aplaza la incidencia de este factor de la crisis ecológica y abarata de nuevo la producción.

Las biotecnologías, por otra parte, aplicadas a unas agricultura y ganadería industrializadas, han generado cambios de gran calado en este sector de actividad, rápidamente convertido en agroindustria. Los efectos de esta transformación afectan a poblaciones enteras. En los países opulentos, han permitido modificar generalizadamente los hábitos alimentarios, y la interdependencia social acrecentada la muestran tanto la oferta permanente, con independencia del ciclo estacional, de todo tipo de productos agroindustriales cuanto la aparición de alarmas sanitarias internacionales, como la enfermedad «de las vacas locas» o la gripe aviar. En los países pobres, las simientes modificadas industrialmente han dado lugar a movimientos de pseudocrecimiento seguidos de empobrecimiento masivo al destruir las economías de subsistencia tradicionales y transformarlas en economías dependientes debido a las costosas pero necesarias importaciones de los países opulentos.

La biotecnología animal y humana ha creado poderosas industrias biomédicas altamente innovadoras cuya peligrosidad es puesta de manifiesto por la generalización de «comités de ética» casi siempre dedicados a legitimar ante la opinión pública las conveniencias de la industria. La mixtura de nueva tecnología y afán de lucro redundan no sólo en nuevas aportaciones sanitarias sino también en lacras sociales en combinación con las condiciones políticas:⁷ así, la extensión del virus del sida entre poblaciones que no pueden

7. Las enfermedades más extendidas tienen en el sur distinto grado de incidencia que en el norte opulento. La malaria afecta sólo al sur; la tuberculosis 13 veces más a las poblaciones del sur que del norte; el sida afecta sobre todo al sur, pero como también es una enfermedad temida en el norte se invierte en la investigación sobre ella 7 veces más que en la búsqueda de una vacuna contra la malaria.

pagar los medicamentos ni los profilácticos; o en un «mercado negro» monstruoso donde se trafica con órganos humanos obtenidos a menudo criminalmente. Aparece también un terror cultural difuso ante los acelerados cambios en la vida humana que esta industria introduce sin control.⁸

Este aspecto renovador de la tercera revolución industrial no tiene una lógica autónoma. Su expansión incontrolada es una cuestión *política*. Como señalaba Sacristán, ciertas tecnologías son peligrosas *ontológicamente*, en sí mismas —pues pueden causar daños incalculables e irreparables—. Ante ellas es razonable interponer un principio cautelar general.⁹ Sin embargo se han desarrollado hasta ahora bajo el principio contrario del *laissez faire*.

El papel de la publicidad de masas

La industria de masas de la segunda revolución industrial, al encontrarse con dificultades en la esfera de la comercialización de sus productos, cuya asequibilidad precisaba dar a conocer, empezó a recurrir extensamente a la publicidad. Dicho de otro modo: la publicidad difusa nace de una dificultad objetiva de la producción masiva en la fase de la comercialización, de la distribución mercantil de los bienes, necesaria para recuperar la inversión del capital. Sin embargo los nuevos medios audiovisuales convirtieron a su vez la industria publicitaria en una industria de masas: una industria de producción de contenidos de consciencia¹⁰ —o, si se atiende al resultado final, de atribución de sentimientos de carencia generalizados entre las poblaciones por mucho que estén suficientemente dotadas de bienes—. Los nuevos medios técnicos permiten multiplicar y difundir los contenidos de consciencia —lenguaje escrito, imágenes, sonidos— a costes muy bajos. Con la tercera revolución industrial se han convertido en un elemento indispensable de la reproducción social, con funciones incluso agregadas a las que originariamente tuvieron.¹¹

8. El film de Ridley Scott *Blade Runner* (1982), referencia de un género cinematográfico, es expresivo del ambiente cultural creado por la expansión incontrolada de las biotecnologías. La mayor parte de las obras artísticas sobre el futuro de la humanidad son ahora cacotopías, anticipaciones pesimistas. He examinado este punto en «La ciudadanía de la cacotopía», en F. Quesada (ed.), *Naturaleza y sentido de la ciudadanía hoy*, Ed. UNED, Madrid, 2002, pp. 193-220.

9. Vid. E. García, *Medio ambiente y sociedad*, Alianza, Madrid, 2004.

10. Según la precisa y temprana caracterización de H. M. Enzensberger, *Detalles* (1962; Anagrama, Barcelona, 1969), especialmente el capítulo «La manipulación industrial de las consciencias».

11. Según J. Sempere, «El volumen mundial de gasto en publicidad alcanzó en 2002 los 446.000 millones de dólares USA, una cifra que multiplica por 9 el gasto en publicidad de 1950 —y que representa algo así como la mitad del gasto mundial en armamento—.» («Prohibamos la publicidad comercial», en la revista electrónica *mientrastanto.e*, nº 38, 4 de julio de 2006). Los datos dinerarios merecen comentario: de un lado, los productos de la industria publicitaria son muy baratos y los de la industria armamentista carísimos; de otro, los unos los pagan las personas como consumidores y los otros como contribuyentes.

Los contenidos de consciencia publicitarios llenan a rebosar el ámbito de la comunicación pública. Es imposible sustraerse a la recepción de esos mensajes y en cierta medida a su interiorización. La industria publicitaria se ha ampliado convirtiendo una amplia gama de productos culturales —periódicos, revistas, programas audiovisuales, espectáculos deportivos— en meros soportes de sus mensajes. La eficacia de esta industria se basa en la repetición y en la apelación más o menos indisimulada, a través de sus contenidos, a necesidades básicas de los seres humanos: la necesidad de sexo y la necesidad de reconocimiento, convertidas en objeto de una persecución compulsiva a través de actos adquisitivos.

La industria publicitaria ha pasado a ser el principal instrumento de educación informal de los seres humanos para adaptarlos a la lógica de la concurrencia. No importa que muchos de los productos de esta industria sean de ínfima calidad: su eficacia está garantizada por su inserción en la trama publicitaria misma. La cual contribuye como tal —en su conjunto— a eclipsar o trivalizar en la consciencia colectiva las contraposiciones sociales y a educar en la aceptación de las relaciones capitalistas de producción. Pues no es otra cosa la aceptación acrítica del consumo no generalizable.

El ágora pública se halla fuertemente condicionada por la industria publicitaria de masas. Ésta desempeña una función de primera magnitud en la Gran Restauración al congelar el imaginario social y tender a anular la autonomía de su capacidad instituyente.

La renovación organizativa empresarial

Los cambios organizativos de la actividad empresarial, impulsados y retroalimentados por los demás elementos de la tercera revolución industrial y por la contrarrevolución conservadora, son múltiples. Aquí, más que describirlos pormenorizadamente, se intentará conceptualizarlos genéricamente.

Cambios de escala

En los años setenta del siglo XX el número de empresas multinacionales no superaba los pocos centenares. En 1997, a finales del siglo, eran más de 40.000. Eso significa una gran transformación en la organización de la producción con un impacto muy significativo sobre ésta, pues las doscientas empresas transnacionales más importantes tenían entonces un volumen de negocios superior a la cuarta parte de la actividad económica mundial, aunque empleaban sólo a 18,8 millones de asalariados, o sea, a menos del 0,75

% de la mano de obra del planeta.¹² En 1992 unas setenta compañías intervenían en la mitad de las ventas del mundo.¹³

Las compañías transnacionales representan una enorme concentración de capital, de poder y de capacidad de decisión, y confirman así una de las tesis prospectivas de K. Marx que conservan vigencia. Muchas de tales empresas son lo que se solía llamar *conglomerados*, esto es, se ocupan de la producción de muchos tipos diferentes de bienes y servicios y se extienden por distintas ramas de la producción.

Se suele decir que las compañías transnacionales cuentan con una flexibilidad organizativa de la que carecían las grandes empresas de tipo fordista. Algunas compañías —sobre todo las japonesas— tienen un centro de decisión metropolitano; otras, en cambio, son policéntricas, esto es: las sedes de los diferentes países siguen directrices muy amplias elaboradas en algún centro metropolitano o consensuadas entre diversos centros; otras tienen una estructura de dirección geocéntrica, con directivos que se desplazan continuamente de un punto a otro del planeta.¹⁴

Las absorciones y fusiones de empresas grandes y pequeñas forman parte de la cotidianidad: esos monstruos organizativos intentan fagocitarse constantemente los unos a los otros. Por eso se puede afirmar que la tendencia a la concentración del capital y a la multinacionalización de la producción es hoy más intensa que nunca.

Esta tendencia es el resultado de la lógica interna *del capital*. Pero vale la pena preguntarse si tal lógica coincide con la de la racionalidad productiva. Para responder a esta pregunta es necesario dar un rodeo que permita traer a colación el enlace entre la lógica del capital, de las relaciones sociales capitalistas, y el enriquecimiento particular de personas concretas.

La institución «empresa» es característica del capitalismo moderno; sin embargo, en la producción no nace con él, sino que se afianza tardíamente. Las primeras «compañías» o «empresas» fueron no tanto productivas cuanto comerciales. La actividad productiva capitalista propiamente dicha la emprendieron «patrones» individuales, que sólo con el tiempo dieron lugar a empresas en el sentido contemporáneo al precisar la asociación de varios capitales.

12. Datos de I. Ramonet, «Régimes globalitaires», en *Le Monde Diplomatique*, enero 1997.

13. A. Giddens, *Sociología* cit., p. 577.

14. Vid. K. Ohmae, *The End of the Nation State. The Rise of Regional Economics*, McKinsey, Chicago, 1995.

Ello suscitó a la larga una disociación entre la «propiedad» y el «control» de la empresa, inicialmente indiferenciados. Y muy pronto los capitales percibieron que la decisiva cuestión del *control* no dependía necesariamente de la posesión de la mayoría del capital. Una parte muy substancial de éste podía ser *disperso* y pertenecer a una legión de pequeños inversionistas, a partir de formas jurídicas diversas (desde la emisión de títulos de crédito a la formación de sociedades en cascada, o a través de institutos como los fondos de inversión) remunerados pero carentes de la menor posibilidad de control sobre las decisiones empresariales.

Este sistema, subyacente a la formación de grandes empresas, se ha vuelto muy complejo en el caso de las compañías transnacionales. La mayor parte del capital es aportado por entidades interpuestas —por ejemplo, las sociedades financieras, los fondos de pensiones y de inversión colectiva, etc.— que en la mayoría de los casos carecen de todo poder decisorio. Éste se concentra en los consejos de administración y en los principales directivos, los cuales, con parcelas mínimas o incluso nulas de propiedad, ejercen un control empresarial directo y están en situación de beneficiarse a enorme escala de las actividades productivas reales. Pues las grandes empresas se caracterizan por su *opacidad* real. Los gestores, a voluntad, pueden ocultar beneficios o simularlos en amplia medida a través de la ingeniería contable y financiera, ya que en realidad las cuentas sometidas a los accionistas suelen ser sólo *estimaciones*.

Que se trate de *estimaciones* resulta fácil de comprender: los activos de la sociedad se pueden revalorizar —por ejemplo, sus predios, sus expectativas— y ello figurar o no, según convenga, en las cuentas anuales. Cada día hay muestras de ello. Ahí está, paradigmáticamente, el caso de Enron, una de las principales multinacionales norteamericanas, *vaciada desde dentro* por sus directivos —como le ocurrió al banco español *Banesto*, entre otros—, sin que nadie lo advirtiera durante años; la sociedad de consultoría Arthur Andersen (a su vez una empresa multinacional) que certificaba falsamente sus cuentas se vino abajo al perder su *credibilidad*. Otro ejemplo más cercano y reciente: la multinacional española Repsol, una compañía presentada como modélica por el entonces dirigente petrolero D. Cheney hace pocos años, se ve obligada a declarar que sus expectativas de crudo son muy inferiores a las anunciadas y pierde enteros en su cotización bursátil: su valor se *volatiliza* para sus propietarios sin que eso afecte a los administradores responsables. Los *resultados* de la actividad económica empresarial se estiman en todo caso crematísticamente y en términos individuales: la *destrucción* que genera esa actividad no figura en cuenta alguna.

La *escala* a la que operan las compañías multinacionales vuelve su realidad económica tan impenetrable como la de los antiguos *kombinats* soviéticos.

Sus dirigentes sectoriales pueden ser objeto de promoción o degradación no ya por la consecución de resultados productivos determinados, sino por su habilidad para alinearse en las variables correlaciones de fuerzas que deciden la composición de los consejos de administración y de las líneas de mando. A estas pugnas pueden ser subordinados sectores productivos enteros. La abundancia de decisiones productivas disparatadas (los primeros ordenadores personales de IBM, tan mal concebidos que la empresa hubo de tolerar su clonación para no perder cuota de mercado ante su rival Macintosh, o parecido error de cálculo de Philips, con sus ordenadores-nodrizas, o el fracaso de los sistemas Beta y laser-disc de Sony) muestra que la acumulación de talento asalariado por las grandes multinacionales no garantiza decisiones productivas atinadas por parte del sistema en que ese talento se halla inserto. Y los *propietarios* —compradores de los volátiles *papelitos* que esas compañías venden como títulos de propiedad— nada pueden hacer para controlar la gestión ni sus resultados.

Cambios en la financiación

Pues, efectivamente, la financiación capitalista de las grandes empresas ha cambiado también. Nuevos instrumentos jurídicos permiten que confluyan en ellas microscópicos capitales particulares, sin efectivo control como se ha visto, a partir de las entidades financieras públicas y privadas, los fondos de inversión, los planes de pensiones que concentran el pequeño ahorro de los estratos medios de las poblaciones occidentales. Además las grandes compañías están en condiciones de exigir a las instituciones públicas del presente diferentes tipos de financiación directa o indirecta: terrenos para sus instalaciones industriales, obras públicas para facilitar la instalación, avales públicos, beneficios fiscales, condiciones laborales ventajosas. La desinversión (*deslocalización*) puede ser también una fuente de beneficio adicional, vendiendo caro lo conseguido a bajo coste —predios, ante todo—. Todo eso sin hablar de instituciones como los *futuros* (opciones de compra de bienes futuros) o *seguros* sobre esos *futuros*, o sea, títulos jurídicos sobre bienes inexistentes —o sobre *trabajo futuro*, según se quiera ver—, que sin embargo pueden cotizar hoy en los mercados financieros de este mundo «keynesiano al revés». Estos mecanismos de financiación —realmente, *el capital como espíritu puro*, según penetrante caracterización de P. Barcellona—¹⁵ no garantizan en verdad que se produzca nueva inversión real —ahí están los bajos índices de crecimiento del capitalismo neoliberal contemporáneo frente a los de la etapa anterior—, pero sí la concentración de las ganancias en las cúpulas dirigentes del sistema empresarial.

15. P. Barcellona, *Il capitale come puro spirito*, Riuniti, Roma, 1990.

Funcionamiento en red

Un cambio organizativo importante, que da poder a las grandes empresas frente a las instituciones públicas y frente a los trabajadores, es el funcionamiento en red: consiste en la dispersión de sus centros productivos en localizaciones diferentes, en varios países y bajo coberturas jurídicas diferenciadas, centros a los que se asigna una tarea *parcial* en el proceso de producción mediante la segmentación de éste.¹⁶

La capacidad de segmentar el proceso productivo, privilegio de la dirección empresarial, parece uno de los factores organizativos decisivos: si bien se mira, esa capacidad se halla por debajo tanto de los procesos productivos tayloristas como de los procesos productivos en red. El funcionamiento en red facilita la adaptación empresarial a la elasticidad y volatilidad de la demanda de los bienes que produce, las cuales son en último término una consecuencia de la forma del sistema empresarial mismo.

Externalización

Marx señalaba como ejemplo de circulación no capitalista de bienes la que se realizaba en el interior de las empresas, cuando las cosas habían de pasar de un centro de producción a otro. Pues bien: la reorganización neoliberal del sistema empresarial rompe este principio organizativo. Las empresas deciden dejar de producir ciertos bienes que entran a formar parte de un conjunto complejo y *externalizan* su producción, es decir, compran los referidos bienes a otras empresas materialmente subalternas a ellas. De este modo consiguen liberarse de algunas cargas: piezas defectuosas, riesgos laborales y sobre todo grandes plantillas de trabajadores. La dispersión jurídica y organizativa de los trabajadores disminuye el poder negociador sindical, y en general la externalización traslada costes a las empresas subalternas.

El principio externalista, que a veces se combina con el funcionamiento en red, fue experimentado en General Motors bajo la responsabilidad de I. López

16. Así, a finales del siglo XX, la red europea de Ford —un ejemplo significativo del cambio, ya que en las primeras décadas del siglo este fabricante dio nombre al fordismo— producía carburadores y distribuidores en Belfast; instrumentos e indicadores de niveles en Enfield, radiadores, componentes y bombas de agua en Basildon, fundición de componentes de motores en Leamington (siempre en el Reino Unido), engranajes y cajas de cambio en Colonia, transmisiones y otros componentes en Wülfrath, carrocerías en Genk y en Valencia, transmisiones en Burdeos, y montajes finales en Valencia y en Saarlouis, donde también se fabricaban carrocerías, depósitos de combustible y acabado interior. Vid. P. Dicken, *Global Shift*, Londres, 1992, *apud* A. Giddens, *Sociología* cit..

de Arriortúa, con gran éxito crematístico,¹⁷ y a partir de ahí empleado por las industrias en condiciones de utilizarlo.

Deslocalización

Este principio organizativo, que prevé el cierre inmediato y a bajo costo de instalaciones productivas transfiriéndolas a nuevos ámbitos locales en condiciones más favorables, es bien conocido. Las empresas pueden desubicarse con facilidad dejando tras de sí un reguero de conflictos sociales que han de ser resueltos, en el mejor de los casos, con cargo a la solidaridad forzosa de los trabajadores y tal vez al erario público.

Obviamente, la deslocalización, la externalización y el funcionamiento en red no son formas organizativas empresariales independientes de las condiciones políticas necesarias para instrumentarlas. El asunto de la deslocalizabilidad es la otra cara de las políticas de libre circulación de capitales, por lo que se volverá sobre la cuestión más adelante.

Integración indirecta

La industria publicitaria y la informática han hecho posible la aparición de formas empresariales de integración indirecta.

Las más destacables son las *marcas*: una *marca* determinada es publicitada para convertirla en un icono de referencia para la comercialización de un bien; luego, empresas diversas se asocian a esa *marca* para colocar su producción, cediendo parte de sus beneficios a los gestores de la marca. La industria del calzado suele funcionar así. La marca Benetton, que a diferencia de los fabricantes textiles tradicionales imprime el colorido tras el acabado de las piezas, adaptándose a los datos estadísticos de las tendencias de la moda, es paradigmática de esta forma de integración empresarial indirecta. Otras son las recubiertas por los contratos de *factoring*, *joint ventures*, *franchising*, *performance bonds*, etc., expresivos de asociaciones empresariales con objetivos específicos.

Recapitulación

La tercera revolución industrial se sostiene sobre las dos patas principales de la informática y la innovación organizativa, a lo que hay que añadir la expansión

17. Aunque implicó el cese de la fabricación de productos muy prestigiosos, como los autos de la marca *Oldsmobile*.

masiva de la industria publicitaria en sentido amplio —que incluye toda la industria del entretenimiento— y las aportaciones químicas y biotecnológicas. Pero ninguna de ellas, ni siquiera la informática, es independiente de las condiciones políticas que han permitido su implantación —a fin de cuentas, internet tiene un origen militar, al igual que las investigaciones sobre computación y computadores, financiadas por la industria armamentística y espacial, o sea, pagado todo con fondos públicos—. Y ninguna de ellas hubiera podido materializarse sin el concurso de una estrategia política que ha sido su requisito previo, y que es preciso analizar en la vasta amplitud de su designio.

La contrarrevolución política

El diagnóstico público, abierto, de la insostenibilidad de las políticas keynesianas fue expresado en el *Informe sobre la gobernabilidad de las democracias* auspiciado por la Comisión Trilateral,¹⁸ una importante entidad semipública, en los años setenta. La esencia de ese informe consistía en lo siguiente: el incremento continuado de las demandas sociales —colectivas— se veía como de imposible satisfacción dentro del sistema capitalista, lo que volvía ingobernables los sistemas de democracia representativa. En consecuencia se recomendaba el reforzamiento de los poderes *autoritarios* de los estados y de las empresas y medidas tendentes a la *despolitización* de las poblaciones.¹⁹

En la izquierda cultural hubo quien coincidió en el diagnóstico de la situación: el filósofo J. Habermas, al hablar de una crisis de legitimación del estado, y el economista O'Connor, para quien el elevado gasto público podía inducir la quiebra económica de la institución estatal. Algunos dirigentes políticos de la izquierda social, como se ha visto,²⁰ aceptaron a finales de los

18. La Comisión Trilateral se autopublicita como una asociación «de ciudadanos privados de los países de la Unión Europea, Norteamérica y Japón para propiciar la cooperación entre este núcleo de áreas industrializadas democráticas del mundo con responsabilidades de liderazgo compartidas en el más amplio sistema internacional». De hecho fue fundada en 1973 por iniciativa de asesores de la secretaria de Estado norteamericana, como David Rockefeller, Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinski, en colaboración con el Bilderberg Group (un círculo de intelectuales europeos de derecha y exiliados del este), al que se asoció a algunos japoneses. En realidad fue un núcleo de personas de confianza —dirigentes empresariales, políticos profesionales e intelectuales— de los gobiernos de las principales potencias capitalistas, usado como caja de resonancia de las orientaciones estratégicas comunes. La Comisión Trilateral perdió importancia una vez realizada su tarea principal en los años setenta.

19. M. Crozier, S. Huntington, J. Watanuki, *The Crisis of Democracy. Report on the governability of democracies to the Trilateral Commisión*, New York University Press, 1975.

20. Vid. el quinto capítulo de *Entrada en la Barbarie*.

años setenta recortar gastos sociales y derechos de los trabajadores —la propuesta de la austeridad— en un intento de pactar con el empresariado y el estado una distribución de los costos de la crisis económica. Su debilidad quedaba claramente al descubierto: carecían de fuerzas para imponer una participación intensa de los trabajadores en el control de las empresas y ulteriores medidas de naturaleza socialista que dirigieran políticamente el tránsito a la sociedad de la tercera revolución industrial.

Los políticos neoconservadores llegados al poder en 1979-1980 en las grandes potencias anglosajonas, Thatcher y Reagan, conscientes de que la correlación de fuerzas les era favorable, se propusieron demoler el edificio de los derechos sociales y liberar de cargas al capital. En palabras de Thatcher, el objetivo era «romper la columna vertebral de los sindicatos»; los trabajadores en huelga fueron calificados de «enemigo interior». La violencia de este lenguaje expresa la energía con que fue acometida la contrarrevolución conservadora.²¹

Los principales elementos de la política de restauración del capitalismo serán expuestos en los apartados siguientes.

Cierre de empresas públicas

Pese a su irracionalidad en una época de escasez de energía (aunque algunos países contaran coyunturalmente con fuentes energéticas de recambio), el abandono en masa de la minería del carbón, estatalizada o subvencionada en muchos países, tuvo la función de ejemplificar desde las instituciones públicas la ofensiva contra los puestos de trabajo creados al hilo de las tecnologías anteriores. Las grandes ramas industriales de la minería del carbón, la siderurgia y la construcción naval fueron objeto de un recorte generalizado o clausuradas. Con ello las instituciones públicas ponían en evidencia que el paro había dejado de ser considerado una calamidad para la economía capitalista. El pacto social quedaba roto.

Minoración de los trabajadores

El sentido general de la política laboral neoconservadora consistió en trasladar a los trabajadores cargas que hasta entonces habían gravitado sobre el empresariado.

21. Puede verse Emma Rotschild, «The philosophy of reaganism», en *The New York Review of Books*, vol. 29, n° 6, 15 de abril de 1982.

Fue reducido el coste del despido mediante normas que disminuían el valor de las indemnizaciones a los trabajadores y multiplicaban las condiciones en que se podía recurrir a esta medida. Fueron modificadas las condiciones de la contratación laboral para admitir y generalizar el trabajo a tiempo parcial, el trabajo discontinuo, el trabajo temporal y el trabajo en período de prueba; fue admitida la subcontratación de trabajadores (que en la etapa anterior podía llegar a ser delictiva), aceptadas y estimuladas formas especiales de contratación minoradas para las personas jóvenes (p. ej., contrataciones temporales, salarios bajos) y subvencionadas las empresas que los empleaban. Se establecieron períodos más reducidos para percibir subsidios de paro, las condiciones para tener derecho a pensiones de jubilación fueron endurecidas y las cuantías de éstas estratificadas. El coste público de los medicamentos empezó a trasladarse parcialmente a los usuarios directos; las prestaciones médicas a cargo de la seguridad social mantuvieron las limitaciones ya existentes y se congestionaron —pero en algunos países fueron eliminadas y sustituidas por seguros médicos privados—. Numerosos trabajadores vieron vanificado su derecho al trabajo al descender la edad de jubilación forzosa y mediante jubilaciones anticipadas. El derecho a la vivienda se convirtió en papel mojado ante la inexistencia de acción pública para materializarlo.²²

El propio derecho de huelga de los trabajadores resultó vanificado en amplia medida por el concurso de varios factores: por la disminución del número de trabajadores por empresa y su parcelización contractual, de una parte; de otra, la posibilidad de deslocalización empresarial, o incluso el control remoto de los centros de trabajo por empresas multinacionales distantes, convirtió en opacos e inalcanzables los centros de toma de decisiones en muchos casos. Las huelgas obreras a menudo dejaron de tener como destinatario directo al empresariado, y se convirtieron paulatinamente en acciones de boicot público, principalmente a las comunicaciones, para buscar la mediación de las autoridades políticas en los conflictos, pese al perjuicio causado al orden de la vida cotidiana.

Se fomentó la figura del «trabajador autónomo», esto es, autopatrón, que realiza en régimen mercantil determinadas obras o servicios prestados antes en régimen laboral. Eso, a la vez que crea las condiciones políticas de la *externalización* de costes empresariales, contribuye a borrar o difuminar la consciencia de clase de los trabajadores.

22. Esta alteración de la situación fue vivida dramáticamente por los trabajadores, que recurrieron a veces a medidas tan extremas como las huelgas de hambre. Vid. M. Sacristán Luzón, «Hambres, huelgas, huelgas de hambre» en *mientras tanto* (Barcelona), nº 8, 1981, pp. 3-7.

La política laboral, en suma, se traducirá en debilitamiento inducido de las propias instituciones —sindicatos y partidos— de los trabajadores (descenso de la afiliación sindical, desconfianza y división, falta de militancia y finalmente rechazo electoral).

Los índices de paro subieron vertiginosamente a principios de los años ochenta del siglo pasado.²³ En veinticinco años apenas si han descendido en unos pocos puntos porcentuales a pesar de la propaganda constante sobre la «creación de empleo» (en realidad sucesión de contratos temporales).

En España las políticas neoliberales de empleo fueron introducidas por el primer gobierno del partido socialista tras la muerte de Franco, facilitadas por los «Pactos de la Moncloa» suscritos unos años antes, y seguidas por los gobiernos posteriores.

También se auspició el uso oficial de un lenguaje nuevo para expresar las relaciones laborales: el paro pasó a llamarse «desempleo»; los subsidios, «prestaciones»; el personal laboral, «recursos humanos»; los contratos-basura, «incentivos a la contratación»; facilitar el despido se llama ‘flexibilizar’; la pérdida de poder adquisitivo del salario, «moderación salarial»; la subcontratación organizada se convierte en «empresas de trabajo temporal», etc.

La disminución numérica de los trabajadores, su fragmentación en categorías mercantiles diferenciadas, su pérdida de fuerza negociadora y su minoración social —de lo que es muestra el incremento de las diferencias de rentas— es la base de la «autovalidación» de los postulados del neoliberalismo.

«Trahison des clercs»

Gobernantes y empresarios buscaron atraerse a los intelectuales, aliados tradicionales de las clases trabajadoras, distanciándolos de éstas. El objetivo de lograr una *trahison des clercs* generalizada en beneficio de las clases poseedoras se vio facilitado por varias circunstancias. En primer lugar, por la propia derrota política de las clases trabajadoras mismas y su incapacidad para proponer inmediatamente alternativas viables que sus aliados pudieran com-

23. Las cifras oficiales españolas de paro lo situaban a finales de 1980 en el 12,6% de la población activa, aunque la cifra real superaba seguramente el 15,5% pues no se contabilizaba a los jóvenes ni a las mujeres en busca de primer empleo. Los empresarios estimaban que para una reestructuración eficaz de la economía el paro debía aumentar hasta el 23%. En 1981 ya sólo el 25% de los parados podía percibir durante un año el 40% de su último salario en concepto de *subsidio de desempleo*. Vid. mi trabajo «Trabajar menos, pero trabajar todos», en *mientras tanto* (Barcelona, nº 8, 1981, pp. 7-15).

partir, pero también por los cambios de la tercera revolución industrial en el universo del trabajo intelectual. Esta última situaba en primer plano el trabajo en la publicidad y en la sociedad del entretenimiento: creaba un tipo de intelectual nuevo vinculado objetivamente al mundo del comercio. También se creó institucionalmente una nueva figura intelectual: los «animadores culturales», intelectuales asociados a los diversos *circenses* institucionales públicos. La conquista de aliados intelectuales se completó con acciones administrativas: mediante la creación de premios, comisiones, jurados, grupos de expertos, cargos y oportunidades de viajar y de comparecer en los medios audiovisuales públicos el poder atrajo hacia sí a numerosos intelectuales; y otro tanto se hizo en los ambientes académicos, facilitando en extremo la inserción de numerosos intelectuales en empleos universitarios permanentes.²⁴

El resultado de estas políticas está claro: si todavía en los años setenta del siglo XX se podía hablar de una alianza entre intelectuales y trabajadores, todo lo dudosa que se quiera pero que en todo caso aislaba a la derecha social, sólo una década después quedó consolidada una alianza objetiva entre una parte muy significativa de la nueva intelectualidad, las clases poseedoras y sus representantes políticos. Desde entonces se iba a repetir machaconamente desde los nuevos púlpitos autorizados que no hay más mundo posible que el mundo del mercado desregulado.

Políticas de privatización generalizada y «estado mínimo»

Las ideas reaganitas de «estado mínimo», reducido a su menor expresión en cuanto a gastos sociales —no, por supuesto, en cuanto a gastos militares y policiales— obtuvieron una amplia penetración social gracias a las obras de Nozick²⁵ y Hayek,²⁶ autores ambos de las mayores simplificaciones teóricas —en realidad habría que decir «doctrinales»— que haya conocido el pensamiento social de finales del siglo XX. Nozick sostuvo que el estado viene a ser como una especie de administrador común de una sociedad de propietarios, y que por tanto no le corresponden más funciones que las derivadas del mantenimiento de la propiedad; Hayek, por su parte, había defendido la idea de que la sociedad obtiene por sí misma un *orden espontáneo* mediante el mercado que el estado no debe interferir, pues no puede ser consciente de las consecuencias de sus acciones. Pese a su simplificación social e histórica estos dogmas son la base de todo el catecismo neoliberal.

24. En España esta operación política la realizó Javier Solana a su paso sucesivamente por los ministerios de cultura y de educación.

25. Vid. Robert Nozick, *Anarquía, Estado y utopía*, trad. cast. Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

26. Friedrich A. Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, trad. cast. Folio, Barcelona, 1997.

Siguiendo el ejemplo de los dirigentes políticos de los países anglosajones, los gobiernos de los países opulentos, cualquiera que fuera su coloración política, se lanzaron a privatizar, para empezar, todos los bienes públicos privatizables. Las empresas públicas fueron mercantilizadas —o sea, vendidas— a precios inferiores a su valor real, cuando no previamente parceladas. En general esta privatización se tradujo en deterioro inmediato de los servicios.²⁷ La privatización no se redujo a los bienes públicos: también diversos servicios públicos del estado y de los entes públicos menores dejaron de ser prestados directamente para ser entregados a empresas concesionarias desreguladas. Se han privatizado incluso cárceles, policías, centros de jóvenes, hospitales, orfanatos. El sistema público o general de pensiones fue alterado, en el intento no siempre completado de sustituirlo por sistemas de pensiones privados. Numerosas personas jurídicas públicas han creado entidades privadas —que a su vez delegan en otras efectivamente lucrativas— en las que depositan aspectos importantes de su gestión.

El objetivo de esta política es achicar completamente el campo de actividad social vedado al lucro privado. La mercantilización generalizada de bienes y servicios públicos tiene la función, en el centro del sistema, de ampliar el ámbito de las actividades lucrativas privadas y devolver al terreno mercantil tanta recaudación fiscal como sea posible.

Políticas fiscales regresivas

La fiscalidad, pese a traducir el valor de la carga de las obligaciones comunitarias, no resulta fácil de comprender para muchos ciudadanos, que prestan adhesión a políticas publicitadas como de reducción de impuestos sin percibir que el cambio impositivo sólo puede ser o bien una reducción de las prestaciones públicas (lo que se suele traducir en calamidades sociales) o bien un mero cambio en el modo de obtener los ingresos fiscales necesarios.

La fiscalidad habitual de la etapa anterior a la contrarrevolución conservadora, en lo tocante directamente a las personas, era el impuesto sobre la renta: un impuesto progresivo, por el que pagaba más quien más ingresos obtenía. Las políticas neoconservadoras han tendido a sustituir o modificar ese siste-

27. Son ejemplos paradigmáticos la privatización de los ferrocarriles británicos, que perdieron su regularidad y seguridad ejemplares (puede verse una crítica cinematográfica de este asunto en el film de Ken Loach *La cuadrilla*), o la privatización de la electricidad en California por obra de R. Reagan en el cargo de gobernador de ese estado (al poco tiempo se generalizaron los apagones, pues los nuevos propietarios se abstuvieron de renovar el equipamiento); el lector puede ejercitarse en hallar los ejemplos locales más próximos.

ma por fiscalidades regresivas: de un lado, al reducir las cuantías y la progresividad del impuesto sobre la renta de las personas; de otro, al crear nuevos impuestos indirectos, no redistributivos de las cargas fiscales, señaladamente el impuesto sobre el valor añadido, que se pagan con independencia del nivel de rentas.²⁸

El resultado de este cambio ha sido descargar buena parte de la presión fiscal de los que tienen más sobre los hombros de los que tienen menos, incrementando también por esta vía las diferencias sociales.

La regresión fiscal no acaba ahí. Entre otras medidas se ha estimulado fiscalmente el ahorro de las capas medias y débiles de la sociedad canalizándolo hacia los planes de pensiones privados. Este ahorro es gestionado de manera completamente opaca —nada impide que los fondos de pensiones carguen con las operaciones menos boyantes de las entidades financieras que los gestionan—, y el estímulo fiscal desaparece, con o sin cambios normativos de por medio, cuando el ahorrador necesita recuperar su inversión. Entretanto, esa enorme masa de ahorro ha funcionado como paracaídas en las inversiones bursátiles de las entidades financieras. La *organización espontánea de la sociedad* de Hayek tiene estas cosas.

La desregulación

Las políticas de desregulación tienen por objeto liberar de obligaciones al capital. ‘Desregular’ significa eliminar deberes del empresariado supuestamente para obtener un funcionamiento «espontáneo» del mercado. Desde otro punto de vista, ‘desregular’ significa desproteger a las personas en su condición de ciudadanos, de usuarios o de trabajadores. La ausencia de regulación es en realidad la regulación de una ausencia.

Las políticas de «desregulación» significan en la práctica el funcionamiento sin traba alguna de la actividad empresarial. Se completan mediante el anquilosamiento cuando no la parálisis de los servicios públicos de inspección que teóricamente velan por el cumplimiento de las regulaciones aún subsistentes (en la seguridad laboral, los suministros de energía y comunicaciones, el urbanismo y la construcción, la educación, la salud, etc.). La desregulación es fundamental para el aspecto internacional de la Gran Restauración, como se verá más adelante.

28. Por ejemplificar: si se recurre al fontanero, al lampista, al pintor, etc., se tributa al estado el 16% del coste de los servicios tanto si la renta mensual percibida es de 1000 euros como si es la de un financiero, empresario, cargo público, etc.

Recapitulación

La contrarrevolución política se añade pues al cambio tecnológico para producir un «fin del mundo». La implantación del proyecto de restauración capitalista se vio facilitada por la acción «microfísica», en todos los aspectos de la fundamental actividad productiva, del cambio tecnológico. Su elemento esencial es la ofensiva política contra los trabajadores como clase social —que en pocos años diluyó su conciencia política de clase y debilitó sus instituciones— mantenida por medio de la precarización e inseguridad generalizadas del trabajo subsistente. El capital ha logrado establecer una alianza objetiva con las «clases medias» de las sociedades opulentas mediante la incitación a consumir del nuevo megamecanismo publicitario. Las ideologías nacionalistas han contribuido al apagón político —la despolitización efectiva— preconizada por la Comisión Trilateral. En el plano social la novedad más relevante en los países opulentos es la formación de un nuevo proletariado o subproletariado integrado por emigrantes que han de abandonar en masa sus países de origen a consecuencia del lado internacional de la Gran Restauración.

Los estados han trasladado al mercado tantos bienes y servicios propios como han podido para ensanchar el campo de las actividades lucrativas empresariales, a las que han liberado de cargas mediante las políticas de desregulación, fiscales y sociales. El estado —como otras instituciones públicas— se ha reducido en su actividad económica sin dejar de ser fuerte en los planos burocrático —ya que debe administrar constantemente la desregulación y la adaptación social al cambio—, militar y policial.

Éstas, sin embargo, no son todas las transformaciones operadas por la Gran Restauración: pues hasta aquí apenas si se ha aludido a su proyecto internacional globalizador ni a las nuevas o adaptadas instituciones de poder necesarias para realizarlo. Veamos primero estas últimas, ya que eso facilitará la comprensión de lo que suele ser llamado «la globalización»

Soberanía difusa supraestatal

Los «estados-nación», esas entidades «soberanas» que son las instituciones políticas características de la modernidad, se han vuelto *porosos* con la Gran Transformación: admiten ser penetrados y determinados en sus políticas por un *poder superior*, además de perder parcelas o aspectos importantes de su antigua soberanía.

Las cesiones de parcelas de soberanía y la porosidad o receptividad adaptativa de los estados al *poder superior* se realiza por varias vías.

Una de éstas, quizá la menos importante, es la asociación de estados, que puede llegar a ser muy intensa. La Unión Europea ejemplifica paradigmáticamente esta vía, que instituye un *superpoder* determinante de muchas de las políticas públicas de los estados asociados sin que los ciudadanos de esos estados puedan informar la voluntad de las instituciones de la asociación. El poder efectivamente normativo de ésta reside en instancias como los consejos de jefes de estado y de gobierno, integradas por entes carentes de poder legislativo en los estados miembros, siendo la institución parlamentaria de la Unión poco más que consultiva y decorativa, con escasa capacidad legislativa a pesar de su denominación. En el caso de la política monetaria, la soberanía de los estados ha sido cedida a una institución calificada de «independiente», el Banco Central Europeo, que queda al margen de todo control político formal. No existen aún vías de acceso para que la voluntad popular penetre significativamente las instituciones europeas. Es más: cuando las poblaciones de algunos estados han expresado un voto negativo en ocasiones significativas, como el referéndum sobre la llamada «constitución» europea, los poderes han optado por buscar el modo de llevar a las poblaciones al redil de la obediencia.

La cesión de soberanía de los estados también se ha realizado menos formalmente, pero mucho más efectivamente, en beneficio de instituciones internacionales públicas diversas, con gran peso sobre las políticas económicas: el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y la Organización Mundial del Comercio. Otras instituciones internacionales, como el Grupo de los Países más Industrializados, tienen un poder determinante, prácticamente irresistible por los estados particulares, sobre las políticas económicas e industriales, las cuales condicionan a su vez muchas otras políticas.

Hay otros dos ámbitos en los que la gran mayoría de los estados han dejado de ser entes *non superiores recognoscentes*, por aludir al principal rasgo caracterizador de la soberanía según Althusius. Uno es el ámbito militar: la existencia de un poder militar imperial —las fuerzas armadas de los Estados Unidos de Norteamérica— con bases en todos los continentes y alianzas multilaterales y complejas. Se trata de un poder militar superior a cualquier otro, asentado en todo el globo. Este poder cuestiona la idea misma de soberanía de los estados, pero ha garantizado como *ultima ratio* la Gran Restauración y el despliegue internacional de sus políticas. El segundo ámbito en que los estados —o las asociaciones de estados como la Unión Europea— se muestran permeables a un poder superior es el constituido por el poder de los agrupamientos de grandes compañías multinacionales y conglomerados financieros, cuyos acuerdos estratégicos, su *lex mercatoria* privada y opaca y su presión «microfísica» sobre las restantes instancias de poder informa el contenido de las políticas públicas.

Por eso se puede hablar, al lado de la *porosidad* o penetrabilidad de las instancias estatales, de un *soberano supraestatal difuso y policéntrico* que es la novedad política más destacable de la Gran Restauración. Un soberano difuso y policéntrico, integrado por nuevas instituciones supraestatales, la *lex* de las empresas multinacionales y conglomerados financieros, las instituciones económicas internacionales penetradas por estos últimos y sensibles a las políticas de las grandes potencias, y el poder militar y político norteamericano.

El soberano supraestatal difuso se define mal en términos de «imperio», como han pretendido algunos autores,²⁹ a quienes escapan los rasgos específicos — sobre todo los culturales— del nuevo sistema de poder: se trata más bien de una serie de instancias institucionales formales e informales en las que se definen y articulan las políticas «globalizadoras» o generalizantes de la Gran Restauración.

Cuanto más se enfatizan retóricamente las bondades del sistema representativo más fuerza cobra el gobierno tecnocrático del mundo. Esto es: la gobernación real, la voluntad del soberano supraestatal difuso, la conforman el complejo militar-industrial, los dirigentes de las grandes multinacionales, los expertos en el manejo de los capitales financieros, en la administración de las grandes industrias, en la creación de opinión pública, en el ajuste económico, político y militar. Una alta tecnocracia empresarial, militar y política viene a desempeñar el papel del Rey filósofo de Platón y de su Consejo Nocturno en el gobierno de una República de pretensiones globalizantes.

Ese poder nuevo no es democrático. Busca legitimarse no tanto por la aquiescencia formal del *demos* cuanto por una *eficacia* cuyos parámetros autodefine y publicita él mismo.

Las instituciones representativas de los estados, las legitimadas aunque sea débilmente por el *demos*, han experimentado una transformación, pues han debido ajustarse a flujos de voluntad política contradictorios: desde arriba, las exigencias del soberano supraestatal difuso; desde abajo, las pretensiones del *demos* que tratan de informar la voluntad estatal. En la Gran Restauración la correlación de fuerzas ha sido y es favorable a las instancias supraordenadas. El *demos*, el titular último de la soberanía en la concepción democrática del gobierno político, de hecho no ha podido imponerse frente a la voluntad supraordenada del soberano difuso. Por eso las instituciones re-

29. Señaladamente Michael Hardt y Toni Negri, cuyo libro *Imperio* puede obtenerse a través de internet.

representativas de los estados, en vez de avanzar en un proceso de democratización política, han debido entrar en regresión y blindarse frente a las pretensiones de las poblaciones o sofocarlas.

Lo han hecho efectivamente: los institutos de intermediación entre ciudadanos y estado, los partidos políticos, se han constituido en una esfera cerrada, hostil a la idea misma de *representación*.³⁰ La actividad política se ha profesionalizado enteramente. La democracia ha experimentado una regresión en la esfera pública, en las relaciones verticales entre la ciudadanía y las instituciones, al tiempo que, por un lado enteramente distinto, horizontal, ha avanzado en algunas relaciones *entre* las personas —por ejemplo, en las relaciones entre mujeres y hombres, padres e hijos, etc.—. La tarea de las instituciones de intermediación —que tienden a convertirse de hecho en parte del estado—³¹ consiste en bloquear el acceso a la voluntad estatal de las demandas sociales contradictorias de las pretensiones del soberano supraestatal y en instrumentar localmente estas últimas. En vez de *representar* las demandas sociales ha de *formarlas*, esto es, ha de seleccionar y acomodar las compatibilizables con las demandas del soberano difuso. En la política estatal y de las instituciones menores se introduce una novedad: el *marketing* político.³² De ahí la proliferación de encuestas legitimatorias e indicativas, el auge de los *formadores de opinión* profesionales, el inmenso gasto público en publicidad y el clientelismo político. La política aparece como un *espectáculo* de actualidades ante personas que en su cualidad de ciudadanos quedan reducidas a *consentir*, y a lo sumo *elegir* entre los alternantes equipos de profesionales que de un lado seleccionarán unas u otras de las demandas sociales por las que no está particularmente interesado el soberano supraestatal, y, de otro, matizarán la ejecución de una misma política compartida: la de este último.

Todo ello ha facilitado y reforzado un requisito de las nuevas instituciones de poder: la despolitización de grandes masas de personas en su calidad de ciudadanos, su apatía política y su reflujo participativo, ya que la exclusión efectiva de las demandas sociales es percibida como ineficacia de la participación misma. El programa publicitado por la Comisión Trilateral se ha cumplido.

30. Para ello se ha recurrido a expedientes bien conocidos, como la introducción de normas que impiden entrar en la liza electoral a nuevos partidos, sistemas electorales regresivos (por ejemplo de listas cerradas y bloqueadas) y con escasa proporcionalidad entre votos y escaños; mediante la exclusiva financiación pública (y la recíproca tolerancia de la corrupción) de los partidos admitidos y el reforzamiento del autoritarismo interno en éstos, etc., como ya se ha señalado anteriormente.

31. Son financiados públicamente de modo casi integral, y se benefician de la publicidad pública.

32. El «marketing público» es ya una disciplina académica: así figura sin pudor alguno en un curso «Master» organizado por la Universidad Carlos III de Madrid —no podía ser otra— y el Ministerio de Administraciones públicas español en 2006.

El proyecto globalizador

La llamada «globalización» es ante todo un *proyecto político*.

Sin embargo suele ser descrita como un proceso factual —y, efectivamente, también lo es, en parte, gracias a la materialización del proyecto— que intensifica y prolonga una tendencia que algunos de sus apologetas describen remontándola al «descubrimiento» de América, cuando se iniciaron los intercambios intercontinentales. Veremos más adelante algunos aspectos de la globalización materializada, tanto los que realizan el proyecto como los que no dependen de él o son consecuencias no deseadas de éste. Sin embargo los rasgos de la globalización no pueden ser explicados sin el designio político que les ha dado nacimiento.

El proyecto globalizador es la cara internacional de la Gran Restauración. Consiste en un haz de políticas que se entrelazan y que pueden ser definidas brevemente como sigue: libre circulación internacional de capitales; liberalización parcial de la circulación internacional de ciertas mercancías o bienes que favorece a las sociedades opulentas; y la no liberalización de los mercados de trabajo, esto es, establecimiento de obstáculos a la circulación internacional de las poblaciones.

Con la Gran Restauración se ha pretendido no sólo ampliar el ámbito de inversión del capital, sino también permitirle aprovecharse de las ventajas que le proporcionan los diferenciales de renta de las poblaciones trabajadoras del planeta.

La política de *libre circulación de capitales* ha exigido de los estados el levantamiento de las prohibiciones de exportación —anteriormente eso podía llegar a ser incluso un acto criminal: «evasión de capitales»—, y una legislación que hace realizable tanto la inversión de capitales externos —la *desregulación*; vid. *supra*— como la *deslocalización* o desinversión. El objetivo de dar más derechos al capital cuando se invierte en países que no son el de su origen se ha intentado instrumentar mediante acuerdos internacionales³³ que no han llegado a materializarse por la oposición mundial de las poblaciones a esta forma de *dumping* social. Sin embargo ésa es la línea de tendencia: se trata de sustraer a los estados la capacidad de decidir acerca de las inversiones en el territorio administrado por ellos, cuestión que no ha

33. El proyecto de Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) y la llamada directiva Bolkestein de la Unión Europea han ido en este sentido. Si se hubiera aprobado el AMI, los gobiernos habrían perdido cualquier tipo de derecho a condicionar contratos de inversión extranjera.

quedado zanjada todavía. En cualquier caso, la libre circulación de capitales se ha materializado ya. El mercado de capitales es instantáneo, gracias a internet, global y en la práctica permanente (el funcionamiento de las grandes bolsas de valores del mundo se sucede continuamente en el tiempo).

La llamada *libre circulación de mercancías, bienes y servicios* es otro cantar. Gracias a las políticas de la Organización Mundial del Comercio la circulación de mercancías y bienes es realmente libre (descargada de obligaciones) para las producidas en los países ricos o por los capitales de los países ricos, pero en cambio está llena de barreras para las producciones de los países pobres y la de los llamados países «emergentes».

Se debe señalar que la categoría de «comercio» no es la más apropiada para designar buena parte de los tráficos de bienes entre los países «emergentes» y los países ricos. ‘Comerciar’ ha significado tradicionalmente intercambiar mercancías. En el siglo XIX Inglaterra importaba algodón de la India y exportaba a ese país productos manufacturados: un ejemplo claro de comercio. Pero no parece que las categorías de ‘exportación y ‘comercio’ sean aplicables a producciones realizadas en países «emergentes» gracias a la inversión de capital exterior remitidas al país del capital inversor y comercializadas allí. No hay realmente comercio, sino mera producción de bienes en el exterior, por el capital inversor, que se mercantilizan desde los países de origen del capital.

Las agriculturas subvencionadas de los Estados Unidos y la Unión Europea pueden comercializar libremente sus producciones, gracias a cláusulas de tratamiento especial y preferencial para los países importadores netos de la Organización Mundial del Comercio, pero no ocurre lo mismo con las de otras economías «emergentes» exportadoras de productos agrícolas (Brasil, India, China) ni de los países pobres. En este campo se mantienen distintas condiciones de comercio, privilegiándose las subvencionadas agriculturas de los países ricos mediante aranceles y contingentaciones de las importaciones.

En cuando a los *servicios*, este sector representa a principios del siglo XXI apenas el 20% del intercambio internacional, pero tiende a convertirse en la primera fuente de actividad económica en muchos países avanzados. Los intentos de *desregular* los servicios en el marco de la Unión Europea (directiva Bolkestein, no aprobada) significan en realidad el ataque directo a las restringidas políticas sociales de los estados miembros mediante el principio llamado «del país de origen»: con él se busca eliminar también en este caso las cargas sociales de las empresas, las cuales podrían *importar* la legislación de «paraísos asociales», instalándose nominalmente en los países con menores obligaciones de tipo fiscal, laboral y social.

La tercera política básica del proyecto globalizador es *la no liberalización de los mercados de trabajo*. Se trata de una política que desconfía del «orden espontáneo» supuesto por Hayek, ya que pretende una fuerte intervención sobre el mercado en que se basa la renta básica del capital. En este mercado lo que se preconiza es todo lo contrario de la libre circulación: en vez de libertad, *vallas*. No puede ser de otro modo, ya que los dirigentes del proyecto globalizador son plenamente conscientes de que la materialización del proyecto supone el enriquecimiento de los ricos y el empobrecimiento de los pobres, que de hecho tratan y tratarán de hallar puestos de trabajo en las zonas ricas del planeta huyendo del destino que les ha sido reservado.

Materialización del proyecto

Las políticas decididas y aplicadas por el soberano difuso e instrumentadas por los estados y organizaciones internacionales se han materializado afectando desigualmente a las poblaciones del globo. El cambio de escala (de magnitud) de las decisiones políticas y económicas —ambas efectivamente multinacionales— es una novedad importante del «fin del mundo» señalado por la Gran Restauración.

En el plano internacional, la Gran Restauración recibió un impulso importante con el desmoronamiento de la Unión Soviética y los países de su *glacis*, y su posterior fragmentación. El capital ha podido penetrar una amplia zona del mundo sin problemas, pues las poblaciones carentes de libertades, tras descubrir que lo dicho propagandísticamente contra aquellos regímenes suyos era verdad, descubrieron demasiado tarde que lo que esos regímenes habían dicho del capitalismo también lo era. La desigualdad ha penetrado en profundidad esas sociedades antes bastante más igualitarias. El nacionalismo y la religiosidad (catolicismo, islamismo) han sustituido ideológicamente la precedente ideología oficial pseudosocialista de los regímenes burocráticos.

Las condiciones económicas impuestas a los países pobres por organizaciones como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional son bien conocidas: para obtener préstamos internacionales se ha exigido a los países en crisis reducción del déficit público —lo que se traduce en abandono de las políticas sociales si las había—, estabilidad presupuestaria y elevación de los impuestos y de los tipos de interés (el precio del dinero). El Banco Mundial, en particular, ha concedido préstamos para proyectos inútiles decididos por él mismo que han endeudado a los estados receptores.³⁴ El número de países

34. Vid. J.E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*, citado.

que reclama la condonación de la deuda externa resultante de esas políticas es muy elevado.

Hoy se puede invertir y desinvertir capitales prácticamente en todo el globo. La desregulación de las inversiones es un hecho. Los países pobres han derribado sus barreras arancelarias protectoras mientras los países ricos han mantenido las suyas o han contingentado las importaciones.

Mientras la renta mundial total, en la última década del siglo XX, aumentaba en promedio un 2,5% anual —una cifra en cualquier caso dudosa, pues como se ha dicho no toma en consideración la desproducción, los daños al medio ambiente—, el número de pobres aumentaba en 100 millones de personas (en 1998 las personas que vivían con menos de dos dólares al día eran 2.801 millones, esto es, más del 45% de la población mundial).³⁵

Sin embargo los entes componentes del soberano difuso publicitan la evolución de los hechos en términos que sólo toman en consideración el lucro del capital. Sus informes suelen contener apreciaciones como la siguiente, que son meros argumentos circulares o peticiones de principio: «[...] el aumento de esa relación [comercial internacional] y, de manera más general, la integración mundial, se deben a la interacción de los cambios de las políticas gubernamentales (especialmente la liberalización de las corrientes comerciales y de capital), a las innovaciones tecnológicas que reducen los costos del transporte y las comunicaciones, y a la evolución de las estrategias de las empresas y los inversores, que estimulan a los dos».³⁶

En cambio, si se toma en consideración la división internacional del trabajo de la globalización, es posible caracterizar cuatro tipos de sociedades en función de las tareas que se les asigna en tal división:

- a) Países «maduros» o «centrales», que tienden a expulsar o «externalizar» de sí las industrias de la segunda revolución industrial, manteniendo las que procuran mayor valor añadido. Estas sociedades conservan algunas prestaciones sociales, pero también burocracias inmensas; los complejos de intereses militar-industriales y los principales centros de anudamiento del capital se localizan en estos países.³⁷

35. Según estimaciones del Banco Mundial en el año 2000.

36. Informe de la Organización Mundial del Comercio de 1995.

37. Las 200 mayores empresas multinacionales tienen sus sedes en sólo 17 de los doscientos y pico estados de la Tierra, y 176 de ellas en sólo seis potencias. La «patria» de las multinacionales, si la tienen, es seguramente la de quienes detentan los paquetes accionariales de control.

- b) Una «periferia económica» del centro (China, India, Brasil y algunos países asiáticos), publicitada como «sociedades emergentes», cuyas industrias tienen escasas perspectivas de mejorar su productividad, y cuya localización está determinada por bajos salarios combinados con formación suficiente y un fuerte control social, ausencia práctica de derechos laborales, además de débiles presiones fiscales —y en general estatales— sobre el capital.
- c) El mundo «dejado de lado» o la «periferia extrema»: países en los que no hay inversión industrial ni agraria, como ciertas partes de África, Asia y América latina, donde el capital se limita como en el pasado a obtener allí recursos naturales y energéticos cuando los hay.
- d) Países intermedios entre las dos categorías anteriores, como son muchos grandes países árabes: su fuerte cohesión social y su densidad histórica y cultural no hacen atractivas las inversiones de capital, cuya actuación *desregulada* puede encontrar resistencias. La situación de estas sociedades es insostenible a medio plazo en el interior de la lógica mercantil de las políticas globalizadoras.

Las personas de los dos últimos tipos de países, y en menor medida de los «emergentes», se ven involucradas para escapar al hambre en los grandes movimientos migratorios ilegales suscitados por las políticas neoliberales.

Las políticas neoliberales han impuesto en todo el mundo el patrón cultural consumista, que se ha normalizado.

Hay sin embargo *otro* aspecto de la globalización, indeseado, en parte dependiente de las políticas neoliberales y en parte consecuencia más general de una civilización que hace del crecimiento y de producir por producir la base de su existencia: se trata de la globalización de los problemas ecológicos.

Recordemos una vez más algunos problemas ecológicos globales: la polución que causa el cambio climático; la escasez de energía agravada por la sobreindustrialización y los modelos urbanos de asentamiento humano; el crecimiento demográfico y el desequilibrio de recursos, que causa desde hambrunas a grandes movimientos migratorios; la acumulación en diversos medios de todo tipo de residuos y la galopante deforestación; la escasez de bienes elementales como tierra cultivable, agua, construcción para una población creciente; la extinción de especies animales irreproducibles como consecuencia de la acción humana.

Ésta es la «globalización» más acabada y duradera, la que más cuenta: aquélla en la que los procesos de acción causan efectos distantes en todo el mun-

do o en la Tierra en su conjunto, que afectan ya a las poblaciones actuales y afectarán más aún a las generaciones futuras al limitar sus posibilidades de actuación y condicionarlas. Ninguno de los poderes existentes parece capaz de contener o limitar, y menos aún de retrotraer, la explotación medioambiental, la cual, laberínticamente, a través de una compleja cadena de mediaciones,³⁸ tiene las mismas causas que la explotación de los seres humanos.

El proyecto restaurador consolidado

Las relaciones sociales conformadas y objetivadas en la forma capitalista de producir se han consolidado en todo el mundo: los capitales han ensanchado el ámbito de inversión tanto en el plano internacional como en el plano interno de las diversas sociedades matrices. El impulso adquirido con la Gran Restauración ha merecido incluso la expresiva denominación de *turbocapitalismo*.³⁹

Los capitales se pueden deslocalizar y desplazar, desregulados y libres de cargas, como *puro espíritu*, por reiterar la ironía de P. Barcellona.

Se ha instituido una nueva instancia de poder, llamada aquí, con mayor o menor precisión, *soberano supraestatal*, difuso y policéntrico, donde se negocia y se decide el ajuste del orden existente, y emergen nuevas asociaciones de estados abiertos, porosas a su influencia. El soberano supraestatal, como las antiguas instituciones feudales, concentra en sí no sólo poder de naturaleza política, sino también poder económico y poder de índole cultural, ideológica. Los grandes centros de poder emergentes de la Gran Restauración resultan inalcanzables directamente para las gentes en su condición de ciudadanos, a través de las instituciones democráticas y la representación política que conocemos.

La Gran Restauración se legitima —en el sentido de ser aceptada e interiorizada por las personas— a través de la publicidad y el consumo de masas de los países opulentos, espejado en falso mediáticamente ante las poblaciones que no pertenecen a ellos.

Las gentes que viven de su trabajo, la inmensa mayoría de la humanidad, se han visto afectadas profundamente por la Gran Restauración capitalista. En la periferia del sistema, al disolverse las formas de producción tradicionales

38. Vid mi trabajo «La acción en el laberinto», en *Los ciudadanos siervos*, Trotta, Madrid, 2006³.

39. Edward Luttwak, *Turbocapitalismo*, trad. cast. de C. Mercadal, Crítica, Barcelona, 2000.

—los recursos con que se contaba— han quedado condenadas al hambre y a la escasez; en los países emergentes, la lógica transnacional del capital se opone a que se recorra la senda de la conquista de los derechos sociales; y en el centro opulento del sistema el trabajo se ha vuelto generalizadamente precario e inseguro, los trabajadores han perdido fuerza negociadora para sostener los derechos sociales subsistentes, y se ha constituido un nuevo proletariado inmigrante carente de derechos efectivos. El ejército laboral de reserva se ha ampliado e internacionalizado y las diferencias sociales se han profundizado. Crece la desigualdad.

El tiempo contrarrevolucionario de la Gran Restauración se ha hecho real aunque su futuro sea ominoso. Entretanto impone día a día su propia cultura: una cultura de barbarie que merece consideración específica.

Socialismo y alternativas al capitalismo. Sugerencias para el debate*

ALBERT RECIO

Introducción

El objetivo de este artículo es doble. Analizar las razones del descrédito actual de las ideas socialistas y bucear las vías que pueden invertir esta tendencia. No espere el lector propuestas demasiado originales ni un recetario con prescripciones bien perfiladas. Se trata, más modestamente, de apuntar algunas ideas. El punto de partida es bastante pesimista en cuanto a la vitalidad de la izquierda. Si bien existen respuestas sociales diversas que muestran que el número de desafectos y críticos con el sistema actual sigue siendo numeroso, lo cierto es que este grupo no ha generado una masa crítica de ideas que hagan pensar que a la humanidad se le plantean vías nuevas para encarar los viejos y nuevos problemas de su devenir. No faltan los intentos y buenas intenciones, como las producidas en los diferentes Foros mundiales, pero éstas pecan a menudo de limitarse a la proposición de soluciones parciales, de medidas instrumentales, más que de sugerir ideas clave de reorganización social. Al menos en la forma en que antes se había planteado, esto es, pensando la sustitución de un sistema social centrado en la gestión económica por parte de empresarios privados a otro tipo de sociedad basado en alguna fórmula de gestión colectiva.

* Quiero agradecer la atenta revisión del texto realizada por Alfons Barceló y Jordi Roca, que han sugerido algunos temas y ayudado a mejorar la discusión. También al comité de redacción de la revista con el que discutí una versión preliminar del texto. Con todo, me hago responsable de las cuestiones que puedan resultar fuera de lugar o directamente desacertadas.

Frente a esta situación, se han dado varias explicaciones. La más elemental es que la hegemonía del capital se ha conseguido mediante el uso intensivo de recursos en los diferentes aparatos de «propaganda» del sistema, tanto en el plano más general de los medios de comunicación, como en el más específico de la formación de economistas y otros gestores sociales. Hay algo de cierto en esta crítica: solo hay que ver la marginación de insignes economistas «críticos» en la lista de premios Nobel de economía o el cuadro de comentaristas de los medios de comunicación «serios» para medir el grado de marginación con los que son «premiados» los que elevan demasiado su tono crítico. Pero parece exagerado cargar todo el peso de la situación a esta cuestión. Nunca los críticos han tenido buena prensa (aunque los medios de difundir ideas han cambiado con las épocas, antes eran más eficaces los anatemas de los párrocos y hoy las apariciones televisivas) y sin embargo en algunos momentos estas gentes marginales fueron capaces de consolidar estructuras organizativas y movimientos sociales capaces de disputar esta hegemonía.

Otra respuesta es la de considerar que la ausencia de alternativas ha sido habitual en la tradición socialista. El mismo «Manifiesto Comunista» (Marx, Engels, 1848) se limitaba a proponer una serie de reformas que hoy consideraríamos democrático-radicales, sin diseñar un sistema social alternativo. Esto último quedaba en manos de los simpáticos socialistas utópicos o se dejaba para el futuro, cuando las transformaciones revolucionarias permitieran otra experiencia social. Esto que podía considerarse aceptable a finales del siglo XIX, que en parte era una reacción frente al exceso de definición de muchos proyectos utópicos y que en parte reflejaba la ausencia de experiencia real, es hoy menos asumible. Básicamente porque un argumento consistente que utilizan los defensores del capitalismo es que han fracasado las formas de socialismo que a lo largo del siglo XX trataron de erigirse como alternativas. Y frente a ello, las denuncias, casi siempre justificadas, de los múltiples y variados problemas e injusticias generados por el capitalismo, quedan muchas veces limitadas por la incapacidad de proponer fórmulas alternativas de gestión social.

Verdad es que el reto no es fácil. La ausencia de propuestas es ya una muestra de esa dificultad. Las líneas que siguen no son sin duda una respuesta, sólo una invitación a seguir trabajando en la imperiosa y urgente necesidad de encontrar salidas al marasmo económico, social y ecológico en el que estamos inmersos. La vía que propongo es la de explorar tanto la experiencia del «socialismo real» como la del capitalismo contemporáneo para tratar de entender qué cosas funcionan y qué cosas no, para qué sirven y para qué no, qué elementos son transformables y qué puntos críticos plantea esta transformación. Al fin y al cabo ninguna revolución hace tabla rasa del pasado y, en todos los campos de la vida, el análisis de lo pasado, de los éxitos y los fracasos constituyen las mejores vías de conocimiento.

El contenido del socialismo

Para situar mi reflexión conviene indicar de entrada lo que entiendo por socialismo o comunismo. Aunque estas palabras trataron de diferenciar «etapas» y corrientes políticas distintas, hoy no tiene mucho sentido mantener estas distinciones. Otra cosa son las organizaciones políticas concretas que adoptan uno u otro nombre, algo que forma parte más de la retórica del momento que de un debate de ideas fundamental. Este movimiento ha tenido múltiples, variadas y contradictorias corrientes políticas, pero todas ellas comparten unos rasgos comunes. En síntesis las aspiraciones básicas compartidas eran mejorar las condiciones de vida de la mayoría de la población, enfrentándose a las minorías privilegiadas, por un lado, y propugnar unas formas de organización básicamente igualitarias, por otro.

Las demandas igualitarias atañen a muchos aspectos de la vida social, entre las que merece destacar:

- **Un igualitarismo simbólico**, la demanda del reconocimiento de una humanidad común frente a todas las estructuras sociales que niegan a una parte de las personas esta naturaleza. En muchos de los modelos sociales donde impera la desigualdad más extrema la diferenciación entre categorías de personas (o la mera negación de la misma a una parte del cuerpo social) constituye un eje básico de diferenciación social, como lo expresa la experiencia del esclavismo, las sociedades de castas, o el patriarcado.
- **Un igualitarismo económico** orientado bien a garantizar el acceso de todo el mundo a recursos materiales básicos para generar una actividad productiva viable (por ejemplo, reparto de la tierra, educación, etc.) o a garantizar que el resultado del proceso económico se repartirá de forma equitativa y permitirá a todo el mundo subsistir dignamente (distribución justa de la renta, etc.). En muchos casos este igualitarismo también se concreta en la demanda de un reparto justo de la carga social que suponen las tareas productivas y reproductivas.
- **Un igualitarismo político** orientado a garantizar una participación igualitaria en la toma de decisiones que afectan a la sociedad. La expresión clásica de esta demanda fue la lucha por el sufragio universal, pero las nuevas demandas de participación o las luchas por la democratización de la empresa, o por los cambios en el modelo familiar constituyen expresiones adicionales de este tipo de demandas.

La lucha por el igualitarismo ha corrido largo tiempo pareja a la lucha por la libertad. Entendida como la defensa de la autonomía personal frente a pode-

res externos que generan coacciones inaceptables para la vida de la gente. En muchos casos se ha tratado de una lucha con una base económica, tal como explica con acierto John Berger (1979) para el campesinado: pequeñas unidades sociales que se perciben autosuficientes y que están siempre al albur de la coacción del estado u otro agente externo, que les detrae parte del excedente productivo arduamente conseguido. Pero los agentes coactivos no se limitan a la esfera económica sino que atañen a muchos otros aspectos de la vida social, como el de la moral sexual, el de los hábitos de vida, etc. El movimiento socialista moderno encontró, por ejemplo, en las Iglesias cristianas uno de sus mayores opositores ideológicos y en los países donde éstas gozaban de cierta hegemonía social, la lucha contra sus redes educativas y asistenciales, representó una parte importante de su actividad: la creación de un sistema público laico se reveló como un objetivo básico de cualquier modelo socialista.

La crítica inicial al capitalismo se planteó en gran medida desde esta perspectiva igualitaria. El capitalismo es un sistema de explotación en su triple versión de generar una distribución desigual de la carga de trabajo (traducido en la imposición de formas de organización laboral inhumanas), negar el acceso a la mayoría de la población a los recursos productivos básicos (concentración del poder económico) y dar lugar a una distribución del producto absolutamente injusta e insatisfactoria (pobreza y desigualdad). Pero desde el principio esta crítica del capitalismo en términos de desigualdad vino además reforzada por una crítica del mismo en términos de costes sociales, de ineficiencia en la gestión social y de creación de riesgos sociales inaceptables.

Los críticos del capitalismo pronto advirtieron que la forma particular de gestión de la empresa privada (orientada a la mera obtención de beneficios, especializada en líneas de producción específicas, en competencia con otras empresas) constituía un modelo que generaba numerosos y diversos males sociales y ni siquiera era capaz de garantizar el gran objetivo que ponía de acuerdo a todos los empresarios: el crecimiento económico sostenido. El desempleo recurrente, las crisis financieras, los problemas de salud, el deterioro ambiental y urbano, etc. han sido temas frecuentes (con mayor o menor énfasis en fases distintas de la historia) y han sentado la base de demandas sociales traducibles tanto en propuestas de reforma o regulación como en propuestas de cambio radical. De esta forma, junto al igualitarismo y la libertad, la mayor parte de ideas socialistas se han orientado a propugnar un modelo de instituciones sociales que eluda la generación de costes sociales y los riesgos excesivos a la humanidad.

En su formulación más radical, la idea de socialismo acabó encarnándose en un modelo de sociedad igualitaria y planificada centralmente. Este último

aspecto era, en gran parte, producto de dos demandas complementarias: la de participación en la gestión social y la de evitar los costes sociales de la gestión privada y su tendencia a la «anarquía de la producción», que se traducían en recesiones, desempleo, pobreza recurrente, etcétera.

Por último, hay que subrayar que desde el principio esta formulación se planteó en clave universal, entendiéndose que no era posible la construcción de una sociedad igualitaria a escala local. Y que el proyecto socialista era realmente un proyecto a escala de toda la humanidad.

Sin duda la experiencia del socialismo real mancilló muchos de estos conceptos. Empezando por el universalismo y acabando por la libertad. Sin duda las demandas sociales que generaba el socialismo también se encuentran en otras corrientes sociales bajo otras formas. Pero considero que, con independencia del nombre que le demos a una nueva sociedad, las grandes ideas fuerza siguen valiendo como objetivos sociales: desarrollar un modelo social, un conjunto de instituciones y formas de actuación, orientadas a garantizar de forma universal un igualitarismo simbólico, político y económico y a limitar razonablemente la generación de costes sociales y de riesgos innecesarios, evitando que, si se materializan, tengan que ser soportados por grupos sociales específicos.

Los proyectos igualitarios en la práctica: límites y contradicciones

Ha habido al menos dos experimentos de izquierda que han tratado de presentarse como proyectos orientados por este modelo, aunque con diferencias notables entre sí, sobre todo por lo que hace referencia a las instituciones de una sociedad capitalista. Me refiero, por una parte, a las diferentes familias del modelo soviético —autorrepresentadas como modelos alternativos al capitalismo— y por otra, a las políticas socialdemócratas que han intentado avanzar en el plano de la igualdad sin cuestionar radicalmente la propiedad capitalista. Aunque sus lógicas eran diversas, ambas tienen en común un aspecto importante: estar orientadas a fomentar el crecimiento económico, el aumento constante de la producción como condición básica para garantizar el bienestar material y permitir una mayor libertad humana. Un crecimiento donde el desarrollo tecnológico (con base científica) se constituye en un motor central de la vida económica y donde el resto de aspectos de la vida social se supeditan en gran medida a este objetivo.

El mecanismo básico de la propuesta central bautizada como «comunismo» se constituyó en torno a la estatalización de la propiedad de los medios de producción y a la planificación central. En realidad, eso supuso conceder a

una minoría social supuestamente representativa e ilustrada, el control de todas las decisiones básicas. Se suponía que la planificación centralizada de toda la actividad económica por parte de este grupo permitiría eliminar los males del capitalismo de mercado (evitar costes sociales, evitar la anarquía de la producción y sus crisis recurrentes, orientar el crecimiento económico) y garantizaría un desarrollo armónico de la sociedad. Aunque se logró la expropiación de las propiedades capitalistas y la introducción de medidas distributivas igualitarias, estos proyectos olvidaron muchos de los otros componentes a los que debe apelar cualquier proyecto transformador. Así, se despreció por completo el igualitarismo político y la participación activa de la mayoría, prácticamente se liquidó la evaluación de costes sociales (en gran medida gracias a la supresión de las libertades democráticas que permiten la existencia de movimientos sociales y conforman un telón de fondo sobre el que pueden articularse mecanismos de corrección), y se perdió toda visión universal bajo las urgencias de la «construcción del socialismo en un solo país». La preocupación por el crecimiento condujo además al predominio de la acumulación de bienes de producción y al infradesarrollo de la producción de bienes de consumo (Nove, 1987).

En su conjunto, la gestión burocrática centralizada, si bien se mostró adecuada para alcanzar algunos logros, resultó catastrófica en otros muchos. Mientras algunos de los países que optaron por esta vía han alcanzado algunas metas espectaculares (como el de la astrofísica rusa) o socialmente interesantes (como un buen sistema de sanidad pública) en otros aspectos básicos, como la producción de alimentos, los resultados fueron deprimentes, cuando no escandalosos. Y en algunos ámbitos, especialmente el de la creación de una nueva sociedad capaz de autogobernarse, simple y llanamente catastróficos. Creo que la experiencia más destacable que podemos extraer de toda esta historia es la imposibilidad de organizar completamente una actividad económica a partir de las decisiones de un reducido grupo central, olvidando las mil y una formas de participación social.

La tradición socialdemócrata optó por otra vía. Aceptar el capitalismo y limitarlo mediante regulaciones orientadas a impedir la aparición de costes sociales inaceptables. Introducir medidas redistributivas de diverso tipo (seguro de paro, jubilación, etc.) orientadas a garantizar mínimos vitales e impedir que las desigualdades generadas por el funcionamiento normal del capitalismo dieran lugar a situaciones intolerables de desastre social. Cabe señalar que estas propuestas no fueron exclusivas de la izquierda. Muchas de las regulaciones y políticas de rentas fueron propuestas también por liberales moderados y cristianodemócratas que no tenían entre sus objetivos, ni siquiera retóricos, un cambio del modelo social, pero que entendieron que un capitalismo sin regulaciones y políticas compensatorias estaba abocado a la ines-

tabilidad y la crisis social recurrente. Y resulta obvio que el mayor empuje a estas políticas se dio tras la Segunda Guerra Mundial, cuando la sensación de que la sociedad capitalista estaba en peligro fue mayor y con ello la necesidad de hacer reformas que la estabilizaran (Hobsbawm, 2000). Es también cierto que ha sido en los países donde la socialdemocracia ha sido más hegemónica, donde estas políticas han alcanzado mayor desarrollo (Sampedro, 1968; Gough y Doyal, 1984).

La experiencia, sin embargo, es también elocuente en cuanto a sus limitaciones. Las propuestas socialdemócratas nunca fueron universales, se centraban en el desarrollo nacional, y por esto, ningún país que ha circulado por esta vía ha podido eludir ni una relación estrecha con el imperialismo ni una política represiva frente a la migración. La acumulación de capital ha seguido constituyendo el núcleo de la actividad económica y por ello ha sido tan débil culturalmente la defensa del orden socialdemócrata cuando el neoliberalismo ha llevado a cabo una fuerte ofensiva tanto en el campo socio-político como en el de la producción de ideología económica. Y la aceptación de las principales normas de propiedad privada ha permitido la conformación de los grandes imperios privados que hoy ponen en jaque la acción pública.

Ni el estatismo burocrático ni la socialdemocracia han alumbrado la sociedad deseable del socialismo clásico. Pero es difícil averiguar si las cosas pudieron haber ido de otro modo. Más útil es tratar de entender por donde debería transitar un nuevo proyecto de cambio social.

El igualitarismo cuestionado

En los últimos veinte años el socialismo ha perdido credibilidad. En parte por el agotamiento de las dos vías por las que trató de avanzar. El modelo burocrático está completamente desprestigiado, en buena medida por méritos propios. El autoritarismo de sus estructuras políticas y el fracaso en alcanzar cotas hoy aceptables de bienestar material y de desarrollo social e individual han hecho más por desprestigiar la idea de socialismo que las múltiples e insidiosas campañas de los medios de comunicación al servicio de los intereses capitalistas. El modelo socialdemócrata ha fracasado en buena medida por su incapacidad de hacer frente con ideas y medidas a la brutal ofensiva neoliberal que ha conseguido, al menos por el momento, detener el avance hacia un modelo social más humanitario, un modelo de economía socialista con mercado que en algunos momentos parecía factible en la década de los sesenta y sobre la que se desarrollaron importantes movimientos sociales y una cultura social de corte optimista.

En síntesis, la crisis del modelo clásico no se debe sólo al fracaso de los modelos en los propios términos en los que fueron pensados, sino también por desarrollos que o bien socavan la base social del igualitarismo o bien lo impugnan por su carácter insuficiente.

En primer lugar, la pérdida de peso del igualitarismo tiene que ver con las estructuras reales de las sociedades capitalistas desarrolladas. Éstas no se asemejan a los modelos clásicos de polarización entre unos pocos propietarios y una enorme masa de trabajadores manuales. Hoy tenemos sociedades con una enorme diversificación de estamentos, entre los que existe alguna posibilidad de mejora individual con combinaciones diversas de esfuerzo personal, talento, suerte, ganas de trepar y falta de escrúpulos morales. También porque la existencia de sectores públicos desarrollados genera algunos espacios relativamente tranquilos. La misma empresa capitalista se ha transformado en parte desde la empresa individual de carácter familiar, hasta estructuras controladas por burocracias empresariales más difíciles de visualizar. Un elemento crucial es la relación existente entre esta estructura social, el sistema educativo y las mil y una formas de legitimación de estas burocracias privadas en los canales de comunicación masiva. Una gran parte de la gente está socializada en el convencimiento de que el mérito individual constituye un elemento central para la determinación de la posición social de cada persona. Y ello conduce fácilmente a ver el igualitarismo como una imposición de los perdedores (o peor, de los vagos). La posesión de títulos educativos se ha convertido en parte en otra fórmula de legitimación de las castas sociales, puesto que el no educado es alguien al que no se pueden confiar ciertas tareas (por ejemplo la gestión pública), o alguien cuyos ingresos pueden ser justificablemente bajos.

Al mismo tiempo que se reproducen y aumentan las legitimaciones de la desigualdad basadas en aspectos étnicos y de nacionalidad. En la inmensa mayoría de sociedades desarrolladas existen importantes grupos de población con derechos sociales disminuidos a causa de su pasaporte o su pertenencia étnica. El viejo eurocentrismo que configuró la ideología colonial sigue vigente, bajo fórmulas diversas, en gran medida como resultado del fracaso de los proyectos socialistas de corte universalista y retroalimentado por los miedos que alientan las políticas antiterroristas y de control de la inmigración «excesiva» de los tiempos actuales. El mundo de la globalización planetaria es, al mismo tiempo, el mundo donde renacen las murallas que separan países y espacios urbanos.

Pero el viejo socialismo no sólo ha sido impugnado por el renacimiento de nuevas formas de clasismo y racismo social. Se ha visto también sometido a críticas que plantean su limitación de miras y la necesidad de una nueva elaboración programática.

De un lado está la crítica ecológica. El reconocimiento de los impactos y dependencia de la actividad humana respecto a la naturaleza. La imposibilidad de mantener inalterable una senda de crecimiento económico que genera múltiples males sociales, que pueden incluso llegar a poner en cuestión la propia persistencia de la especie humana. El reconocimiento de la conflictiva relación entre desigualdad económica e insostenibilidad ambiental no sólo obliga a reconsiderar la cuestión de las desigualdades, sino que fuerza a un replanteamiento general de los proyectos socialistas. El sueño de un reino de la abundancia que permitiría atenuar las contradicciones sociales y daría lugar al mundo de la libertad está cada vez más fuera de lugar. Y con él la justificación de la acumulación (fuera privada o fuera pública) como una fase previa necesaria para alcanzarlo. No se trata sólo de la necesidad de plantear un modelo de sostenibilidad que necesariamente debe incluir ciertas dosis de austeridad y limitaciones a los comportamientos humanos, sino también la necesidad de introducir en el proyecto un proceso de ajuste que permita transitar desde la actual fase de despilfarro ambiental hacia una sociedad universalmente sostenible (Tello, 2005).

De otro la importancia de la crítica feminista, que ha permitido poner en evidencia otras formas de desigualdad y explotación marginadas del esquema binario de clases sociales. Una crítica que se ha ido forjando a medida que las mujeres desarrollaban un potente, aunque a menudo subterráneo, movimiento igualitario. No sólo se trata de la denuncia de una desigualdad endémica sino que en el proceso se ha puesto en evidencia la importancia social de actividades que habitualmente quedaban marginadas bajo la etiqueta de «improductivas». El feminismo nos ha enseñado a repensar los temas de la igualdad y a invertir la forma de pensar el conjunto de la actividad económica, poniendo en el centro del análisis la satisfacción de las necesidades básicas, cotidianas, de los seres humanos, sus procesos reproductivos, sus aspectos relacionales (Picchio, 2001).

A una parte del pensamiento de izquierdas le ha costado integrar estos dos retos. Y no han entendido que, más allá de sus fracciones más excéntricas, o de los oportunistas que simplemente enarbolan nuevas banderas con intereses de medro personal, lo que plantean ecologismo y feminismo es una ampliación de las demandas igualitarias que solo pueden ser satisfechas mediante un modelo social cuyas instituciones en lugar de estar orientadas hacia la acumulación de riqueza se orienten a la satisfacción de necesidades sociales universales, condicionadas a límites impuestos por la base natural.

Existe además la dificultad que generan las propias desigualdades del actual «desorden mundial». El modelo de vida y consumo imperante en los países ricos se ha convertido en el modelo de referencia dominante para gran parte

de la población actual, aun cuando resulta al mismo tiempo imposible de replicar a escala mundial por razones ecológicas. No estoy en cambio tan seguro de que en ausencia de estas últimas no fuera posible desarrollar algún tipo de «keynesianismo» planetario que generalizara el modelo de consumo, aunque ello requeriría un profundo cambio en las instituciones internacionales. Pero las restricciones ambientales de todo tipo apuntan a que se trata de una propuesta físicamente inviable —ésta es por ejemplo la propuesta de Stiglitz (2002) y de gran parte de la profesión económica crítica con la gestión neoliberal. Pero en ausencia de un enfoque universalista vamos a seguir bombardeados por intentos de todo tipo por generalizar el modelo actual, sea en forma de recetas neoliberales, apuestas populistas o, simplemente por procesos migratorios a gran escala con los que los marginados tratan de acceder a un mundo al que consideran tener derecho.

En busca de un nuevo espacio para el socialismo

A corto plazo, el neoliberalismo parece ser la cultura hegemónica. El fracaso del viejo igualitarismo alienta el escepticismo sobre los futuros radiantes. Y hay que conceder que los nuevos igualitarismos aún no han dado lugar a un nuevo proyecto y que a menudo han derivado hacia posiciones tacticistas fácilmente asimilables por el modelo dominante (como lo muestran algunas propuestas de gestión ecológica primando exclusivamente mecanismos de mercado -incentivos financieros- o la reducción de las demandas igualitarias de las mujeres a las posibilidades de promoción individual).

Pero más allá de desvíos y vericuetos, siguen persistiendo demandas igualitarias. Como las que expresan las mujeres en campos como el acceso al empleo o la conciliación, o como expresa el fenómeno migratorio. O como expresa la soterrada lucha de gran parte de la población por mantener muchos de los logros de los viejos estados del bienestar. O los movimientos esporádicos, pero a veces potentes, que se mueven alrededor del «altermundialismo».

En los países ricos la amenaza de problemas ambientales, en forma de cambio climático o en la forma más prosaica de aumento de la factura energética va a generar dudas sobre la bondad del crecimiento. De la misma forma que las amenazas de deslocalización de importantes actividades productivas genera nuevas tensiones sociales, hasta ahora bajo control del capital. Pero existen indicios de malestar en torno a cuestiones como la precarización del empleo o el problema de la vivienda. Existen, en definitiva, terrenos de conflicto en los que fácilmente se advierten las limitaciones del actual orden institucional y la necesidad de una perspectiva igualitaria.

El que los problemas existan no supone, sin embargo, que la respuesta automática sea de corte igualitario. Por el contrario existe el grave peligro de que las respuestas sean en sentido contrario y den lugar a algún tipo de instituciones autoritarias. No sería la primera vez que una profunda crisis social, lejos de propiciar un orden social superior, da lugar a una descomposición inmanejable. Y el enorme deterioro generado por el consumismo y el neoliberalismo en los tejidos sociales hace aún más peligrosa la eventualidad de esta respuesta indeseable.

Por esto, en cierta medida, hoy la humanidad vuelve a estar confrontada a un dilema del tipo «socialismo o barbarie». Por más que el socialismo ya no podamos pensarlo como el reino de la abundancia o el paraíso del burócrata soviético, y por más que la barbarie contenga elementos de consumismo compulsivo. Una barbarie que no se limita a los horrores de las guerras y el terrorismo, sino que la podemos percibir asimismo en la proliferación de barreras, el recorte de libertades a los «extranjeros», la degradación del espacio natural, la proliferación de la corrupción o los riesgos de crisis financieras locales o globales.

Y por ello es necesario que la elaboración programática trate de ofrecer respuestas, abiertas a una reevaluación constante, a las demandas igualitarias que se plantean desde ámbitos bien distintos de la vida social.

En lo que sigue se ofrecen algunos puntos de reflexión sobre el enfoque a partir del cual podría pensarse una propuesta de socialismo que recogiera la revisión crítica de la experiencia pasada y las aportaciones de las nuevas críticas.

Poner la economía de pie

Cualquier proyecto social requiere de ideas fuerza que permitan situar sus objetivos y lograr apoyo social. Un proyecto igualitario sólo puede alcanzar predicamento si se pone en relación con otros elementos que le dan profundidad y coherencia. He aquí, a mi entender, las ideas fuerza sobre las que asentar dicha propuesta.

Por una economía que priorice la satisfacción de las necesidades sociales básicas

El capitalismo potencia la satisfacción de las necesidades solventes de los ricos, pero deja fuera necesidades básicas de la mayoría de la población mundial, a la vez que fomenta el consumo compulsivo de la minoría con recur-

sos. El escándalo de una sociedad con hambrientos y sobrealimentados, de «sin techo» y de propietarios de terceras residencias es un indicador de lo ilógico de nuestro modelo social.

La gestión privada de la economía genera necesariamente numerosos costos sociales y ambientales imposibles de soslayar. El capitalismo se basa en el predominio de la empresa privada, y ésta (incluso en su forma cooperativa), está dominada por una dinámica que induce al crecimiento continuado, derivado de la búsqueda del enriquecimiento y de las presiones del juego competitivo. Las empresas, además, tienden a desarrollar políticas defensivas orientadas a mantener sus líneas de actividad, por más que estas supongan la producción de bienes indeseables o generen elevados costes sociales, tal como se pone de manifiesto estudiando la historia de, por ejemplo, las empresas tabaqueras o las de producción de armamentos.

Una economía basada en las necesidades debería garantizar a todo el mundo formas de vida dignas, con un equilibrio adecuado entre actividad laboral (en sus diferentes esferas), consumo y vida social. Una economía de las necesidades no debe estar organizada con el obsesivo objetivo de ampliar la carga laboral (poner el empleo como objetivo primario no es más que una forma de camuflar la prioridad que se concede al crecimiento). Pero tampoco debe olvidar que para satisfacer necesidades básicas se requiere bastante actividad laboral y que posiblemente va a resultar ineludible realizar tareas necesarias pero poco gratificantes o creativas. Por ello el reparto de la carga laboral como deber social de todas las personas debe considerarse una condición necesaria para garantizar a todo el mundo oportunidades de desarrollo personal.

Para alcanzar estos objetivos se requieren transformaciones profundas en las instituciones que organizan la actividad económica, entre las cuales destacaría las siguientes:

- El uso de indicadores realmente informativos del funcionamiento social, que permitan en todo momento cuantificar carencias, evaluar impactos, etc., algo para lo que no son útiles muchos de los indicadores económicos actuales (transformación de los mecanismos de evaluación social) y sobre la que ya existen muchas propuestas de mejora.
- Desarrollo de medidas que faciliten los procesos de transformación productiva, evitando resistencias legítimas y favoreciendo el cambio social hacia un modelo sostenible. Este punto es crucial para evitar bloqueos a propuestas de racionalización ecológica y de otro tipo. En muchos casos el capital logra aglutinar tras de sí a coaliciones defensivas fundamentadas en el miedo a la pérdida de posibilidades de subsistencia. Por esto hay

que combinar medidas de renta, de formación, de ayuda y ofrecer alternativas reales que muestren que el fin de un proyecto productivo no es el camino a la pobreza y la marginación. O que el cierre de una determinada línea de consumo no impedirá el desarrollo de la propia vida personal (por ejemplo, en la sustitución de modelos de transporte).

- Creando mecanismos de debate social y decisiones colectivas sobre las necesidades prioritarias y la jerarquización de objetivos. Algunas, como la eliminación del hambre o el acceso a la vivienda pueden parecer obvias (aunque lo es menos la forma de satisfacerla), pero otras muchas son más controvertidas y no existe una regla de oro para decidir las. Hay que considerar además que en aquellas cuestiones donde exista margen de maniobra, debe dejarse a las personas posibilidad de elegir y, posiblemente, mantener mecanismos de mercado. La fijación de objetivos básicos solo será aceptable si realmente existe un amplio consenso social sobre los mismos. La fijación rígida de pautas de consumo en todos los ámbitos de la vida personal parece una vía incompatible con las demandas de autonomía individual e incluso con ciertas pulsiones biológicas bien arraigadas.
- Necesariamente los procesos productivos seguirán desarrollándose en esferas de distinto tipo, y tendrán lugar en marcos espaciales de nivel diferente. No podemos esperar soluciones mágicas en la interrelación de los mismos, pero sí desarrollar propuestas de interrelación coherentes con la complejidad de objetivos y dinámicas. Hoy la empresa privada es el núcleo central y el resto de instituciones tiene que adaptarse a sus demandas (por ejemplo, la vida personal y familiar). En cambio, lo que propongo es una reorganización desde arriba (que puede incluir mecanismos múltiples y compensaciones entre las diferentes esferas) con objeto de articular adecuadamente estas situaciones.

Economía cooperativa

Esta es una cuestión crucial. La sociedad actual defiende la competencia y el mérito individual. Un mérito que tal como se construye suele premiar más a los ambiciosos y no siempre propiciar mejoras globales en términos de productividad, calidad de bienes y servicios, etc. Es crucial promover una economía de la cooperación, que no sólo potencie el esfuerzo colectivo, sino que base el mismo en un reconocimiento real.

En particular, creo que hay que insistir en la importancia crucial de muchas actividades consideradas no cualificadas como un medio de recomponer un viejo espíritu igualitario. Eso no es sólo un posicionamiento ideológico, sino que también toma en consideración que nuestra calidad de vida depende en

gran parte del comportamiento de la gente que realiza tareas materiales y de cuidados. Y el desempeño de estos menesteres depende crucialmente tanto de las formas de organizar el trabajo como del reconocimiento social del mismo.

La cooperación exige el reconocimiento del papel casi siempre complementario que tienen la mayoría de actividades humanas. Pero no se trata sólo de una cuestión psicológica. El fomento de cooperación pasa también por la búsqueda de una organización del trabajo que fomente el desarrollo de las capacidades de todo el mundo y un reparto equitativo de aquellas cargas pesadas que es imposible eludir. También un cambio en la distribución de la renta que hoy está escorada a favor de una minoría de triunfadores. La insistencia en los incentivos materiales y la competencia individual como mecanismo de motivación personal, tan querida por los economistas ortodoxos, tiene mucho de orden impuesto y justificación de desigualdades inaceptables. Sin duda los comportamientos humanos son complejos y cualquier sociedad necesita fomentar comportamientos adecuados a su funcionamiento, pero no parece que el modelo actual esté libre de problemas ni sea adecuado para orientar el desarrollo de una sociedad ecosocialista. Entre otras muchas cosas las enormes desigualdades salariales y de renta tienen que ver con el desarrollo de un modelo de consumo posicional que empuja el crecimiento de actividades insostenibles. Reducir estas desigualdades ha sido una pretensión de toda la retórica socialista. Enlazarla con el desarrollo de un proyecto cooperativo constituye un elemento que le da fuerza.

La búsqueda de métodos cooperativos no debe sin embargo hacerse en detrimento de la iniciativa individual, o de pequeños grupos. Las actividades más creativas exigen las posibilidades de innovar, de introducir el toque personal, etc. En este sentido es quizás donde hay que ser más flexibles, tanto en lo que concierne a las soluciones organizativas como a las restricciones igualitarias. Pero hay que reconocer que las sociedades actuales, por un lado, generan estímulos para unos pocos, al tiempo que someten a la mayoría de la población al papel de comparsas, perdedores o sojuzgados. El resto es desarrollar un marco de instituciones y mecanismos que favorezcan la iniciativa y la posibilidad de acción de todo el mundo, lo que exige una profunda revisión tanto de las formas de organización como de los sistemas de premio y estímulo.

Sociedad democrática

Sin duda la participación social es determinante en este aspecto. El punto fuerte de partida es que todas las grandes decisiones sociales producen importantes impactos directos e indirectos, y por ello es necesario poder

debatirlas, examinar sus posibles efectos y regularlas en la medida de lo posible.

Hay sin embargo que reconocer que la participación es complicada y que no siempre las reglas de la mera mayoría son las más justas. Por otro lado resulta evidente que la participación está condicionada por los «recursos de los individuos» en términos de recursos económicos, culturales y de disponibilidad de tiempo. Una sociedad democrática exige un acceso adecuado a estos recursos. Por esto la cuestión de la educación ha sido tan central en las propuestas de la izquierda, aunque ahora se requiere una reevaluación crítica de los resultados. Pero hay otros terrenos, como el debate sobre los tiempos (horario mercantil frente a trabajo doméstico y vida social, desigualdades en la gestión del tiempo) que obligan a ampliar el campo de recursos necesarios para el desarrollo de una vida realmente democrática.

Hay que plantear también los niveles de participación, que exigen tanto la democratización de estructuras como la empresa o la familia cuanto la elección adecuada de diferentes niveles y formas de decisión (me remito a mi artículo sobre la democracia económica, en *mientras tanto*, nº79). La democratización implica también una reflexión sobre los modelos de información y formación cultural.

Sobre espacios y líneas de intervención

El paso a una sociedad orientada a satisfacer los objetivos señalados arriba exige sin duda transformaciones institucionales importantes. Pero no se trata invariablemente de un salto en el vacío. Por más que la ofensiva neoliberal de los últimos años haya destruido avances sociales, queda un importante margen de acción pública. Y las demandas de acción colectiva están creciendo en muchos campos a medida que se ponen de manifiesto los costes sociales excesivos o insostenibles del modelo dominante.

Lo que siguen son reflexiones sobre alguno de los aspectos que considero deben considerarse en la elaboración de propuestas de cambio.

Actividad pública/ actividad privada

El liberalismo predica, aunque en verdad no actúe así, el «todo privado». El modelo soviético se basó en su contrario, aunque siempre quedaron espacios de actividad privada (Sempere, 2004).

Creo que debemos defender el paso a la esfera pública en aquellas actividades en las que se den alguna de las siguientes características:

- Actividades con enorme impacto social, en los que existen peligros ciertos de consecuencias dañinas si no se toman medidas de control adecuadas.
- Procesos productivos que es necesario reducir por cuestiones ambientales o de mal social (como, por ejemplo, las drogas). La empresa privada tiene siempre necesidad de ampliar o mantener la producción (y lo consigue utilizando un complejo número de técnicas mercadológicas). Aunque existe la alternativa de pagar a la empresa para que abandone la producción (tal como hace la política agraria comunitaria), no parece justificado que a medio plazo se acabe transfiriendo renta a alguien porque en el pasado realizó una actividad indeseable.
- Servicios sociales básicos en los que la provisión privada tiende a introducir criterios de exclusión con fines de rentabilidad (como ocurre en la asistencia sanitaria o la educación).
- Actividades integradas, donde la competencia no tiene sentido y dan lugar a lo que los economistas convencionales conocen como «monopolios naturales» (como la gestión de grandes redes de suministro eléctrico o telefonía).
- El de la provisión de bienes «indeseables», pero cuya prohibición puede tener efectos más perniciosos (generación de mercados negros, mafias, etc.) y es mejor ofrecerlos pero no promoverlos (tabaco y otras drogas).
- Producción de bienes en los que existen elevadas economías de escala, donde el mercado conduce necesariamente a la concentración del poder (y que a menudo tienen impactos importantes.) Hay autores que sugieren que la propia escala ha estado influida por la voluntad de concentración (también en el modelo soviético) y por tanto el debate de técnicas debería considerar los aspectos de control social. (Piore/Sabel, 1984)
- El control de los medios financieros. Se trata a todas luces de un sector que ha alcanzado un volumen y sofisticación que acaba por tener un enorme impacto: la promoción de actividades especulativas, la inestabilidad financiera que éstas provocan, la facilidad de transferir renta entre fronteras (incluidas las ilegales), la concentración del poder son inaceptables. El sector financiero debe estar en manos públicas, aunque debe también diseñarse un modelo de control y gestión orientado a eludir el peligro de

que sea usado como un mero instrumento de control por parte de una nueva burocracia financiera.

- La apropiación social de rentas extraordinarias generadas a partir de decisiones públicas, en especial, las asociadas a la localización. Los enormes beneficios privados que se generan en las operaciones inmobiliarias que caracterizan nuestro modelo productivo sin duda desaparecerían con un modelo de propiedad pública del suelo y regulación adecuada. Pero aún con ello existen enormes posibilidades de aparición de rentas asociadas a la localización que exigen un sistema fiscal y una regulación social adecuada (Naredo, 2006).
- Las grandes orientaciones sobre investigación básica. Hoy la investigación militar constituye un gran elemento de orientación de la financiación de la investigación. En otros ámbitos los fondos de investigación son en gran parte decididos por las elites académicas en un proceso donde a menudo las prioridades sociales están menos presentes que las opiniones de gente poderosa, las presiones de las grandes empresas o las orientaciones políticas. Los científicos deben ser tomados en seria consideración, pero deben articularse verdaderos procesos democráticos para decidir cuáles son las líneas de investigación prioritarias. Aunque también es necesario pensar que una extrema centralización puede llevar a una pérdida de oportunidades y talentos y que una política científica alternativa debe dejar espacios al surgimiento de nuevas líneas de investigación

No tiene en cambio mucho sentido la producción pública de bienes en pequeña escala, donde es posible la innovación etc., aunque aquí el debate debe ir en la línea de promover empresas más cooperativas.

Creo que el debate puede replantearse a partir de algunas evidencias:

- a) la evaluación del impacto de las privatizaciones en la calidad del servicio y condiciones sociales que han generado,
- b) la evidencia del desempeño de algunas organizaciones que funcionan de otra forma. No deja de ser curioso que Mondragón, a pesar de sus muchos aspectos críticos, ha sido uno de los pocos grupos industriales españoles que ha mantenido el empleo y la innovación o que las cajas de ahorro hayan aumentado el empleo e innovado más que la banca privada que no ha cesado de destruirlo.

La apelación a la iniciativa no debe limitarse a la frontera empresa pública/privada, debe también incluir derechos de iniciativa en campos como la investigación o los medios de comunicación.

Plan, mercado y democracia económica

Sobre esta cuestión tengo poco que añadir a lo ya planteado en un artículo anterior (Recio, 2001) Que la gestión económica vía mercado genera desigualdades y costes sociales inaceptables es evidente. Pero la sustitución del mismo por la planificación burocrática tampoco se ha mostrado adecuada. Desde mi punto de vista, el supuesto clásico de planificación descansa demasiado en la capacidad omnisciente de los sujetos, la cual no resulta realista suponer. No sólo cuando este conocimiento perfecto se delega en una burocracia, por muy ilustrada y competente que sea, sino también cuando pensamos en una planificación democrática. Pero ello no conduce a desechar ni la planificación ni la elaboración democrática. De hecho en las economías capitalistas avanzadas, donde el estado controla directamente entre un 30% y un 50% de la producción total, la elaboración del presupuesto constituye un elemento básico de planificación Y es bien conocido que el presupuesto no sólo influye directamente en la economía a través de los impuestos y el gasto público, sino que lo hace también de forma indirecta —desde la fijación de orientaciones macroeconómicas hasta su influencia en la negociación colectiva.

Si el sector público controlara el tipo de actividades que hemos supuesto en el apartado anterior, no cabe duda de que una gran parte de las decisiones estratégicas caerían dentro de este supuesto de «planificación» Por otra parte, existe otra forma de influencia poderosa sobre la marcha de la producción que es mediante regulaciones. En la práctica todas las economías capitalistas y todos los mercados funcionan sobre marcos regulatorios definidos. Y éstos influyen poderosamente sobre el comportamiento de los agentes.

Ampliar la democracia económica supone, a este nivel, extender los mecanismos de debate y participación social en aquellas cuestiones que son clave para determinar el funcionamiento de la economía real es decir: los planes de actuación a medio y largo plazo (por ejemplo plan energético), las decisiones de inversión y los cambios en las políticas, o en su caso, las propuestas de cambio de las rutinas inaceptables, y las políticas regulatorias.

Sin duda, la posibilidad de desarrollar una democracia participativa está, además condicionada por el tamaño de la población. En principio, las decisiones locales favorecen más la participación (aunque también pueden padecer de localismo, miopía y estar influenciadas por poderosos grupos locales, como ha puesto en evidencia el actual debate sobre la planificación urbanística).

Una cuestión esencial es la de organizar los mecanismos informativos. Ello supone adecuar medios para que todo el mundo tenga información relevante. Es evidente que la extensión y mejora de los niveles culturales es una parte

esencial de la cuestión, pero hay que contar también con otros elementos, tales como:

- Formas organizadas de debate e información sobre cuestiones relevantes.
- Mecanismos de debate técnico. La población debe tener acceso a centros de formación e investigación pagados con fondos públicos que permitan el acceso a información contrastada. La privatización de la universidad y los centros de investigación debe ser vista como un sesgo inaceptable que pone las decisiones técnicas bajo el control del capital.
- Debates «despolitizados» (en el sentido de separar decisiones de, por ejemplo, elecciones, etc.).

En otro orden de cosas la participación no solo requiere de recursos informativos sino también de tiempo. Una sociedad democrática consume menos (y por tanto trabaja menos) y dedica más esfuerzos a tomar decisiones. Por esto no se puede separar la cuestión de la democracia de la cuestión de la organización de los tiempos de vida

Propiedad y empresa privada

Sin duda, el modelo de propiedad dominante en las sociedades actuales constituye su principal fuente de desigualdad. Pero la cuestión de la propiedad debe ponerse en una perspectiva más amplia que la que a veces se plantea (a menudo de forma interesada por parte de los defensores del sistema) como propiedad privada o ausencia de toda propiedad.

De hecho estamos hablando de derechos frente a otros y/o sobre cosas. En el pasado han existido numerosas variedades de derechos. Y en buena parte siguen existiendo (por ejemplo el derecho al aparcamiento en la calle es hoy un tema de controversia). Creo que un buen camino es discutirlo por sus efectos. El derecho a la propiedad capitalista, por ejemplo, choca con todos los aspectos de democracia económica. En cambio el derecho a la propiedad de los medios de consumo nos facilita bastante la vida. Por ejemplo, hay alguna evidencia a favor de la vivienda en propiedad como un medio para que la gente realice un mantenimiento adecuado, frente a una cierta tendencia al abandono en el caso de los inquilinos de parque público. En todo caso nada es automático, para que los propietarios hagan un buen mantenimiento se requieren normas que exijan controles periódicos (como las ITV) y por otra parte puede delimitarse un derecho a la «propiedad» de la vivienda que suponga restricciones a la especulación (por ejemplo la obligación de revenderla a precios públicos) o un sistema de alquiler que exija de los inquilinos

linos un gasto en mantenimiento ligado a los plazos de duración del contrato.

Del pasado pueden extraerse experiencias de cómo organizar el acceso a los recursos y condicionar sus efectos. Pero hay que empezar por entender que existen muchas fórmulas de regulación y en cada caso vale la pena evaluar costes y ventajas. Hay varias líneas de intervención

Una clara es que los bienes no reproducibles y de impacto social básico, como el caso del suelo, deben ser de titularidad pública o colectiva. Y su uso regulado por normas colectivamente consensuadas. En esta categoría podría entrar, como sugiere Schweickart, toda la propiedad de los medios de producción y el capital financiero (lo que en la práctica supone eliminar el derecho a participar del producto social por motivos de propiedad). El estado, u otra institución colectiva, «alquilaría» a las empresas cooperativas este capital (a menudo en forma de préstamos) y percibiría una renta que iría a sufragar los gastos de la sociedad.

Pero sin duda habría que aplicar otras normas sobre el acceso a los recursos en otro tipo de campos. No creo que pueda pensarse en fórmulas cerradas ni en una propuesta cerrada de modelos, sino que en cada caso (como sugiero para la vivienda) habrá que modular formas de propiedad, derechos de acceso adecuados.

En el caso de la empresa, sin duda, ésta es una cuestión crucial, pues la propiedad capitalista no se configura sólo como un derecho de disponibilidad sobre unos bienes, sino que es, al mismo tiempo, un derecho incontestado de control sobre los asalariados y de dirección del proceso productivo. La otra cara de la propuesta es la democratización de la organización empresarial. La eliminación de la propiedad capitalista es una parte importante, pero la democratización de las organizaciones productivas debe significar además mecanismos de participación en la toma de decisiones, y mecanismos de protección de las minorías.

Si bien parece claro que una democratización de las empresas puede generar una cierta tendencia a la autocontención y a eludir la generación de determinados costes sociales (por ejemplo, parece más probable que se reduzcan los peligros laborales para la salud si las personas pueden influir en los sistemas de trabajo, la organización de actividades, etc.) no puede esperarse que el cambio resuelva todas las cuestiones que supone el funcionamiento de la empresa. Los pequeños grupos, por democráticos que sean internamente, también pueden actuar de la misma forma egoísta y miope que los empresarios privados. Por ello, este modelo de empresa necesita interaccionar continua-

mente con otras instituciones: las regulaciones públicas, las organizaciones sociales de diverso tipo (desde organizaciones de usuarios a ecologistas), etcétera.

Hoy, muchas de las grandes empresas funcionan menos como estructuras compactas y más como redes que coordinan una enorme variedad de unidades de diferentes tamaños. Podemos observarlo en casi todos los sectores (cadenas comerciales, obras públicas, etc.). Ello apunta la posibilidad de pensar en formulas de organización en el que unas pocas decisiones o actividades clave estén centralizadas, y deban ser controladas por criterios democráticos, mientras que otras muchas pueden realizarse por unidades autónomas, con un cierto grado de apelación a la competencia y posibilidades reales de autogestión. Todo ello acompañado de un sistema de reparto del poder orientado a evitar el muy desigual poder que tienen actualmente las unidades empresariales (o cualquier otra división) que operan en los diferentes niveles de las redes actuales.

La esfera doméstica y los cuidados

En una sociedad socialista persistirá una importante actividad de producción para el autoconsumo y sin duda seguirán teniendo mucha importancia las actividades de cuidados personales. Aunque es posible que surjan nuevos modelos de vida en común, no puede descartarse que la familia seguirá existiendo (relaciones de personas con algún vínculo) y que en ella se seguirán produciendo actividades. En parte esta esfera autónoma amplía el campo de autodecisión de las personas, pero no puede tampoco olvidarse que éste es un territorio en el que se crean desigualdades importantes y que las familias pueden verse saturadas por una excesiva carga de trabajo. Todo ello conduce a considerar la necesidad de promover cambios que vayan orientados a garantizar la libertad de convivencia, la igualdad en la carga laboral entre sus componentes y la compatibilidad de la misma con el desarrollo de una vida personal activa. Ello obliga a considerar, en primer lugar, cuál es la capacidad de trabajo sostenible para las unidades de convivencia y qué actividades deben ser satisfechas con trabajo colectivo. Y por otra, a organizar los tiempos de vida de forma coherente para dar a todo el mundo la oportunidad de tener una vida social activa.

Reconsiderar el marco espacial

Las economías capitalistas promueven el despilfarro de recursos y personas. Una sociedad socio-ecológica debe promover la eficiencia y favorecer pautas de organización productiva y de vida sostenibles. Ello afecta a muchos aspectos de la producción, y entre ellos el territorial. Una parte de la globalización,

entendida como un mercado mundial, constituye en sí misma una gran máquina de despilfarro. Por esto la eficiencia conlleva también un cuestionamiento de los espacios y un cierto repliegue hacia una gestión más local de los recursos, aunque el «cuánto» sea posiblemente un tema de debate pertinente.

La sociedad actual se basa también en importantes desigualdades entre territorios. Muchas de ellas han sido gestadas en un largo proceso histórico dominado por diferentes formas de colonialismo e imperialismo que aún persiste. Entrar en el debate de la articulación de reglas internacionales sale fuera de las pretensiones de este trabajo. Pero sugiero que muchas de las pistas que he tratado de rastrear son también útiles a este nivel, pues en definitiva se orientan a dotar a todas las gentes de control sobre los instrumentos necesarios para llevar a cabo una vida satisfactoria y de regulación orientada a evitar que pequeños grupos generen elevados costes sociales a otros grupos o al conjunto de la vida social.

Pensar la transición

Al finalizar estas líneas uno tiene la sensación de caer en algo a lo que todos solemos estar expuestos. Soñar y proponer alternativas que sólo funcionan en el papel, pero que quedan fuera de la acción política inmediata. Y ciertamente la deriva actual de las sociedades modernas no invita necesariamente al utopismo. La crisis ecológica, las migraciones masivas, en parte generadas por el descontrol de la economía mundial, los problemas sociales exacerbados por un cuarto de siglo de hegemonía neoliberal, pueden acabar en una nueva tragedia social. Como se ha puesto de manifiesto en la guerra de Irak (una estupidez que no hace sino repetir y ampliar la que ya practicaron los estadounidenses en Vietnam y los soviéticos en Afganistán) muestra como aún hoy es posible que poderosas minorías enloquecidas conduzcan al desastre a millones de personas. La razón de ser de un proyecto socialista es precisamente la de elaborar propuestas que permitan evitar el lado negro de la historia y la construcción de instituciones justas (por esto también debemos ser radicalmente críticos con nuestra propia tradición, pues también el socialismo ha padecido desvaríos inaceptables desde todos los puntos de vista).

La cuestión hoy es doble. Por una parte considerar que algunos de los problemas actuales se plantean a escala planetaria. Y que en el caso de la crisis ecológica, ésta afecta a la propia supervivencia de las civilizaciones humanas. Por ello, hoy más que nunca resulta valioso aportar propuestas y líneas de actuación que se orienten a esta necesaria transformación social. Sólo una apuesta seria en este sentido puede dar una oportunidad, por pequeña que sea, a una alteración del curso indeseable de la historia humana. Y la mejor

vía que existe es la de revisar críticamente la experiencia anterior tanto del orden social existente como de las experiencias alternativas fallidas.

En segundo lugar, porque el planteamiento es, voluntariamente posibilista, consciente de que estamos en sociedades complejas donde son poco probables los cambios súbitos. Y donde lo que se proponen son «líneas de actuación» que pueden graduarse en función de las circunstancias y las experiencias, pero que se orientan globalmente hacia formas de organización y gestión social diferentes.

Octubre 2006

Bibliografía citada

- BERGER, J. (1979), *Puerca Tierra*, Alfaguara, Madrid, 1989.
- GOUGH, I. y DOYAL, L. (1994), *Teoría de las necesidades sociales*, FUHEM Icaria, Barcelona.
- HOBBSAWM, E. (2000), *Historia del Siglo XX* Crítica, Barcelona.
- MARX, K., y ENGELS, F. (1948), *Manifiesto Comunista*, Crítica, Barcelona 1998.
- NAREDO, J.M. (2006), *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Siglo XXI, Madrid.
- NOVE, A. (1987), *La economía del socialismo factible*, Siglo XXI, Madrid.
- PICCHIO, A. (2001), «Sostenibilidad, equidad y crecimiento: una perspectiva feminista en A.Dubois, JL Millán, J.Roca (edit.) *Capitalismo, desigualdades y degradación ambiental*, Icaria, Barcelona.
- PIORE, M. / SABEL, J. (1984), *La segunda ruptura industrial*, Alianza, Madrid, 1990.
- RECIO, A. (2001), «Dimensiones de la democracia económica» *mientras tanto*, n° 79, pp. 19-40.
- SAMPEDRO, J.L. (1968), *Las fuerzas económicas de nuestro tiempo*, Guadarrama, Madrid.
- SCHWEIKART, D. (1997), *Más allá del capitalismo*, Cristianisme i Justicia, Barcelona.
- SEMPERE, J. (2004), «El combate contra el mito del mercado libre y de sus efectos para el proyecto socialista», *mientras tanto*, n° 90, pp. 23-43.
- STIGLITZ, J. (2002), *El malestar de la globalización*, Taurus, Madrid.
- TELLO, E. (2005), *La historia cuenta: del crecimiento económico al desarrollo humano sostenible*, Fundació Nous Horitzons-el Viejo Topo, Barcelona.

Herencia y futuro del ecologismo

Contribuciones a un debate

El carácter conmemorativo de este número nos ha sugerido pedir a algunas personas que han colaborado en uno u otro momento en las páginas de esta revista una nueva contribución en forma de comentario breve sugerido por un texto inicial escrito por uno de los miembros de la redacción que lleva por título *¿Cuál es la herencia y cuál es el futuro del ecologismo?* Se trata de un esbozo de debate al que invitamos a sumarse a quienes lo deseen.

* * *

¿Cuál es la herencia y cuál es el futuro del ecologismo?

JOAQUIM SEMPERE

Un primer mérito del ecologismo

El ecologismo del siglo XX pasará a la historia sobre todo por un mérito indudable: haber introducido en la visión del mundo un cambio de paradigma en la manera de concebir las relaciones entre la especie humana y el resto de la naturaleza. Frente a una visión antropocéntrica y productivista, ha elaborado y difundido la idea de que el ser humano forma parte de la naturaleza y debe sustituir su actitud dominadora sobre las fuerzas naturales por una actitud de respeto y cooperación con ellas que haga posible la continuidad de la vida humana civilizada sobre la Tierra.

Ha hecho falta un crecimiento demográfico muy elevado, un desarrollo científico-técnico muy avanzado y el sistema capitalista para hacer evidente que esta concepción polar y contrapuesta encerraba peligros graves. El ecologismo ha sido la primera corriente de pensamiento que lo ha formulado con claridad, proponiendo sustituir la oposición polar por la diferencia cooperativa. Según este nuevo punto de vista, la oposición frontal de la especie humana con la naturaleza lleva a destruir la base que hace posible la vida humana duradera sobre la faz de la Tierra.

Un segundo mérito

Además de este cambio en la concepción del mundo, el ecologismo tiene también el mérito de haber explorado alternativas ecológicamente sostenibles de sociedad y haber inspirado la reflexión —tanto *sociopolítica* como *científico-técnica*— con miras a edificar una civilización nueva.

El ecologismo vivió una primera fase utópica, caracterizada por la formulación de grandes visiones alternativas de las sociedades industrializadas. Frente al gigantismo técnico, se proclamó que «lo pequeño es hermoso». Frente a la extrema división territorial del trabajo y la mundialización, se propugnaron

comunidades pequeñas y autosuficientes en energía y alimentos, con mucha menos necesidad de transporte. Se favoreció la descentralización. El ideal ácrata y libertario conoció un nuevo renacer. Se fomentó el retorno a la tierra y la frugalidad en las costumbres. Se combatieron las centrales nucleares por su gigantismo, su peligrosidad y su desprecio por las generaciones futuras, así como porque demandan mecanismos de control político poco compatibles con la democracia.

También el desarrollo científico-técnico se ha visto influido por el ecologismo. Descubrir el deterioro del medio ambiente debido a ciertas técnicas y a ciertas fuentes de energía promueve la necesidad de repensar las orientaciones de la investigación, sobre todo de la investigación aplicada. Y no ha sido sólo el impulso filosófico: muchas personas influidas por el ecologismo, activistas o no, han dedicado sus vidas a dar una orientación nueva a la investigación aplicada o a actividades productivas (agricultura ecológica, energías limpias y renovables, etc.).

Un balance sociopolítico ambivalente

Los ecologistas han tratado de influir en la organización social para corregir las prácticas ecológicamente destructivas, y lo han intentado desde dentro del sistema de representación política (mediante los partidos verdes y ecosocialistas) y desde fuera, desde los movimientos sociales, ganándose a la opinión pública y presionando a los parlamentos, los gobiernos y las administraciones para que adopten políticas más aceptables. Los resultados han sido muy desiguales, y globalmente insuficientes. Los partidos verdes y ecosocialistas, en Europa, consiguen una adhesión muy pequeña del electorado (que puede alcanzar el 10% en las elecciones europeas, pero que en las elecciones nacionales o regionales oscila entre el 3 y el 8%).

Pero la incidencia política del ecologismo no se reduce a los partidos verdes. Seguramente su influencia política más importante ha sido la que ha ejercido como movimiento de opinión y como constelación de movimientos sociales que, con su propaganda y sus movilizaciones, han logrado que los temas ambientales sean hoy temas de la agenda política y cultural de amplios sectores de la sociedad. Los propios partidos establecidos ya no pueden silenciar los temas ambientales, los introducen en sus programas y plataformas electorales e incluso están dispuestos a adoptar medidas legislativas y de gobierno cuando ocupan el poder.

El problema más grave de la política democrática para el ecologismo consiste en que el ecologismo somete a una crítica radical un sistema de produc-

ción y consumo, substancialmente antiecológico, que es muy popular porque proporciona unas comodidades inauditas que se instalan en las vidas de las gentes con un potencial adictivo irresistible. Una vez convertidas en *necesidades*, estas comodidades pugnan no sólo por reproducirse indefinidamente, sino incluso por ampliarse, generando unas demandas crecientes de recursos y energía. ¿Cómo se puede esperar obtener un sufragio masivo, y no digamos mayoritario, para un programa que, de una u otra manera, plantea el paso a formas de vida más austeras? Es la cuadratura del círculo... que se intenta resolver mediante fórmulas *tecnocráticas* como «la revolución de la eficiencia», el «factor 4» o el «factor 10». Es decir, se pretende que con una eficiencia mayor lograremos las mismas comodidades consumiendo menos energía y menos recursos.

El ecologismo en la encrucijada

El *discurso verde* ya no es patrimonio exclusivo de los ecologistas. Se ha hecho transversal y marca lo «políticamente correcto» en materia de medio ambiente. Pero al ser asumido por las corrientes de opinión mayoritarias – que son esencialmente productivistas— ha sido edulcorado y tergiversado. Los poderes instalados lo fagocitan para legitimarse mediante algunos arreglos cosméticos que no ponen en cuestión el alfa y omega de la economía capitalista y productivista, que es intrínsecamente expansiva y maximizadora de ganancias privadas, y por tanto promotora de la destrucción del medio natural (y del humano). De este modo logran un efecto desmovilizador: convencen a la gente de que la crisis medioambiental está bajo control de los poderes políticos y económicos, y que el objetivo mágico del *crecimiento* puede seguir adelante porque no afecta a la sostenibilidad ecológica.

Frente a esta tergiversación, el ecologismo tiene ante sí el desafío crucial de hacer comprender que no hay sostenibilidad ecológica posible mientras se mantenga el crecimiento económico. Y que hay que pasar a una economía de reproducción simple, sin crecimiento, o con crecimientos controlados en aquellos sectores en que muchas necesidades humanas básicas queden sin satisfacer, probablemente compensados con decrecimientos en otros sectores superfluos.

El drama en que nos encontramos es que no se vislumbran alternativas prácticas a corto y medio plazo. El sistema socioeconómico, cada vez más mundializado, es sumamente compacto y avanza con una inercia arrolladora. Las medidas correctoras que se introducen aquí o allá quedan sobradamente contrarrestadas en sus efectos por el crecimiento galopante tanto en las sociedades industrializadas como en las emergentes. Año tras año se añaden nue-

vas regiones a la dinámica desarrollista, donde millones de nuevos consumidores añaden sus demandas voraces a las ya existentes.

¿Es posible hacer previsiones?

Se acumulan las señales de que la evolución social está fuera de control. Las utopías son inviables a corto plazo y las reformas quedan desbordadas por la veloz dinámica de crecimiento. Además, bajo la égida del ultraliberalismo, se han desmantelado durante más de un par de décadas los mecanismos que antes existían de control, reglamentación y planificación, y se ha desacreditado la idea misma de intervención pública (estatal o supraestatal) en la economía, exaltando el mito del libre mercado y despojando así a las sociedades de los pocos instrumentos que existían para ejercer una *inteligencia colectiva*.

Es difícil, en tales circunstancias, imaginar salidas que no sean dolorosas para millones de personas. En realidad, se tiene la impresión de que las sociedades desarrolladas, aun siendo las más insostenibles ecológicamente, tienen recursos científico-técnicos, industriales, financieros, militares e institucionales suficientes para adaptarse —aunque sea traumáticamente— a unas crisis de recursos y de fuentes de energía que probablemente no estallarán a la vez y de manera brusca y explosiva. En cambio, en el resto del mundo hay situaciones de gran desamparo que pueden traducirse en hambrunas, sequías, deforestaciones y migraciones masivas, o en luchas entre naciones y etnias por unos recursos crecientemente escasos. En circunstancias así, el miedo y la inseguridad pueden provocar toda clase de reacciones sociopolíticas extremas y violentas, desde el racismo agresivo, el autoritarismo y el militarismo en los países ricos hasta guerras civiles, violencia social, y mesianismos y fundamentalismos diversos en los países pobres.

¿Qué hacer? Aunque la perspectiva de una transición ordenada a sociedades ecológicamente sostenibles se vaya haciendo cada vez más irreal, no se deben abandonar los caminos emprendidos por el ecologismo de este cambio de milenio. Si en lugar de una ansiada transición suave nos las tenemos que haber —nosotros o nuestros hijos o nietos— con situaciones traumáticas y violentas, lo peor que puede ocurrir es que *no existan siquiera modelos de organización social alternativos disponibles*, y también que *no existan técnicas disponibles para reconstruir la vida socioeconómica sobre bases sostenibles*. Por eso, aunque las utopías verdes parezcan hoy un ejercicio inútil, no lo son. Aunque las recetas de la economía ecológica sean hoy inviables, mañana pueden ser una ayuda importante. Aunque las técnicas

amigas de la Tierra y las energías limpias y renovables parezcan hoy antieconómicas, no rentables e impracticables, algún día pueden llegar a ser practicable. El mundo humano que se reconstruya sobre las ruinas de las futuras crisis sacará provecho de lo que resulte aprovechable de la herencia ecologista que las actuales generaciones podemos legar a las siguientes.

El «ecologismo de los pobres» puede desempeñar un papel importante de supervivencia en enclaves aislados y base de la reconstrucción social en países no industrializados. Dependerá de su capacidad para defenderse del expansionismo de la economía capitalista de mercado, que no deja sin colonizar, si puede, ningún rincón del planeta.

La impresión de que no habrá cambios profundos si no estallan crisis muy graves tiene que ver también con la dificultad para imaginar que las gentes vayan a renunciar *voluntariamente* a las comodidades adquiridas. Hasta ahora la gente sólo ha renunciado a sus ventajas y privilegios por la fuerza, empujada por situaciones que se le imponen, como ocurre después de las guerras. De paso, esto sugiere que las luchas redistributivas —las luchas de clases— pueden cobrar un vigor renovado en circunstancias de escasez como las aquí apuntadas.

Aunque las incertidumbres son muchas, tal vez no tengamos más remedio que apostar por una lucha ecologista incesante que no requiera el optimismo de la inteligencia. Es la única fórmula que se me ocurre para no rendirnos sin pelear ante un futuro cada vez más amenazador.

* * *

Por un ecologismo de la razón

LADISLAO MARTÍNEZ*

El riesgo de invitar a discutir sobre un tema a diversos autores —además bastante próximos— es que, con frecuencia se acaban repitiendo las mismas ideas expuestas con distintas palabras. Tengo, por ejemplo, un acuerdo básico con el texto con el que Joaquim Sempere «nos provoca». Se me ocurre entonces que mi aportación más interesante al debate debe ser alguna reflexión suelta sobre alguna característica poco desarrollada en el citado artículo del ecologismo en los países ricos, completada con comentarios sobre los logros y perspectivas del ecologismo no político partidista del estado español.

Coincido con Joaquim en que el ecologismo¹ atravesó una primera fase «utópica» que no resistió el paso del tiempo. El ecologismo hoy realmente existente en los países industrializados tiene muchos rasgos de «utopía negativa», que existe repitiendo lo que casi nadie quiere oír, porque el paso del tiempo prueba que muchas veces es cierto. Coincido también con Joaquim en que entraña una gran dificultad recoger adhesiones mayoritarias cuando el programa político a defender no puede ser otro que el «de nada en demasía». Máxime cuando de la «demasia» se deriva la comodidad de sectores muy amplios, en muchas ocasiones mayoritarios de la sociedad.

Como sostengo que no puede hablarse de derechos más que cuando las pretensiones de un grupo social son universalizables,² la totalidad del mensaje

* Miembro de Ecologistas en Acción.

1. Al menos el español. Creo que ese rasgo no es común al ecologismo de todos los países occidentales. En bastantes países la «corriente principal» del ecologismo no pasó por esta fase «utópica».

2. Y por ejemplo al menos con los actuales niveles tecnológicos no son universalizables muchos deseos que son considerados necesidades (también coincido con la sugerencia que hace Joaquim en su texto al respecto) por la práctica totalidad de la población: No tenemos derecho a recorrer las distancias medias anuales que se recorren en los países como España, ni al consumo de electricidad o de energía primaria per cápita actual, ni a la ingesta de proteínas animales presentes en una dieta media, ni a disponer de una segunda residencia para aliviar la tensión de las ciudades, ni a disponer de automóvil, ni....Algunas de ellas pueden ser demandas atendibles, pero no constituyen un derecho.

ecologista sólo puede desazonar a la mayoría de la población... E incomodar al grueso de la izquierda que en su corriente socialdemócrata vive demasiado apegada al modelo económico en vigor y en la mayoría de los restos comunistas existentes prefiere cultivar el mito de una clase obrera mayoritaria y mayoritariamente despojada de bienes materiales, a los que tiene legítimo derecho, por el capitalismo.³

Uno puede por tanto enfadarse por la escasa aceptación que tienen algunas muy razonadas propuestas programáticas ecologistas, pero sería ingenuo sorprenderse de que esto ocurra. En cualquier caso considero que las propuestas programáticas, sobre todo lo que se conoce como programas de alcance intermedio⁴ tienen una importancia esencial, no tanto para ilusionar, como para minimizar los miedos que provoca abandonar situaciones de privilegio.⁵

En relación con lo anterior cabe señalar la importancia que las catástrofes han tenido en el avance de la puesta en práctica social de algunas ideas ecologistas. No estoy diciendo con ello que el ecologismo haya avanzado solamente en sus planteamientos cuando se han producido catástrofes,⁶ pero sí que en muchas situaciones en que la correlación de fuerzas no estaba clara, ciertos sucesos catastróficos han sacudido las conciencias de las sociedades satisfechas hasta el punto de provocar saltos importantes. Tampoco esto es en mi opinión muy sorprendente porque el miedo es otro atributo de tales sociedades.⁷ Por citar algunos ejemplos claros: el parón nuclear. Aunque ya exis-

3. He escrito algunas notas sobre el conflicto entre ecologismo y el resto de las izquierdas en *Libre Pensamiento* nº 49. Para quienes aspiramos a la síntesis del ecologismo y la izquierda no puede resultar más que preocupante el alejamiento creciente que se detecta en los últimos años entre las opciones políticas verdes y comunistas. Y el fracaso electoral de las escasísimas opciones que pretenden la síntesis.

4. Reconozco mi deuda total en este campo con Jorge Riechmann.

5. Me refiero a privilegios reales que ya se disfrutaban o que se aspiran a disfrutar en un futuro no muy lejano. Sorprende, por citar sólo un ejemplo, la virulencia con que rechazan las limitaciones al uso del automóvil muchas personas que aún no tienen coche, pero aspiran a tenerlo en un futuro.

6. Ha habido otros mecanismos de consecución de objetivos ecologistas, como por ejemplo el proceso de transmisión, podríamos decir capilar, de logros entre países de similares condiciones socioeconómicas. Este fenómeno por ejemplo se ha producido mucho en el interior de la UE, donde los logros conseguidos en los países en que las «fuerzas ecologistas» eran mayores se han transferido, muchas veces a través de legislaciones comunes. Este hecho se ha producido mucho en nuestro país en asuntos tales como el avance del reciclado, la mejora de la calidad del aire y del suelo,...

7. Otra manifestación, en este caso terrible y terrorífica del miedo, es el aumento de la xenofobia. Sorprende ver la angustia con que viven la entrada de inmigrantes personas que no tienen ningún contacto con ellos. Y el miedo que provocan quienes objetivamente sólo pueden ser considerados víctimas. Las llegadas de pateras de este verano a Canarias es una prueba de lo dicho. El giro perceptible de la administración Zapatero, que hasta ese momento había intentado mantener un discurso bastante integrador, guarda relación con el miedo de amplios sectores de la población y el cálculo electoral.

tían signos de que a finales de los 70 el optimismo sobre el uso pacífico de la energía nuclear empezaba a declinar, por efecto combinado del fracaso económico de dicha tecnología y la vigorosa respuesta social, fue el accidente de Harrisburg (USA, 1979) el que provocó su brusco parón, y el de Chernobil (Ucrania, 1986) su casi total paralización.

Otro ejemplo un tanto paradójico fue el parón que sufrió la comercialización de productos transgénicos (contra los que la resistencia social era apreciable, pero no masiva) por efecto de sucesos como las vacas locas y los pollos con dioxinas. El miedo se apoderó de buena parte de los ciudadanos europeos y existió una moratoria *de facto* sobre dichos productos durante varios años. No se trataba del mismo fenómeno pero la lectura que se hizo por parte de la sociedad es «que con las cosas de comer no se juega».

Toca señalar no obstante, para huir del pesimismo que destilan estas notas, que la opción «clásica» de *movilización-pedagogía social-acumulación de fuerzas* también ha funcionado para lograr objetivos. Sin salir de nuestro país ni de este siglo, vale la pena recordar las movilizaciones sociales contra el trasvase del Ebro que revirtieron (cierto es que tras un cambio político al que sin duda contribuyeron) una situación que parecía atada y bien atada.

Una paradoja del ecologismo es que las causas que provocan su necesidad, a partir de un determinado grado dificultan también la posibilidad de las alternativas que postula. En realidad esto no es una singularidad absoluta del ecologismo, pero sí que en él se presenta de un modo más acusado.⁸ Este asunto tiene que ver con las nociones de límite e irreversibilidad, tan útiles para el ecologismo. Un ejemplo para hacer más claro lo que quiere decirse puede extraerse de nuestro conocimiento actual sobre el cambio climático. Cuanto más se incrementen las emisiones de gases de efecto invernadero más evidente será la necesidad de considerar las propuestas ecologistas,⁹ pero al mismo tiempo dificulta su implantación «ordenada» porque agudiza sobremanera los problemas sociales y crea nuevas demandas que hacen más difícil reducir el uso de recursos no renovables. Cuando se superan límites absolu-

8. Los problemas de pobreza tienen un cierto parecido con los ambientales. Su existencia justifica la existencia de la izquierda, pero la falta de recursos a ella asociada dificulta la posibilidad de una salida de izquierdas. Aunque en este caso existe el margen de la riqueza injustamente repartida que puede reasignarse a favor de los necesitados. Este margen no existe muchas veces en los problemas ambientales.

9. Cabe también intentos de huida hacia el abismo como es la posibilidad de incrementar el uso de la energía nuclear, pero el modelo de más tecnología dura para prevenir los problemas de la tecnología dura tiene las alas cortas. El asunto merece más reflexión, pero es apartarse del objetivo de estas notas.

tos ni siquiera existe la posibilidad de intentar dar marcha atrás: si se destruyen los bosques tropicales regenerarlos puede requerir un tiempo muy largo.

El avance combinado de diversos problemas ambientales hace que aparezcan conflictos entre distintos objetivos ecologistas legítimos. Por ejemplo en un país como España, en el que se presentan severas afecciones por el cambio climático (y en donde las emisiones han tenido un crecimiento desbocado), pero que al tiempo sufre un severo proceso de desertificación, el empleo de biocarburantes se convierte en un asunto sumamente polémico.¹⁰ En tal tesitura, para el ecologismo la tarea se vuelve extremadamente compleja. En mi opinión es poco lo que puede aportar el «ecologismo de la sensibilidad»¹¹ (por lo demás absolutamente legítimo) que difícilmente jerarquiza problemas, no acostumbra a ver adecuadamente sus complejidades y propende a soluciones escapistas. Más opciones tiene el «ecologismo de la razón» que debe reforzar sus alianzas con la ciencia (convertida paradójicamente en «razón crítica») para buscar, en tanto sea posible, el óptimo ambiental en cada situación. Creo que óptimo ambiental no puede confundirse en los tiempos actuales con el óptimo de cada uno de los problemas ambientales señalados, sino que coincide más bien con la resultante de lo menos malo de una evaluación multicriterio. Existen dos riesgos fatales para dicha evaluación: ignorar alguno de los problemas esenciales y no saber jerarquizarlos convenientemente.¹²

10. Esta es la discusión que en la actualidad mantenemos Oscar Carpintero y yo mismo sobre el uso de los biocarburantes. Él plantea una objeción frontal basándose en los daños reales y en los riesgos potenciales de su implantación en nuestro país. Yo juzgo, que sin ser la panacea de las alternativas al transporte son un alivio a los problemas urgentísimos del cambio climático, que en mi opinión entienden mejor Blair y Gore que la mayoría del ecologismo ibérico. Escribo estas notas cuando todavía resuenan los ecos de prensa de las intervenciones de ambos mandatarios. Para Oscar toca aplicar el principio de precaución (que los dos invocamos) para no causar los daños hoy no conocidos de su introducción, según yo toca aplicarlo al cambio climático para no alcanzar la concentración atmosférica de gases de invernadero equivalente a un incremento de temperatura de 2°C (momento a partir del cual pueden aparecer las «sorpresas climáticas» de acuerdo con los mejores conocimientos científicos hoy disponibles). Teniendo en cuenta la concentración actual y el ritmo de crecimiento que se está produciendo, esto ocurriría antes de 10 años. Él es muy crítico con las políticas gubernamentales a este respecto (ver su excelente artículo de *El Ecologista* nº 49 de otoño de 2006). Yo creo que con las debidas críticas (no a la importación de materia prima desde el primer mundo, no a los transgénicos, atención al recurso agua...) el ecologismo debe decir sí a dichos productos arriesgando una cifra indicativa de alternativa.

11. Utilizo este término para referirme a aquellas personas que se sienten ecologistas pese a no conocer en profundidad buena parte las amenazas ambientales. Pero que perciben con gran intensidad daños al medio ambiente en alguna de sus manifestaciones y ello es motivo suficiente para elegir campo.

12. Existe, claro está, el riesgo individual de quienes se reclaman de este ecologismo y acompañan un método complejo, con lagunas importantes. Las posibilidades de hacer el ridículo por pretenciosidad son muy altas.

Dos comentarios finales en relación con algunos rasgos del ecologismo del estado español. El primero es el hecho bastante singular de que no existe una organización política de referencia¹³ lo que ha obligado al ecologismo social y a las ONG ambientales a tener que jugar en varios campos. Tal y como yo lo entiendo, al ecologismo social no partidista le corresponde arriesgar más, conocer con suficiente rigor y precisión los viejos y nuevos problemas ambientales para orientar su actuación, e iniciar su andadura sin esperar a obtener un importante respaldo social. Si se acierta el paso del tiempo provoca un reconocimiento a posteriori que compensa sobradamente de la travesía en el desierto. Hay que resaltar que los grupos sociales sólo necesitan contar con el respaldo de sus propios activistas sin sufrir la tensión de contar votos en las confrontaciones electorales, que en las sociedades de la abundancia suelen castigar severamente las apuestas arriesgadas. Además para hacer creíbles el catálogo de «malas noticias» del que es portador suelen ser necesarias pruebas porque el escepticismo es un buen y fiel guardián de la pasividad de los satisfechos.

Y decía que el ecologismo social y las ONG ambientales han tenido que jugar en varios campos, porque a esta tarea de abrir brecha,¹⁴ han tenido que unir la de «recoger manzanas», o en términos menos coloquiales afianzar logros e intentar hacer irreversibles ciertas situaciones.¹⁵ Una y otra tarea

13. En nuestro país, los verdes sólo han obtenido representación en CC.AA. presentando listas en solitario en Baleares. En distintos periodos ha habido también Diputados o Senadores Estatales pero en listas conjuntas con otras formaciones (PSOE o IU) y eurodiputados en la misma situación. Aunque el asunto es seguro que resultará polémico, en mi opinión los partidos verdes autónomos son (tras ya muchos intentos) una experiencia poco relevante, ICV en Cataluña es la experiencia más semejante a la de los verdes europeos, mientras que los intentos de fuerzas nacionalistas (BNG, Chunta, Aralar, Batasuna...) por ocupar el espacio verde sin renunciar a su perfil nacionalista ha proporcionado magros resultados y me falta objetividad (por mi pasada implicación personal en el tema), pero diría que ha sido un fiasco práctico la apuesta roja, verde y violeta de IU. En algunos países europeos (como Portugal) la situación es bastante similar a la española.

14. Yo diría que además los colectivos de ecología social deben impulsar movilizaciones, servir de memoria histórica de las luchas, educar, ofrecer algunos (pocos) servicios ambientales que sirvan de pequeños laboratorios sociales de innovaciones o de estrategias de resistencia... Por el contrario, los partidos políticos de cierto tamaño tienen una enorme dificultad para incorporar en su práctica reivindicaciones que son necesarias, pero que necesitan cierto tiempo para alcanzar un mínimo respaldo social.

15. Por citar sólo un ejemplo, y sin que esto signifique una crítica a la totalidad, fue especialmente penosa la abstención de Greenpeace a la estrategia de prevención del cambio climático que presentó el último gobierno de Aznar. Votamos en contra los sindicatos, Adena y Ecologistas en Acción, representantes de ayuntamientos y CC.AA. gobernadas por el PSOE. Aparte de tratarse de un fallo de apreciación, prueba la tensión que existe por intentar alcanzar algo, sobre todo en las condiciones más difíciles cuando se tiene constancia de la gravedad de los problemas. Los ejemplos podrían alargarse hasta la extenuación.

tienen cierto grado de contradicción lo que ha llevado al ecologismo de este país no solo a distraer fuerzas de su objetivo fundamental, sino a dedicar excesivo tiempo al trabajo de presión institucional y a ofrecer contrapartidas en los procesos de negociación que significan de facto hipotecas de cara a las nuevas luchas socio-ambientales. Aunque ha habido quien ha sabido capear aceptablemente esta tensión, el grueso del ecologismo ha sufrido una fuerte tensión hacia la institucionalización que ha dejado huellas.

El último comentario tiene que ver con la política de alianzas de que debe dotarse el ecologismo social de este país. En mi opinión, desde una identidad fuerte, el ecologismo debe ser capaz de establecer alianzas diversas con sectores sociales muy distintos para conseguir logros concretos. El aporte del ecologismo a esas dinámicas debe ser su conocimiento de los temas abordados y de los mecanismos de participación social. Aunque un objetivo a alcanzar es, sin lugar a dudas, un mayor nivel de conciencia de los problemas ambientales y de sus posibles soluciones, esta condición no puede ser un requisito previo. En distintas luchas ambientales los sectores sociales participantes son distintos.¹⁶ El reto del ecologismo es saber dirigirse a ellos, acompañarlos y socializar sus conocimientos. Al menos en los tiempos que corren en este país, resulta ridículo pretender que las luchas socioambientales de más interés deban tener como principal protagonista al grupo ecologista. Antes al contrario debe contar con una pluralidad de agentes sociales, unidos entre sí exclusivamente por un programa de mínimos (que puede ampliarse y es conveniente que así sea) en el que todo el mundo se reconozca.

La otra tarea, es asegurar la complementariedad y la coherencia de las luchas en que participa, para conseguir así avances significativos.

16. No puedo dejar de comentar un fenómeno que me ha resultado sorprendente. En los últimos 6 años vengo participando en movilizaciones contra la instalación de centrales de gas en ciclo combinado en el sureste de Madrid (la zona más pobre). Existe una coordinadora de colectivos que se opone cuya composición sólo depara algunas sorpresas: hay agricultores afectados, funcionarios —más libres para manifestar su rechazo en zonas con una economía con fuertes rasgos endogámicos—, artesanos, autónomos... y una pléyade de jubilados y prejubilados que han retornado a los pueblos —en los que viven temporalmente o todo el año— y que quieren mantener condiciones naturales no muy diferentes de las que conocieron antes de abandonar los pueblos. Sin duda son una de las columnas centrales de la movilización.

* * *

Por qué luchar

JORGE RIECHMANN

«Se acumulan las señales de que la evolución social está fuera de control. Las utopías son inviables a corto plazo y las reformas quedan desbordadas por la veloz dinámica de crecimiento...» Resulta difícil, en bastantes ocasiones, no sentir desaliento ante la deriva antiecológica del mundo contemporáneo, ante la devastación que prosigue a pesar de los esfuerzos por ponerle coto. Puede inducir melancolía el considerar que «la perspectiva de una transición ordenada a sociedades ecológicamente sostenibles se va haciendo cada vez más irreal». Por razonables y bien fundamentadas que se presenten las propuestas de transformación ecosocial, la acogida que reciben entre gentes que mayoritariamente parecen ajustar su conducta a máximas como *après moi, le déluge* genera, a menudo, sensación de desajuste e irrealidad en la o el activista que sin embargo no cejan en sus empeños. Por ello tiene sentido, creo, recordar muy sintéticamente las razones para seguir luchando, para seguir impulsando esa reconstrucción ecológica de las sociedades industriales que tiende a mostrársenos a la vez como necesaria y casi imposible.

Pues sabemos más o menos cómo habría que ecologizar la economía, cómo las sociedades industriales podrían «hacer las paces» con la naturaleza, qué tipo de medidas llevarían a disminuir drásticamente el impacto de los sistemas humanos sobre la naturaleza, pero nos preguntamos —y nos preguntan— ¿es posible hacerlo? ¿Cuál es la viabilidad de tales propuestas? Bien: en un primer nivel de cuestionamiento, hemos de estar seguros de que tales propuestas no son imposibles por ir contra leyes básicas de la física o la biología. Pero creo que no nos será difícil convenir en eso: no hay nada en las propuestas de ecofiscalidad, por ejemplo, o en las ideas de la agroecología, que vaya contra las leyes de la naturaleza. Si hubiera voluntad política de implantarlas, y no tuviésemos delante obstáculos invencibles puestos por la acción —o la inacción— humana, se podría hacer.

Lo verdaderamente difícil tiene que ver con el segundo nivel de cuestionamiento: ahí nos preguntamos por las formas en que estas propuestas ecologistas chocan contra prácticas institucionales, estructuras económicas o hábitos sociales hondamente arraigados, a veces interiorizados hasta parecer casi rasgos definitorios de la psique humana. La idea de autolimitación del

«desarrollo», ¿no va en ese sentido contra «hechos» sociales y psíquicos difíciles de sortear? Ahí contestaría con cinco tipos de observaciones (de manera casi telegráfica, no es éste el lugar para desarrollarlas por extenso).

Primero, hay que calibrar con exquisito cuidado lo que efectivamente puede pertenecer a la naturaleza humana, o a rasgos apenas modificables de la vida social, y lo que simplemente pretende hacerse pasar por tal para proteger intereses creados. Por ejemplo, los seres humanos no somos «egoístas por naturaleza» (ni tampoco «altruistas por naturaleza», sino una combinación harto más compleja de ambos tipos de rasgos). Necesitamos buen conocimiento científico para orientar nuestra acción teniendo en cuenta aquellos tipos de invariantes y constricciones, pero también hemos de estar muy alerta para que no nos den gato por liebre, naturalizando hechos contingentemente sociales.

Segundo: a veces, en determinadas constelaciones históricas, los mayores esfuerzos chocan contra un muro inamovible; y en otras ocasiones más propicias, pequeñas causas pueden producir grandes efectos. Cambios moleculares, poco visibles, se han ido acumulando hasta que madura una situación mucho más propicia para transformaciones radicales en mayor escala. Y sucede que esas explosiones de creatividad y cambio social pueden ser bastante impredecibles incluso para observadores avisados. Aquí cabría reflexionar largamente sobre lo que quiere decir «milagro» en sentido laico (a la manera de Hannah Arendt, por ejemplo): la irrupción de lo imprevisto, la ruptura de la inercia histórica, de la mano de la libertad humana...

Tercero (abundando en lo anterior): no debemos nunca olvidar que lo que no resulta posible en tiempos «normales» se torna viable en tiempos excepcionales —percibidos y definidos por la sociedad como tales. El ejemplo que siempre suele poner Lester R. Brown, dirigiéndose a sus conciudadanos estadounidenses, es la intensa y rapidísima transformación socioeconómica que siguió a la entrada de EE UU en la Segunda Guerra Mundial. Si una sociedad percibe que se está jugando el todo por el todo, las opciones de cambio radical aparecen bajo otra luz. Y en este siglo XXI que es el nuestro hay que contar con que vivimos graves crisis ecosociales y que éstas van a agravarse todavía más. Cuando por fin estas crisis sean reconocidas como tales, lo imposible pasará a ser posible. Hoy podemos y debemos trabajar sin descanso para que la orientación desde esas crisis, dentro de las mismas, sea la adecuada: hacia la sostenibilidad y la justicia. En semejante tesitura, los valores de igualdad propios de la tradición socialista-comunista resultan más necesarios que nunca.

Hay también —en cuarto lugar— otra razón de peso: la solidaridad con quienes lucharon antes que nosotros, el nexo con nuestros muertos. Nos sentimos

vinculados con quienes, a lo largo de cientos de generaciones, dieron lo mejor de sí mismos por que alguna vez llegase a existir sobre la Tierra una humanidad digna de tal nombre: seres humanos libres en una Tierra habitable.

Y por último, aduciría la consideración del *pari* pascaliano, adaptado a decisiones mundanas, que propongo en las últimas páginas de mi libro *Biomimesis* (Los Libros de la Catarata, Madrid 2006, p. 359-360). Si uno valora pascalianamente la magnitud de lo que está en juego —no la salvación del alma individual, como en el *pari* original de Pascal, pero sí las posibilidades de supervivencia y vida decente de la humanidad en un planeta habitable— y también el terrible peligro al que hacemos frente, *entonces hay que intentarlo*, más allá del cálculo de probabilidades respecto al éxito y al fracaso (o, como dice Quim Sempere, no cejar en una «lucha ecologista incesante que no requiera el optimismo de la inteligencia»).

Sostenibilidad no quiere decir protección de una muestra de biotopos selectos: quiere decir cambiar nuestra forma de producir, consumir, trabajar, viajar... Son palabras mayores. Implica, sin duda, una transformación revolucionaria. Pero ¿tenemos realmente otra opción —quiero decir, alguna que no sea monstruosa, que no nos haga avergonzarnos de nuestra pertenencia a la especie humana y desear no haber nacido nunca?

Aporto tres personales principios semihumorísticos para ir concluyendo (pero los enuncio en serio):

- (*Principio de las proporciones mandelianas.*) Por cada Nelson Mandela hay doscientos George W. Bush, cierto. Pero no menos cierto es que Mandela existe.
- (*Principio de las probabilidades improbables.*) Si Grecia fue capaz de ganar la Eurocopa (¡verano de 2004!), entonces podemos colmar el abismo Norte/ Sur y detener el desastre ecológico.
- (*Principio de autocontención según Albert Camus.*) «Rechazar el fanatismo, reconocer la propia ignorancia, los límites del mundo y del hombre, el rostro amado, la belleza, en fin, he ahí el campo donde podremos reunirnos con los griegos. (...) Lo que somos, lo que tenemos que ser, basta para llenar nuestras vidas y ocupar nuestros esfuerzos.»

Concluyo. Hace algunos meses María Jesús, una desesperanzada amiga —y amiga también de *mientras tanto*—, me sugería que el desastre actual —y los que se avecinan— es quizá lo que merecemos como especie. Vuelvo a la pregunta inicial: ¿qué cabe ofrecer como asidero para no ceder, qué razones

para no dejarnos rodar por esta melancólica cuesta abajo —hacia la devastación de la biosfera y la quiebra de la civilización?

Quizá, a fin de cuentas, diría que sólo contamos con una idea elevada de las posibilidades de lo humano, y con algún conocimiento sobre las posibilidades de realización de esa idea. Tenemos la imagen de una sociedad pacífica, creativa, hospitalaria con las diferencias y reconciliada con la naturaleza; tenemos el recuerdo de los logros que deseamos salvaguardar, y la memoria del sufrimiento de las víctimas; y tenemos la experiencia de los momentos de plenitud que hemos vivido.

Y sabemos que esa plenitud podría bendecir, a trechos, las vidas de todos los seres humanos, y —más allá de éstos— las vidas de todas las criaturas del planeta.

* * *

Las flaquezas del consenso ambientalista y el dilema del ecologismo

ERNEST GARCÍA

En las últimas décadas, los movimientos ecologistas y los partidos verdes han conseguido que casi todo el mundo reconozca que hay un problema con el medio ambiente (coincido en esto con Quim Sempere: los estudios sobre creencias, opiniones y actitudes son muy concluyentes a este respecto). Prácticamente toda la investigación realizada constata la existencia de un consenso ambientalista en las sociedades actuales; muestra que —en ellas— la protección del medio ambiente se ha configurado como un valor, como algo positivo y deseable. La gente se declara a favor de la conservación de la naturaleza, considera que el deterioro de la misma es un problema grave y piensa que alguien debería hacer algo al respecto con urgencia. Ese alguien son sobre todo quienes saben y pueden, los expertos y los gobiernos: aunque se tiende a aceptar una responsabilidad difusa en la que «los culpables somos todos», se tiende asimismo a decir que la capacidad de actuar eficazmente está en pocas manos (que casi siempre son las manos de otros, con más conocimientos y/o con más poder). Así las cosas, hablar de consenso, de cristalización de un discurso «políticamente correcto», es adecuado, pues ese discurso se expresa «transversalmente»; esto es, se formula en términos muy similares desde casi todas las posiciones del espectro social: no hay datos contundentes para asociar la opinión pro-ambientalista con una edad, una clase social, un lugar en la división del trabajo o una determinada opción de voto. (La afirmación anterior choca con algunos tópicos que se han mostrado muy resistentes, como los que asocian ecologismo con juventud, nuevas clases medias urbanas o izquierda política, pero quizás ha llegado ya la hora de dejar de lado tales tópicos.)

El consenso ambientalista como cambio cultural *manqué*

Digamos pues que los movimientos ecologistas y los partidos verdes han provocado un cierto cambio cultural. La existencia de una preocupación ampliamente difundida es ya difícil de ignorar (hubo un tiempo en que los respon-

sables económicos y políticos podían alegar como excusa para su propia incuria que las cuestiones ecológicas no interesaban a casi nadie; las escapatorias de este tipo son hoy mucho más difíciles). La presencia difusa de esa preocupación obliga a empresas, organizaciones sociales, partidos políticos y gobiernos a tener una política de medio ambiente, pues nadie puede ya alegar que a sus bases sociales el tema les resulta ajeno. Se han disuelto o matizado algunos tópicos y prejuicios (por ejemplo, la creencia en que sólo las poblaciones de los países ricos tienen preocupaciones ecológicas, o la creencia en que existe una correlación entre el nivel de desarrollo económico y el nivel de conciencia medioambiental). La ubicuidad del asunto está relacionada con el hecho de que las instituciones, los grupos sociales e incluso las mentes individuales resultan internamente escindidos por los conflictos ecológico-sociales.

No estoy seguro, en cambio, de que ese cambio cultural se describa bien mediante la afirmación de que ha nacido y se ha vuelto común una nueva disposición favorable a una relación cooperativa con la naturaleza, exenta de la ambición de dominio sobre ella. La tesis de que el consenso ambientalista refleja la aparición de un «nuevo paradigma» -de una nueva visión fundamental del mundo que ha llegado a ser mayoritaria- defendida entre otros por el sociólogo Riley Dunlap, me parece mucho más discutible que la simple constatación de que dicho consenso existe. Una visión fundamental comporta una jerarquía de prioridades, la primacía de algunas ideas a partir de las cuales se ordenan todas las demás. Y la prioridad del medio ambiente en este sentido sólo parece existir entre las minorías vinculadas al ecologismo —social o político— y aún en ellas con fisuras notables.

Las «políticas de medio ambiente» son un buen terreno de prueba de la ambigüedad mencionada. La protección del medio ambiente viene apareciendo como uno de los objetivos que las políticas públicas deben perseguir. En la escala de prioridades, la calidad ambiental y la sostenibilidad aparecen subordinadas a otros objetivos que conciernen a aspectos diversos de la seguridad y del desarrollo y el equilibrio económicos. O’Riordan ya detectó ese patrón de prioridades en los años setenta del pasado siglo y, matices a parte, se ha mantenido inalterado hasta hoy. La diferencia entre el movimiento ecologista (y los partidos verdes) y el resto de los partidos y organizaciones sociales es que en los primeros se invierte ese esquema de prioridades (¿o debería ser así?). El conflicto potencial se vuelve borroso mientras se pueda creer que todo es compatible: no importa como se asigne prioridad a los objetivos si se cree que todos ellos son alcanzables. Lo que el consenso ambientalista pone de manifiesto no es que el punto de vista ecologista se haya vuelto universal, sino que se confía en que la economía y el medio ambiente resultarán conciliables.

El territorio del consenso, podríamos decir, ha sido el desarrollo sostenible o la «modernización ecológica». Es decir, el consenso ha sido posible en una etapa en que podía creerse que las políticas de medio ambiente resolverían los problemas del medio ambiente sin poner en cuestión el desarrollo económico. De hecho, que podrían evitar que el deterioro del medio ambiente *acabase siendo un obstáculo para el desarrollo económico*. El contexto social y político, en una palabra, asumía que el crecimiento, tanto demográfico como económico, podía modularse para prolongarse en el tiempo y, a la vez, para mantener el uso de recursos y la emisión de contaminantes por debajo de la capacidad de carga del planeta.

¿Y después del desarrollo qué?

El problema es que el desarrollo sostenible, que tal vez habría sido una buena idea hace cincuenta años (¿o doscientos?), es ahora un abracadabra patético. Pues es muy posible que el contexto social que podía darle sentido forme ya parte del pasado. Hace más de treinta años, el informe al Club de Roma sobre los límites al crecimiento advirtió que la expansión simultánea de la población, el capital, el uso de recursos, la generación de residuos y el deterioro de los ecosistemas, si no se controlaba y corregía a tiempo, llevaría a una situación de translimitación, de sobrepasamiento de los límites del planeta, y posteriormente a un colapso demográfico y económico. La reciente revisión y puesta al día del informe señala que los límites ya han sido traspasados, que se ha entrado ya en un estado de translimitación y que, en consecuencia, el colapso es ahora más probable (y más costoso y difícil de controlar, puesto que la eventual transición ordenada a la sostenibilidad exigiría ahora una fase prolongada de decrecimiento). La información que apunta en el mismo sentido está proliferando y es cada día más consistente y más diversa, desde los cálculos de huella ecológica —que indican que el uso anual de recursos renovables supera en más de un veinte por ciento la capacidad natural de reposición— hasta el *Millennium Ecosystem Assessment*, que ha concluido que dos terceras partes de los servicios de la naturaleza están degradándose. Desde los múltiples anuncios acerca del inminente «pico del petróleo» hasta la difundida y melancólica convicción de que —en lo fundamental— la batalla para evitar una pérdida masiva de la biodiversidad en el planeta es ya una batalla perdida. En ese contexto, las propuestas realmente interesantes no apuntan ya a la sostenibilidad del desarrollo, sino a las modalidades más o menos benignas de la cuesta abajo, a las diversas variantes posibles del postdesarrollo. (Por cierto, así pierden también mucho de su sentido las propuestas de estado estacionario o crecimiento cero, que podrían ser —como mucho— un transitorio programa de urgencia para crear las condiciones de un descenso mínimamente ordenado.)

Y en este punto el cómodo consenso actual se rompe. Porque su amplitud tiene que ver con la idea —no menos ampliamente difundida— de que el medio ambiente puede protegerse sin poner en cuestión el incremento del consumo y del bienestar material, que sólo requiere, por así decir, *otro* modelo de crecimiento. Porque el conflicto en torno a la distribución social de los costes del decrecimiento tenderá a ser intenso, dando lugar a nuevas configuraciones de la transversalidad hasta ahora detectada, así como a líneas de división diferentes entre ganadores y perdedores. Porque las novedades culturales que descansan en la creencia de que el bienestar está garantizado pueden resultar muy frágiles cuando su fundamento se vea socavado y porque las tensiones sociales en torno a las aplicaciones de la ciencia y la tecnología van a ir previsiblemente en aumento. Porque los sistemas autocontradictorios de preferencias que permiten hoy gestionar relajadamente la separación entre las palabras y los hechos pueden derivar hacia configuraciones explosivas... A fin de cuentas, las dinámicas de la opinión pública —y sus reflejos políticos— son un componente más de los procesos de cambio social (y dependen en buena medida de las orientaciones fundamentales de éste último). A nuevas líneas del cambio social van a corresponder inevitablemente nuevas configuraciones de la opinión, y las tensiones inherentes a esa mutación comienzan ya a ser perceptibles. Este es, a mi juicio, el punto en que hoy nos encontramos.

El ecologismo en la encrucijada

Creo que es en esta encrucijada donde va a decidirse el futuro del ecologismo social y político. Y, aunque no llega a la misma demasido bien preparado, es previsible que la realidad vuelva a ponerlo en circulación.

No llega bien preparado a causa del desgaste notable que han supuesto dos fracasos sucesivos (a quien le parezca un juicio demasiado duro, puede sustituirlo por este otro: dos períodos consecutivos plagados de victorias pírricas). El ecologismo intentó en primer lugar advertir sobre los nubarrones que estaban formándose en el horizonte de la civilización industrial, propugnando un cambio de rumbo basado en la conciencia anticipatoria, en la contención y en la autolimitación voluntaria. El mensaje, es cierto, ha calado aquí y allá, ha echado raíces en muchos puntos de la Tierra; pero, en lo fundamental, la respuesta a la advertencia ha sido: «¿Límites? ¿Qué límites?». Ensayó más tarde una negociación en mesas múltiples, haciéndose un hueco en los procesos de gestión y de administración, tratando de ensanchar el espacio «eco» en el territorio presuntamente conciliable del desarrollo y la sostenibilidad. Una vez más, las huellas de esa presencia son visibles por todas partes. Tan visibles como débiles pues, en lo fundamental, la respuesta ha sido: «Bueno, allí tenéis aquel rincón, pero no molestéis demasiado». Mientras tanto, el

futuro ha llegado. El lobo que nunca venía ya ha entrado en el redil. Los límites del planeta han sido traspasados. Aún pasará un tiempo (quizás diez o quince años) antes de que esta evidencia sea ampliamente reconocida, pero ya es demasiado tarde para eludirla.

Un efecto social posible de la fase de translimitación en que se ha entrado es la ruptura del difuso consenso ambientalista construido en las últimas décadas. A causa, sobre todo, de la intensificación de los conflictos, de la profundización de las fracturas y las líneas divisorias. Conflictos redistributivos, sí, pero no sólo de redistribución del producto, sino también de los riesgos tecnológicos y del acceso a los recursos naturales. ¿Conflicto de clases? Tal vez, si se quiere decir así, pero de nuevas clases en nuevas estructuraciones sociales. Es la multiplicación de las víctimas del desarrollo, dentro y fuera de las sociedades «avanzadas», lo que va a dar lugar a una redefinición y un redimensionamiento de las bases sociales del ecologismo (aunque también, sospecho, de otras pasiones políticas menos bienintencionadas, más irracionalistas y más destructivas).

Los dilemas de la cuesta abajo

Desde hace unos pocos años, muy pocos, es visible el renacimiento de las utopías ecologistas. El contenido de sus propuestas no siempre se distingue con claridad del que caracterizó a las formulaciones de los años setenta del pasado siglo. Pero su contexto de referencia es distinto: no es la esperanza de anticipación sino la percibida inmediatez del colapso.

El colapso de un sistema social es su tránsito relativamente rápido a un estado de menor complejidad. Es decir, en teoría, no implica necesariamente una desorganización caótica ni un «regreso» a la precivilización. Incluso podría ser benéfico, como propugnó Odum al final de su vida, pues a una sociedad hinchada y sobreacelerada no le vendría mal pisar el freno y soltar lastre. Podría establecer las condiciones objetivas de un tránsito hacia «más pequeño, menos y mejor», como proponen los seguidores franceses del decrecimiento sostenible, las redes de la relocalización o las comunidades postcarbono.

Si alguien me preguntase si lo veo posible tendría que contestarle que posible sí y sumamente improbable también. Porque un descenso relativamente ordenado requeriría dosis de imaginación creativa, cohesión social y solidaridad internacional muy superiores a las que hoy parecen disponibles. Pero nunca se sabe. Me parece, en todo caso, que Quim Sempere lleva razón cuando recuerda, al final de su escrito, que siempre será mejor estar preparados.

Trabajo productivo/reproductivo, pobreza, y la globalización de la reproducción. Consideraciones teóricas y prácticas¹

LOURDES BENERÍA

Introducción

Mucho ha ocurrido desde que, en los años 1970, el análisis feminista se fijó en la importancia de la distinción entre el trabajo productivo y reproductivo para analizar y encontrar soluciones a las cuestiones que lanzaba el feminismo. El objetivo principal de esta distinción era el poner de manifiesto la invisibilidad del trabajo de las mujeres y su concentración en la esfera reproductiva y no remunerada. Otro objetivo era el subrayar los efectos que esta concentración tenía sobre las condiciones en que las mujeres vivían su vida laboral así como sobre las posibilidades y expectativas con las que se enfrentaban en su ciclo vital. Finalmente era importante contrastar todo ello con la concentración de los hombres en la esfera de la producción para el mercado y con sus consecuencias para las relaciones de género. Una de las tareas iniciales que se presentaron fue la definición de los conceptos de «producción», «reproducción» y «trabajo». En particular, fue importante entender los distintos aspectos que contribuyen a la reproducción social, incluyendo sobre todo el trabajo doméstico y las tareas en torno al trabajo familiar que tradicionalmente han constituido la concentración primaria del trabajo de las mujeres.² Por otro lado el debate sobre el trabajo doméstico que tuvo

1. Ponencia presentada en la conferencia sobre «Género, políticas conciliatorias entre ámbitos productivo y reproductivo y presupuesto público: Situación y perspectivas en América Latina y el Caribe,» Ciudad de México, 24-26 de octubre de 2005.

2. Entre las aportaciones iniciales, véase por ejemplo Young, Wolkowitz y McCullagh (1981) y Benería (1979).

lugar sobre todo en los países anglosajones a mediados de los años 1970 fue interesante para poner de manifiesto la importancia de este trabajo no solo para la el mantenimiento y reproducción de la fuerza de trabajo y de las familias sino para el funcionamiento del sistema económico.³ Una gran parte de estos estudios analíticos procedían de conceptualizaciones con una base marxista aunque a través de los años han sido utilizadas por autores con distintos enfoques teóricos.

A partir de los años 1980, el esfuerzo de aumentar la visibilidad del trabajo de las mujeres hizo hincapié en los problemas de su contabilización cuantitativa. Se puso de manifiesto que las estadísticas oficiales excluían el trabajo reproductivo no remunerado tanto de las cuentas de renta nacional como de las estadísticas sobre la población activa. Históricamente, desde que se inició su recopilación en distintos países, estas series tenían, y en gran medida siguen teniendo, el objetivo de captar los datos de producción y crecimiento de la economía de mercado, es decir de los bienes y servicios producidos e intercambiados con un precio a través del intercambio mercantil. El gran conjunto de actividades reproductivas y no remuneradas no asociadas directamente con el mercado quedaban excluidas de estos procesos estadísticos. Después de más de dos décadas de crítica, podemos decir que los esfuerzos para contrarrestar estas deficiencias han sido múltiples y por parte de una gran variedad de actores que incluyen instituciones como las Naciones Unidas y gobiernos nacionales, así como personas procedentes de la academia y centros de investigación y activismo. Sin duda el feminismo ha jugado un papel muy importante en todos estos niveles y ha sido el movimiento impulsor detrás de estas iniciativas.⁴

Este esfuerzo de medición ha ido acompañado también por una mayor sofisticación teórica y metodológica sobre el tema, mayormente por parte del análisis feminista (Picchio 2003; Benería 2003) Aunque queda mucho por hacer, muchos gobiernos así como algunas instituciones internacionales han patrocinado encuestas así como la recopilación de series estadísticas que han permitido una aproximación más fiable del trabajo reproductivo no remunerado. El resultado ha sido un gran aumento de la información cuantitativa que nos permite evaluar cada vez con más precisión las aportaciones del trabajo

3. Un resumen del debate puede encontrar en Himmelweit y Mohun (1977)

4. La literatura sobre el tema es amplia. Como ilustración, véase PNUD 1995; Floro 1995; Benería 1999; Carrasco *et al.* 2004; Aguirre *et al.* 2005. A nivel de acción debe mencionarse el esfuerzo importante que se ha hecho dentro de las Naciones Unidas para propulsar la contabilización del trabajo reproductivo y no remunerado, desde el uso de las plataformas de sus conferencias internacionales como en Beijing y Nairobi, hasta el trabajo realizado dentro de sus ramas como la Oficina Estadística, INSTRAW y UNIFEM.

reproductivo y no remunerado. Algunos países como Canadá y los EE UU han iniciado recientemente la recopilación estadística sistemática del uso del tiempo por hombres y mujeres, con datos que incluyen no solo las horas trabajadas sino el uso del tiempo total, incluyendo el ocio y el transporte. Prácticamente en todos los países existen estimaciones basadas en estudios y encuestas específicas que, aunque no se hagan periódicamente, han aportado mucha luz en la evaluación del trabajo total de hombres y mujeres, tanto remunerado como no remunerado.⁵ En todo caso, la información sobre el uso del tiempo permite llegar a un análisis más riguroso y detallado de las desigualdades de género que en estimaciones anteriores, con implicaciones importantes para las políticas de reconciliación y de desarrollo.⁶

Estos avances conceptuales, metodológicos y empíricos se han hecho incluso más necesarios con las tendencias actuales de los mercados laborales. Las transformaciones de estos mercados tienen consecuencias que aumentan la necesidad de tener información sistemática sobre el trabajo productivo/reproductivo y remunerado/no remunerado. Estas transformaciones incluyen: a) la participación creciente de las mujeres en el trabajo remunerado refuerza la importancia del reparto de los distintos tipos de trabajo, así como del ocio, dentro y fuera del hogar; b) tanto en países ricos como en países pobres, las personas desempleadas y marginadas de la corriente principal de la vida económica tienen que adoptar estrategias de supervivencia que incluyen una mayor dependencia del trabajo no monetizado o no incluido en las estadísticas oficiales; c) las crisis económicas, el desempleo y subempleo, la flexibilización del mercado laboral y la informalización conducen a combinaciones cíclicas o esporádicas fluidas de actividades dentro y fuera del mercado; y d) a medida que la familia moderna va evolucionando como resultado de transformaciones demográficas y económicas, surgen nuevas coordenadas para el entendimiento de la ecuación de trabajo productivo/reproductivo. Todos estos factores explican la conciencia creciente de entender, medir y diseñar políticas que intervengan en la distribución del trabajo total entre mujeres y hombres para construir la igualdad de género.

Trabajo productivo/reproductivo y trabajo remunerado/no remunerado

A medida que los avances conceptuales, metodológicos y empíricos han ido progresando, la distinción inicial entre el trabajo productivo y reproductivo a menudo se ha ido sustituyendo por otra similar refiriéndose al trabajo remun-

5. Como ejemplo de estudios recientes en España y en Uruguay, véase Aguirre *et al.* 2005.

6. Como ejemplo, ver Carrasco, Mayordomo y Alabart 2004.

nerado y no remunerado. Aunque es importante mantener también la distinción inicial, la centralidad de la diferenciación entre trabajo pagado y no pagado se debe a varias razones conceptuales y prácticas:

- Primero, a medida que una economía se mercantiliza y el ingreso de las familias aumenta, una parte creciente del trabajo reproductivo se convierte en trabajo remunerado. Hay una transferencia, de la esfera doméstica al mercado, de una parte de las tareas reproductivas como es el caso de las guarderías infantiles, las lavanderías o la venta de comida en la calle o en restaurantes. Aunque sean las mujeres las que continúan concentrándose como trabajadoras en muchos de estos servicios, su trabajo en este caso es remunerado y estadísticamente visible, por lo menos en cuanto forma parte del sector formal. Sin embargo, no dejan de ser trabajo «reproductivo» puesto que contribuyen al mantenimiento de la fuerza de trabajo y a la reproducción social.
- Segundo, mucho se ha escrito sobre el hecho de que el trabajo reproductivo no remunerado contiene un elemento de cuidado y relación emocional entre las personas que no tiene paralelo en la esfera del mercado. Sin embargo, es difícil establecer una diferenciación tajante entre estas tareas y, en último término, la distinción entre trabajo remunerado y no remunerado facilita el análisis por ser menos ambigua. Por otra parte, a menudo enfatizamos que hay «producción» y «trabajo» en la economía doméstica, aunque nos refiramos al trabajo reproductivo, para contrarrestar la versión ortodoxa que define estos conceptos en relación al mercado.
- Tercero, el trabajo doméstico no es únicamente reproductivo puesto que tiene un componente que no lo es, como en el caso en familias sin niños donde hay «mantenimiento» de la fuerza de trabajo pero no «reproducción» a pesar de que en ambos casos sea no remunerado. Lo mismo puede decirse del cuidado de ancianos dentro del hogar.
- Cuarto, hay producción que no es remunerado como en el caso del voluntariado que contribuye a la producción para el mercado. Dada la gran extensión del voluntariado en muchos países, esta distinción es importante para analizar el uso del tiempo y entender las diferencias de género en general y en este tipo de trabajo en particular.
- Quinto, en casos de simultaneidad de distintas actividades, a menudo es difícil de distinguir o separar claramente el trabajo productivo del reproductivo, como en el caso de una madre que vende parte de la comida que cocina y la otra parte la destina para el consumo familiar. En este caso, la distinción entre trabajo remunerado y no remunerado proporciona una información adicional que facilita el análisis.

- Finalmente, a pesar de que sean las mujeres quienes se concentran en el trabajo no remunerado, en muchos países se ha observado un aumento de este trabajo realizado por hombres en torno al hogar. En un país en desarrollo las tareas para las que tradicionalmente muchas familias empleaban a terceras personas, resultan más costosa a medida que los salarios crecen. Tal es el caso con muchas tareas de construcción, carpintería, electricidad y mecánica que tienden a realizar los hombres en muchas familias. Desde esta perspectiva, es importante tener información sobre todo tipo de trabajo no remunerado, aunque no sea reproductivo.

Todo ello no significa que la distinción entre producción y reproducción no continúe siendo importante. Al contrario, es fundamental mantenerla, sobre todo en cuanto a que conceptualmente nos conecta con la naturaleza y el papel de la reproducción social para el sistema económico y nos ayuda a pensar las políticas conciliatorias. En todo caso, el objetivo es el de hacer resaltar dos hechos que la economía tradicional había ignorado. Uno es la importancia del trabajo reproductivo no remunerado para el bienestar familiar y social. En este sentido, las aportaciones cuantitativas que permiten medir el trabajo e incluso estimar su valor han puesto en evidencia las aportaciones de este trabajo y han resaltado los muchos aspectos que lo componen, con consecuencias para un gran abanico de políticas. El otro objetivo ha sido un mejor entendimiento de la esfera reproductiva, que ha enriquecido el análisis económico. La economía feminista por ejemplo ha sido muy explícita en resaltar lo mucho que el análisis económico ortodoxo ignoraba o por lo menos no tenía en consideración. Así heredamos la pobreza de los modelos económicos basados exclusivamente en la racionalidad económica, pero hemos aprendido la importancia de la economía del cuidado para el funcionamiento de una sociedad (Ferber and Nelson 1993; Folbre 1994; Benería 2005). Esto ha llevado al replanteamiento de muchos aspectos del análisis económico, representando una aportación que tiene las posibilidades de cambiar nuestra visión de sus ejes fundamentales y de ampliar lo que consideramos ser el campo de lo económico.⁷

Es interesante notar que este proceso de reconceptualización nos está llevando a una concepción de la economía más próxima a la que tenían los griegos

7. No hay duda de que existen diferencias entre el trabajo dirigido al mercado y el trabajo doméstico puesto que el primero se realiza bajo la competencia del intercambio mientras que el segundo está sometido a otras normas que tienen que ver por ejemplo con el cuidado, la afectividad, la responsabilidad familiar asignada socialmente, etc. Sin embargo esto no significa que no puedan compararse y contrastarse aunque algunos economistas se opongan a esta expansión de la esfera de lo económico. Existe una abundante literatura sobre el tema; puede verse un resumen en Benería 2005, cap. 5.

puesto que se centraba en la esfera doméstica (*oikos*) tal como resaltan algunos libros de texto para contrastar esta visión con la definición «moderna» ortodoxa. La concepción ampliada de lo económico lleva también a un entendimiento del bienestar individual y social en la que el trabajo no remunerado constituye un eje fundamental. Antonella Picchio (2003) por ejemplo ha definido el bienestar como:

Un proceso de reproducción social que requiere bienes y productos materiales y servicios personales remunerados (proveídos por el estado o por el mercado) y trabajo no remunerado (en el hogar o en la comunidad). Este proceso tiene lugar dentro de un contexto institucional que incluye familias, organismos estatales, empresas, mercados y comunidades (p. 2).

Esta definición del bienestar social implica que un análisis del nivel de vida de un país o de una comunidad tiene que incluir no solo los bienes y servicios producidos a través del mercado sino también una clara conceptualización de la contribución aportada por la esfera del trabajo no remunerado. También implica, tal como Picchio y otra/os autora/es han argumentado, que el trabajo no remunerado tiene que integrarse plenamente dentro del contexto macroeconómico y del mercado de trabajo, Este es el contexto en el que se ha ido realizando por ejemplo los proyectos sobre presupuestos desde una perspectiva de género y también las encuestas sobre el uso del tiempo; es en este contexto donde debe emplazarse la política económica y social, incluyendo las políticas públicas y las de conciliación discutidas en esta reunión.

Desarrollo humano: el enfoque de capacidades y las políticas de conciliación

Una visión socioeconómica que integre el trabajo productivo y reproductivo o el remunerado y no remunerado requiere un esfuerzo muy compatible con el enfoque del desarrollo humano que fue introducido por el PNUD en su primer *Informe sobre el Desarrollo Humano* en 1990. La gran difusión que ha tenido este enfoque desde entonces ha seguido distintas direcciones, una de las cuales ha sido el análisis feminista. Inicialmente formulado por Amartya Sen y conocido más específicamente como el enfoque de las capacidades, su clara relevancia para conceptualizar las desigualdades de género ha dado lugar a una abundante literatura con implicaciones para la política económica y social. Recordemos las líneas generales de este enfoque (Sen, 1999; PNUD 1990 y 1995).

Sen partió de la idea de que el desarrollo se debería conceptualizar y medir no sólo en términos económicos como el crecimiento del PIB sino en cuanto

a su capacidad de transformar los horizontes del desarrollo de las personas. Aunque esta idea no era nueva,⁸ Sen le dio una base conceptual y teórica muy sólida, fundada en su crítica de la teoría económica ortodoxa —incluyendo la teoría del bienestar— y de la falta de conexión entre la economía y la ética en la economía ortodoxa moderna. Por otra parte el PNUD le dio una base institucional que ha permitido su difusión, especialmente a través de sus informes anuales a nivel internacional pero también regional/nacional. Sen colaboró con el PNUD para lanzar el concepto de desarrollo humano y dar una aplicación práctica a este concepto, con un debate sobre sus distintos aspectos que se ha mantenido vivo hasta el presente.⁹

Lo importante para Sen es el desarrollo de las capacidades de cada una y de todas las persona para ser y hacer. Este es un proceso multidimensional en el que pueden intervenir muchos factores que afectan el «ser» y el «hacer», desde el acceso a los recursos hasta el nivel educativo, la autoestima y las expectativas para el futuro. El nivel del PIB puede ser importante en este proceso pero es bien sabido que no es un indicador seguro, primero porque su cantidad no nos dice nada sobre la desigualdad de su distribución, pero también por otras razones como el hecho de que no existe una correlación directa entre el PIB y, por ejemplo, el nivel de educación o de salud en muchos países (Banco Mundial 2000/2001). En la noción de «capacidades» de Sen hay dos aspectos importantes. Uno se refiere al *funcionamiento de las personas* (el «hacer»), es decir, cómo manejan sus vidas y las posibilidades que tienen para ello, por ejemplo cómo se las arreglan en su vida cotidiana. El otro aspecto es la *posibilidad de buscar objetivos más amplios, de extender los horizontes —individuales y colectivos— y de definir y vivir la propia vida como una quisiera* (el «ser» o quizás podríamos añadir el «devenir»). La relevancia de esta visión se hace evidente cuando se piensa en los horizontes sumamente cerrados de una niña o de un campesino muy pobres en algún lugar del mundo; sus expectativas son tan reducidas que puede que les sea difícil imaginar una vida distinta. En este sentido, la visión de Sen es de una afirmación muy positiva; se trata no solo de eliminar la pobreza sino de

8. La crítica a los enfoques economicistas del desarrollo ha sido relativamente frecuente en muchos círculos y por parte de una variedad de autores preocupados por el desarrollo. Fue incluso parte del «enfoque de las necesidades básicas» desarrollado por la OIT en los años 1970 y utilizado por otras instituciones como algunas unidades dentro del Banco Mundial. Sin embargo no tuvo la difusión ni la influencia a través de los años que ha logrado el enfoque del desarrollo humano.

9. Por ejemplo, algunos de los índices de desarrollo humano, considerados incompletos y no suficientemente aptos para captar algunas cuestiones clave, se están reconsiderando actualmente con la intención de mejorarlos.

buscar la «libertad positiva,» la que permite hacer y construir, soñar y conseguir lo que se sueña, es decir, potenciar el desarrollo humano.¹⁰

Sen y también la filósofa norteamericana Martha Nussbaum (2003) han señalado que el enfoque de las capacidades se parece mucho al de los derechos humanos. Sin embargo, indica Nussbaum, los derechos humanos son más abstractos y «universales» mientras que las capacidades son más concretas, individualizadas y específicas en relación a distintos contextos y necesidades; es por esta razón que Nussbaum opta por este enfoque por ser muy útil para desarrollar una teoría de justicia de género y aplicarla al caso específico de las mujeres en su entorno cultural y social, a parte de que el discurso de las capacidades tiene una relevancia muy directa para el desarrollo humano. Además, añade, el enfoque de capacidades no adolece del problema de sesgo occidental que a menudo se ha atribuido a los derechos humanos. Sin embargo, hay que reconocer que los dos enfoques tienen mucho en común y que el lenguaje de derechos humanos ha sido desarrollado y a menudo utilizado con éxito por el movimiento feminista a partir de los años ochenta, sobre todo en cuanto a los derechos políticos y de ciudadanía de las mujeres.

Nussbaum ha criticado a Sen por no ser lo suficientemente específico en la definición de las capacidades, ni tan solo las que puedan considerarse básicas. Esto la ha llevado a la elaboración de una lista de diez «capacidades humanas básicas» para «vivir una vida con dignidad,» definidas como objetivos generales que pueden concretizarse para cada sociedad específica. La lista incluye objetivos como «poder vivir una vida de una longevidad normal, es decir sin morir prematuramente o sin que la persona sea reducida a un estado que no merece vivirla» o «poder formar una idea de lo que es bueno y poder reflexionar sobre la planificación de nuestras propias vidas». Sin embargo, una lectura de esta lista todavía parece demasiado general como para proporcionar mucha luz para una discusión de las políticas de conciliación entre el trabajo productivo y reproductivo.

Nussbaum no es única en querer concretar las capacidades del enfoque de Sen. Entre los autores y autoras que han trabajado este tema, la economista belga Ingrid Robeyns (2003) ha elaborado una lista con el propósito de facilitar el análisis de la desigualdad de género en el caso concreto de sociedades occidentales postindustriales. En este caso, la lista de catorce capacidades fue elaborada después de seguir varios pasos que consistieron en preguntar a

10. Nótese que este concepto es muy distinto del de la «libertad negativa» (ausencia de obstáculos) tan enfatizada por la teoría económica ortodoxa, como en el caso del mercado libre o de la libertad de empresa.

distintas personas y grupos cuáles serían sus prioridades entre las posibles capacidades. Luego Robeyns comparó la lista obtenida con otras y las discutió con otras personas interesadas. Esta metodología le permitió llegar a un nivel de especificidad que reflejaba las necesidades y la visión de una sociedad postindustrial, un esfuerzo que puede repetirse en otros contextos. En su lista de catorce capacidades incluye varias que se incluyen a continuación y que pueden proporcionar un contexto conceptual más concreto que el de Nussbaum no solo para analizar las desigualdades de género sino también para discutir políticas de conciliación:

- «Poder cuidar de los hijos y de otras personas», refiriéndose a la capacidad que tradicionalmente ha sido la concentración primaria de las mujeres. Robeyns es consciente de que esta capacidad puede tener un resultado ambiguo en cuanto al efecto ejercido sobre el bienestar de la persona que proporciona el cuidado.
- «Poder trabajar en el mercado laboral [remunerado] o realizar proyectos, incluso proyectos artísticos», refiriéndose a la posibilidad de poder ejercer estas funciones en igualdad de condiciones con los hombres aun cuando la realidad sea muy distinta.
- «Poder moverse», por ejemplo entre distintos espacios y lugares, tanto públicos como privados, sin restricciones que discriminen por género.
- «Poder disfrutar de tiempos de ocio», respondiendo a la realidad de que muchas estadísticas muestran que los hombres en muchas sociedades disfrutan de más tiempo de ocio que las mujeres.
- «Poder ejercer autonomía en el uso del tiempo». Esta capacidad depende de la división del trabajo, en el sentido de que un tipo de trabajo puede proporcionar más autonomía sobre el tiempo propio que otros. Es evidente que las tareas domésticas, y sobre todo el cuidado de menores, tiende a reducir enormemente la autonomía de las personas que las ejercen, mayormente la de las mujeres.

Los distintos aspectos de estas capacidades pueden ayudar a analizar las diferencias de género y ofrecen un marco conceptual para pensar las políticas de conciliación. Así podemos añadir que la conciliación debe tener lugar en varias direcciones que incluyen: a) distintos tipos de trabajo remunerado y no remunerado; b) trabajo y ocio; c) trabajo, ocio y movilidad; d) trabajos que permiten distintos niveles de autonomía en el uso del tiempo. Las diferencias de género que puedan existir en cada caso deben tenerse en cuenta para elaborar estas políticas para sociedades concretas. Por ejemplo, el hecho de que las mujeres tengan menos libertad de moverse cuando quieran o a donde quieran es un dato importante a tener en cuenta, pero que puede variar entre distintas culturas, países y regiones. De este modo las políticas de conciliación pueden verse como un instrumento importante para facilitar el «funcio-

namiento» de las capacidades, para extender el abanico de posibilidades de mujeres y hombres y para alcanzar una mayor igualdad de género. También pueden afectar a los hombres; es decir, pueden ser un instrumento para el «hacer» y el «ser» de cada una y de todas las personas.

El contexto de América Latina: informalización del trabajo remunerado, pobreza y globalización

Podemos preguntarnos hasta qué punto la lista de capacidades elaborada por Robeyns sería distinta para los países latinoamericanos. La tesis de esta ponencia es que las mayores diferencias entre América Latina y los países del Norte en cuanto a las necesidades de conciliación del uso del tiempo se encuentran en el predominio de la economía informalizada y de la pobreza en la región latinoamericana, pero también en las consecuencias del fenómeno de la emigración en muchos países. El objetivo es preguntarse cómo pensar las políticas de conciliación dentro de una realidad en la que, primero, una gran parte de la producción escapa del alcance de las políticas públicas. Segundo, tanto la producción como la reproducción se han ido globalizando, transfiriendo parte de su control a niveles que trascienden la esfera nacional. El resto de esta ponencia se concentra en estas cuestiones.

Informalización y pobreza

El enorme crecimiento de la economía informalizada desde los años 1980 en América Latina es un fenómeno bien conocido. En contra de las previsiones del análisis del «sector informal» de los años 1970, el sector «moderno» no solo no ha absorbido la fuerza laboral que se hallaba a sus márgenes sino que su dependencia y utilización de esta fuerza laboral ha ido creciendo, llevando a una fusión creciente entre lo que podemos considerar formal/informal. Es por ello que, en la reunión anual de la OIT del año 2002, se empezó a utilizar el término de «economía informal» para referirse a la importancia de la informalización. Este proceso ha sido intensificado por la globalización y la fuerte competencia de los mercados globales así como por las políticas neoliberales que han llevado a una reestructuración económica profunda desde la década de 1980 y han recalcado la importancia del mercado en la regulación de los procesos económicos y de la distribución. Tal como ha argumentado Pérez-Sainz (2005), en una primera etapa de las políticas neoliberales, el mercado informalizado absorbió una gran cantidad de trabajo que jugó un papel importante en la generación y descentralización de la producción de bienes y servicios. Sin embargo, en una segunda etapa de mercados ya más saturados, esta absorción ha sido más limitada, generando el fenómeno de «los pobres produciendo para los pobres» en condiciones muy precarias y

ligadas a la persistencia de la pobreza en un sector de la población. Esto ha sucedido incluso en caso de mejora en los indicadores macroeconómicos, indicando que la distribución de los recursos está estructurada de modo que el crecimiento económico no se transmite automáticamente a todas las capas sociales tal como presupone la teoría económica neoliberal.

Así lo ilustran los casos de Bolivia y Ecuador: la proporción de la población trabajadora considerada «informal» ha ido creciendo desde los años 1980 hasta llegar a niveles muy por encima del 50% y sobrepasando el 65% en el caso de Bolivia. Igualmente los niveles de pobreza se han mantenido en torno al 50% —con oscilaciones dependiendo de la coyuntura económica— mientras que la pobreza extrema se ha mantenido por encima del 20% (Benería y Floro 2005). En los dos países, el crecimiento de la economía informal ha tenido el contexto de un alto grado de desigualdad social,¹¹ de modo que tanto la informalidad como la desigualdad constituyen el trasfondo de las tensiones sociales y de la emigración que han caracterizado ambos países. Con unas tasas de desempleo y subempleo altas, especialmente pero no exclusivamente en períodos de crisis, y una situación fiscal precaria, las políticas neoliberales han minimizado el rol de las políticas públicas. El resultado ha sido que, incluso en períodos de crecimiento económico, la capacidad de sus economías para generar empleo es insuficiente para absorber la fuerza de trabajo.

Aun cuando Bolivia y Ecuador constituyen un caso especial típico de los países andinos, otros países latinoamericanos sufren problemas similares. En América Central, por ejemplo, las industrias maquiladoras y la producción para la exportación han contribuido a un mayor grado de generación de empleo y de divisas pero, como ya es típico y bien sabido, ocurre bajo unas condiciones muy precarias para el trabajo integrado por una gran proporción de mujeres. La falta de observación de los derechos laborales es común y afecta a las trabajadoras tanto en su vida laboral como en su vida cotidiana (Benería 2005b). Pensar en políticas de conciliación bajo estas condiciones de informalidad, pobreza y desempleo o subempleo es complicado porque los patrones seguidos en las economías del Norte no resultan muy útiles. En primer lugar, a diferencia de la situación en los países industriales o incluso en el caso del trabajo formalizado en América Latina, la «flexibilización» de la producción patrocinada en los países postindustriales (en cuanto al aumento del abanico de posibilidades en contratos laborales, horarios, etc.) no representa una opción realista para

11. Las estimaciones del coeficiente de Gini en Bolivia para finales del 1990 lo situaban por encima del 0,60, reflejando una situación de alta desigualdad. Las estimaciones en el caso de Ecuador registraron un aumento del 0,52 al 0,54 entre 1995 y 1999 (Benería y Floro 2005).

compatibilizar los distintos tipos de trabajo. Las condiciones descritas de informalidad y pobreza significan que la producción en realidad está muy flexibilizada pero sin ninguna normativa ni conexión con las políticas públicas que podrían aliviar los problemas de conciliación.

Segundo, el gran aumento de la participación de las mujeres en el trabajo remunerado durante las dos últimas décadas es también un fenómeno conocido en toda América Latina, con una alta participación en el trabajo informalizado (Piras, comp., 2004). En realidad esto ha implicado muchos cambios en la situación laboral de las mujeres así como en las construcciones de género. En un estudio de hogares urbanos pobres realizado en 2002-2003 en los dos países, encontramos distintas pautas de cambio en relación a los roles de género (Benería y Floro 2005). En Bolivia por ejemplo, tanto hombres como mujeres eran conscientes de que la importancia de las mujeres en la generación de ingreso familiar había crecido, incluso una proporción alta mencionaba que a las mujeres les resultaba más fácil encontrar trabajo. Sin embargo, estaba claro que esto no había disminuido la responsabilidad de las mujeres en el trabajo doméstico y de reproducción. Ello implica que la necesidad de conciliar los distintos tipos de trabajo ha ido aumentando para las mujeres.

Tercero, en la economía informalizada existe una gran heterogeneidad en los tipos de trabajo realizados así como en las distintas combinaciones de trabajo formal/informal entre los distintos miembros de un hogar. A fin de analizar esta heterogeneidad, en el estudio citado de Bolivia y Ecuador distinguimos entre tres *grados de informalidad* —baja, mediana y alta¹²— y encontramos que la gran mayoría (el 70%) de la población en la muestra se hallaba dentro del grado medio, con una proporción algo superior de mujeres (71%) que de hombres (70%). Igualmente, la proporción de mujeres con un alto grado de informalidad era también algo superior al de los hombres (16% y 15% respectivamente) mientras que el grado bajo estaba compuesto solo por hombres. En todo caso, el alto grado de heterogeneidad complica la posibilidad de diseñar las políticas de conciliación puesto que no hay patrones comunes en cuanto al trabajo.

Cuarto, además de esta heterogeneidad, existe una gran fluidez entre el trabajo remunerado y no remunerado, sobre todo para las mujeres, y entre los

12. Definimos la informalidad *baja* como la que incluye al trabajo regular, asalariado o autónomo, con una duración de más de 60 meses y un mínimo de 19 días de trabajo al mes; la *media* se refiere a trabajo autónomo con una duración de 24 a 60 meses y un promedio de 12-18 días de trabajo al mes y al trabajo a domicilio con contrato de más de un año; finalmente, la *alta* incluye empleo o auto-empleo precario, formal o informal, clasificado como temporal y muy irregular o con trabajo de menos de 12 días por mes, así como el trabajo a domicilio de un periodo de menos de un año.

distintos tipos de trabajo. Esto va acompañado de una alta variabilidad del ingreso familiar, incluso en casos donde el ingreso promedio se centra por encima de la línea de la pobreza¹³. En algunos casos, la variabilidad es predecible porque el tipo de trabajo tiene períodos de altos y bajos (por ejemplo la venta de juguetes y artesanías en la calle durante el período navideño en comparación al resto del año) pero en otros casos la variación no puede anticiparse, lo cual significa un alto riesgo e inseguridad para el presupuesto familiar. En este sentido, es importante distinguir entre *pobreza* y *vulnerabilidad* puesto que estadísticamente y como promedio algunos hogares pueden no parecer tan pobres; sin embargo tienen que enfrentarse con un alto nivel de riesgo, deudas y la carga de sus pagos, y los problemas con el mantenimiento de un consumo mínimo en períodos de bajos ingresos.

Finalmente, existe una gran fluidez entre la economía informalizada y la formalizada, tanto en el sector público como el privado, y entre el trabajo remunerado y no remunerado como consecuencia de los cambios coyunturales. En épocas de crisis económica se contrae la economía de mercado, disminuye el empleo y los hogares tienen que compensar la disminución de su ingreso con estrategias de sobrevivencia. Durante las dos últimas décadas la literatura feminista ha puesto de manifiesto las implicaciones de las crisis económicas para el trabajo de las mujeres, tanto en América Latina como en otras regiones (González de la Rocha, 2000), especialmente en períodos de ajuste estructural. Tal como indican las figuras 1a y 1b respecto de las áreas de actividad económica y uso del tiempo, esto incluye la intensificación del trabajo informalizado y también del trabajo doméstico.

Ante estas circunstancias tan inestables y de mucha fluidez intersectorial para el trabajo de los hogares urbanos, las políticas de conciliación deben adaptarse a las necesidades de situaciones cambiantes. Las políticas diseñadas bajo condiciones laborales formalizadas no pueden ser muy útiles cuando el trabajo es inestable y sumamente heterogéneo. Lo único permanente es el trabajo no remunerado en la esfera doméstica. Deben buscarse políticas que no tengan que ir ligadas a un trabajo fijo y por lo tanto sean compatibles con la informalidad, el trabajo no remunerado y la inestabilidad de las relaciones de producción descrita en el caso de la pobreza urbana. Veamos varias posibilidades.

13. Por ejemplo, usando un «índice de variabilidad» del ingreso cuyo valor oscila entre cero (estabilidad máxima) y uno (estabilidad mínima), se estimó que en Bolivia el índice llegaba al 0,609 para las mujeres y al 0,551 para los hombres. En Ecuador, las cifras correspondientes eran más bajas (0,452 y 0,430), indicando una variabilidad menor que en Bolivia, aunque en los dos países era mayor para las mujeres que para los hombres. Esto lleva a tener que pedir prestado y a la carga del pago de la deuda y de los intereses, una tarea que a menudo recae sobre las mujeres.

Fig. 1a. Período de crecimiento económico

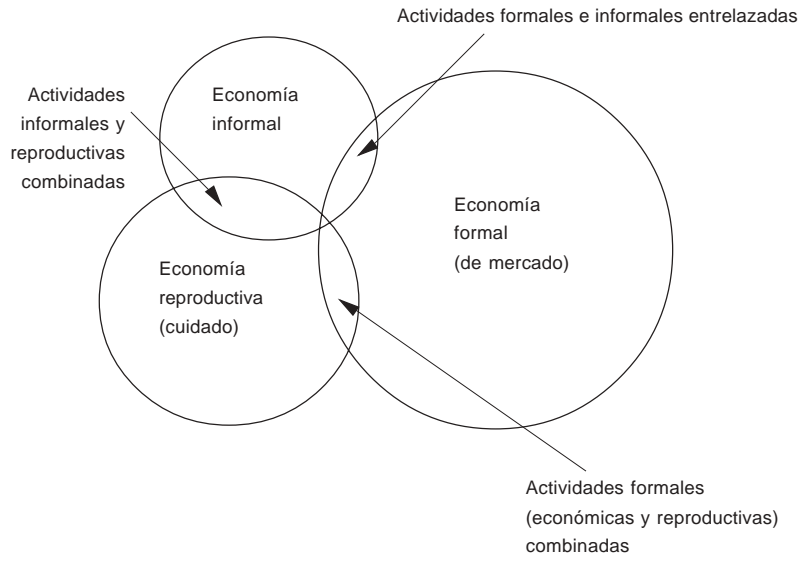
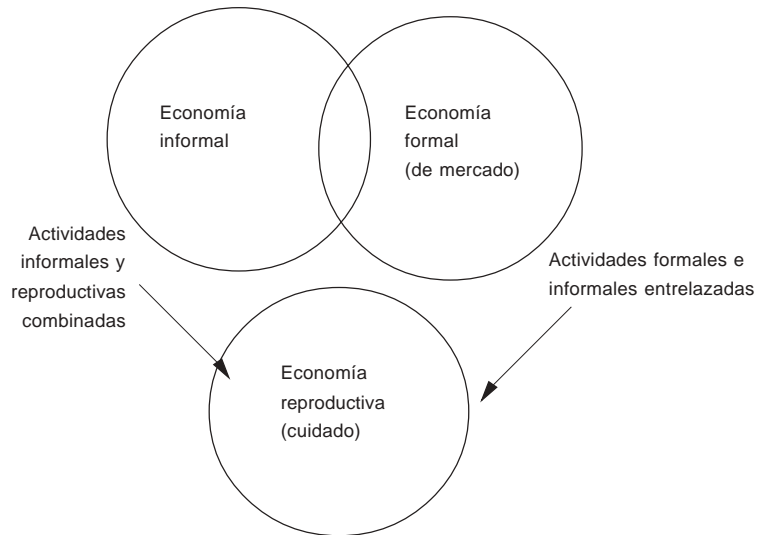


Fig. 1b. Período de crisis económica



En primer lugar, el denominador más común para facilitar la conciliación entre los distintos tipos de trabajo parece ser cualquier política que tome parte de la responsabilidad en el cuidado de los hijos. Esto apunta hacia la importancia de la creación y promoción de guarderías infantiles, el acceso a la escuela, y los programas escolares que extienden el acceso de las familias a los servicios de centros escolares de primaria y secundaria. Dada la concentración de las mujeres en el trabajo doméstico, es lógico esperar que estos programas las pueden beneficiar a ellas de un modo especial. Segundo, lo mismo puede decirse en cuanto al área de salud: cualquier aumento en la cantidad y calidad de los servicios de salud ayuda a incrementar el bienestar familiar pero además ahorra tiempo y disminuye la ansiedad creada por las dificultades de conciliar los distintos tipos de trabajo. Tercero, los servicios comunitarios dirigidos a niños y familias —tales como los espacios deportivos y de juegos— y las organizaciones de mujeres o de barrios —como en el caso de los comedores populares— pueden ser también una ayuda que facilite la conciliación de distintos tipos del uso del tiempo. Cuarto, otras avenidas también pueden facilitar el ahorro del tiempo por parte de las familias, por ejemplo a través de varias políticas urbanas como la promoción de un transporte público o privado eficiente, mejoras de infraestructura como el aumento del acceso al servicio telefónico y la cimentación de calles que facilitan el transporte y la limpieza en tiempos de lluvia. Finalmente, no deberían subestimarse las campañas publicitarias de todo tipo que promuevan la igualdad de responsabilidades entre hombres y mujeres en la división del trabajo doméstico y otras tareas familiares.

La globalización de la reproducción

Una gran parte de la literatura y de los debates sobre la globalización a partir de los años 1970 y 1980 se ha centrado en la fragmentación a nivel internacional de los procesos productivos y en sus múltiples efectos: la competencia global, transferencias de la producción de unos países a otros, desindustrialización en algunos casos e industrialización en otros, cambios en los mercados de trabajo, la feminización y precarización del empleo, los efectos maquila en América Latina, los cambios generados por el creciente dominio de las economías asiáticas, etc. Por otra parte, sobre todo a partir de la década de los 1990, también hemos presenciado y analizado la globalización de procesos conectados con la reproducción. El creciente aumento de la emigración del Sur al Norte y en particular la feminización de la emigración responden en gran parte a factores que están afectando enormemente el modo en que las familias se organizan en ambas regiones, incluyendo las tareas del cuidado y la reproducción.

Estos procesos ya son bien conocidos y aquí solo voy a mencionarlos. Por el lado de los países más ricos, la llamada crisis del cuidado viene determinada

por una variedad de factores que incluyen: a) la alta participación de las mujeres en la actividad económica remunerada, lo cual ha creado la demanda creciente de servicio doméstico, incluyendo el cuidado de niños y ancianos; y b) más específicamente en Europa, las bajas tasas de natalidad y el incremento de la esperanza de vida han contribuido al envejecimiento de la población y a la escasez relativa de mano de obra dedicada al cuidado. Como consecuencia las mujeres del Sur encuentran trabajo con facilidad en el sector servicios y en las economías domésticas de la gran mayoría de los países del Norte.

Por parte de los países emigrantes, las crisis económicas en muchos países, la persistencia de la pobreza, y el deterioro del nivel de vida (aunque sea solo relativo a los países mas ricos) llevan a la emigración que, en muchos países como Bolivia, Ecuador, las Filipinas, México y los países centroamericanos, se ha convertido en una de sus principales fuentes de divisas. En el caso de Filipinas, por ejemplo, se ha estimado que 2/3 de los emigrantes son mujeres, muchas de las cuales dejan a sus hijos en su país, ya al cuidado del padre o, con más probabilidad, al de otras mujeres, normalmente familiares (Parrenas 2002). Esto ha generado el intenso debate que a menudo tiende a culpar a las mujeres emigrantes del abandono de sus familias a pesar de su gran esfuerzo en ayudarlas con las remesas. Igualmente, en Ecuador, Gioconda Herrera (2004) ha estudiado a fondo los procesos de emigración y la crisis nacional que está causando la salida de muchas mujeres y de la población joven.

En el Norte la crisis del cuidado se resuelve, por lo menos parcialmente, con la «importación» de mano de obra inmigrante, sobre todo femenina. De este modo, parte del aumento de la participación laboral de las mujeres del Norte se hace posible al ser reemplazadas por los servicios de las mujeres inmigrantes, las cuales pasan de realizar trabajo reproductivo no remunerado en sus hogares de origen al relativamente remunerado en el país de llegada. Naturalmente que esta substitución, en el caso del trabajo doméstico, tiene lugar solo en hogares que pueden financiar estos servicios, es decir que beneficia a un sector especificado de la población. Por otro lado, la transferencia del trabajo de servicios del Sur al Norte no disminuye la necesidad de las tareas reproductivas en el Sur.¹⁴ Esto implica una intensi-

14. Cabe mencionar que no existen suficientes estudios con datos generalizables sobre estos procesos y que por otra parte sus efectos a corto plazo y sobre todo a largo plazo no son fáciles de proyectar. Por ejemplo, es posible que la emigración lleve a tasas de natalidad más bajas en los países emigrantes, lo cual afectaría las necesidades de las familias en cuanto al trabajo reproductivo. A pesar de ello no hay duda de que la emigración representa un proceso contradictorio con efectos positivos y negativos entre la población implicada. Por ejemplo, contrariamente a la hipótesis de que los emigrantes se sienten explotados y sufren en el país de llegada, algunos estudios se han encontrado con sorpresas debido a que el grado de satisfacción es relativamente alto (estudio en proceso de Caroline Moser sobre inmigrantes ecuatorianos en Barcelona).

ficación del trabajo por parte de las personas que quedan a cargo de estas tareas, lo cual puede significar un deterioro del cuidado, sobre todo al pasar de la madre a otras personas. Por otra parte el debate en torno a los efectos negativos de la emigración de las madres para los hijos apunta hacia múltiples repercusiones, a menudo contradictorias y no muy fáciles de evaluar (Parrenas 2002).

Es evidente que la globalización de la reproducción tiene implicaciones que apenas empezamos a entender, incluidas las consecuencias para las políticas de conciliación. Por ejemplo, la transferencia del trabajo reproductivo del Sur al Norte puede cambiar las coordenadas en las que esta conciliación tiene que hacerse. Una mujer del Sur que deja su familia para realizar tareas domésticas en un hogar del Norte no se enfrenta con idénticas presiones de tiempo; por una parte ha dejado sus propias tareas domésticas en manos de otras personas mientras que, por otra parte, debe enfrentarse con las exigencias, normas y condiciones legales/ilegales del país de llegada. Es probable que las políticas de conciliación en el Norte no beneficien directamente a la empleada inmigrante. Por el contrario, en el Ecuador estas políticas tienen que tener en cuenta las nuevas presiones creadas sobre las personas que substituyen el trabajo de la persona que ha emigrado (ver Gioconda Herrera 2004). La globalización de la reproducción puede ofrecer algunas posibilidades como la creación de un «fondo de compensación» financiado por una parte de las remesas y destinado a las personas afectadas o a la creación de servicios que puedan beneficiar a los hogares con emigrantes, y especialmente a los hogares con niños.

Consideraciones finales

Este artículo ha delineado algunas diferencias entre los países latinoamericanos y los postindustriales en cuanto a sus implicaciones para las políticas de conciliación entre los distintos usos del tiempo. Se ha argumentado que la informalización de las economías latinoamericanas así como la persistencia de la pobreza y el fenómeno creciente de la emigración constituyen los factores básicos de diferenciación que dificultan estas políticas en el caso de América Latina. Desde la perspectiva del enfoque de las necesidades, ello dificulta el desarrollo humano puesto que reduce los horizontes de una proporción alta de la población. Sin embargo solo se ha mencionado brevemente el trasfondo de estos problemas: la alta desigualdad económica y diferenciación social que predominan en el continente. Ello resulta no solo de la desigualdad ya histórica en la distribución de recursos en América Latina sino también de las tendencias a nivel mundial derivadas y del predominio del mercado en la distribución de recursos.

Uno de los problemas fundamentales es la gran capacidad de las nuevas tecnologías de crear riqueza sin generar suficiente empleo para la fuerza de trabajo existente, un problema que también se observa en el corazón de las economías más avanzadas.¹⁵ Esto se añade al predominio del sector financiero en las economías modernas y al «triumfo» que la globalización neoliberal ha representado para el capital en relación al trabajo. El resultado es el aumento de la concentración de riqueza y por lo tanto de las desigualdades ya existentes. Este es el contexto en el que discutimos las políticas de conciliación: buscamos soluciones dentro de las coordenadas sociales y económicas existentes pero sin tocar el trasfondo. Sin embargo parece importante mencionar estos problemas tan fundamentales de distribución (y también de redistribución) que afectan no sólo a las capacidades de todas las personas sino también a la posibilidad de llegar a una verdadera igualdad de género.

Bibliografía

- AGUIRRE, R., C. GARCIA SAINZ y C. CARRASCO (2005), *El tiempo, los tiempos, una vara de desigualdad*, Santiago de Chile, CEPAL, Serie Mujer y Desarrollo.
- Banco Mundial (2000/2001), *World Development Report*, Oxford University Press.
- BENERÍA, L. (2005a), *Género, desarrollo y globalización. Por una ciencia económica para todas las personas*, Barcelona, Editorial Hacer.
- (2005b), «Diagnóstico de Género de Honduras: Aspectos Económicos», informe del INAM (Instituto Nacional de la Mujer), Tegucigalpa: Gobierno de Honduras.
- (1979), «Reproduction, Production and the Sexual Division of Labor», *Cambridge Journal of Economics* 3(3), pp. 203-225.
- BENERÍA, L. y M. FLORO (2005a), «Distribution, Gender and labor Market Informalization: A Conceptual Framework with a Focus on Homeworkers», en N. Kudva, comp.
- (2005b), «Labor Market Informalization, Gender and Social Protection: Reflections on Poor Urban Households in Bolivia and Ecuador», en S. Razawi y S. Hassim, comps., *Gender and Social Policy in a Global Context: Uncovering the Gendered Structure of 'the Social'*, Basingstoke: Palgrave.
- CARRASCO, C., M. MAYORDOMO y A. ALABART (2004), *Trabajo con Mirada de Mujer. Propuesta de una encuesta de población activa no androcéntrica*, Madrid, Consejo Económico y Social.

15. Por ejemplo, durante los últimos tres años, el valor monetario de los beneficios de las siete empresas más grandes del Silicon Valley, California, ha aumentado en un 500% mientras que el empleo generado por las mismas empresas en la zona ha disminuido en un 2,55% (Markoff y Richtel 2005).

- FERBER, M. y J. NELSON, comps. (1993), *Beyond Economic Man*, University of Chicago Press.
- FOLBRE, N. (1994), *Who Pays for the Kids? Gender and the Structures of Constraint*, Nueva York, Routledge.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, M. (2000), «Private Adjustments: Household Responses to the Erosion of Work», PNUD, Social Development and Poverty Elimination Division, Conference Paper Series, No. 6, Nueva York: UNDP.
- HERRERA, G. (2004), «Mujeres Migrantes, Trabajo y Remesas», ponencia presentada en la Conferencia de Género, Trabajo y Pobreza en América Latina. FLACSO, Ecuador, 5-6 de marzo.
- MARKOFF, Jo y M. RICHTEL (2005), «Profits, not Jobs, on the Rebound in Silicon Valley», *The New York Times*, 3/7/05.
- NUSSBAUM, M. (2003), «Capabilities as Fundamental Entitlements: Sen and Social Justice», *Feminist Economics*, 9(2-3), pp. 33-59.
- PÉREZ-SAINZ, J.P. (2005), «Labor exclusion in Latin America: Old and New Tendencies», en L. Benería y N. Kudva (comps.), *Rethinking Labor Market Informalization: Poverty, Precarious Jobs and Social Protection*, Ithaca, Nueva York, Cornell e-Publishing.
- PICCHIO, A. (2005), «La economía política y la investigación de las condiciones de vida», en G. Cairó y M. Mayordomo, comps., *Por una economía sobre la vida*, Barcelona: Icaria.
- comp. (2003), *Unpaid Work and the Economy. A gender analysis of the standards of living*, London and New York, Routledge.
- PIRAS, C., comp. (2004), *Women at Work; Challenges for Latin America*, Washington D.C.: Banco Inter-Americano de Desarrollo.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (1990 y 1995), *Informe del Desarrollo Humano*, Oxford University Press.
- ROBEYNS, I. (2003), «Sen's Capability Approach and Gender Inequality: Selecting Relevant Capabilities», *Feminist Economics* 9(2-3), pp. 61-92.
- ROSSILLI, M., comp. (2001), *Políticas de género en la Unión Europea*, Madrid, Narcea S.A. de Ediciones.
- SEN, A. (1999), *Development as Freedom*, New York, Knopf.
- YOUNG, K., C. WOLKOWITZ y McCULLAGH (comps) (1981), *Of Marriage and the Market: Women's Subordination in International Perspective*, Londres, CSE Books.

Hungría en 1956: los límites de la desestalinización

JOSEP FONTANA

El 25 de febrero de 1956 Jrushchov pronunció el famoso «discurso secreto» en que denunciaba los crímenes de Stalin. Hubo un segundo discurso, mucho menos conocido, en que añadió detalles que mostraban el grado de alejamiento de la realidad en que vivía en sus últimos meses un Stalin enfermo y aislado del mundo que le rodeaba, incapaz de entender lo que sucedía en su propio entorno. Según contaba Jrushchov:

Una vez le dije a Stalin: «Camarada Stalin, tenemos una crisis en la agricultura».

Él replicó: «¿Qué quiere decir esto de una crisis?»

Respondo: «Una crisis, no hay leche... no hay ni carne ni leche».

—«Eso no es correcto» me dice, e inmediatamente se pone a la defensiva a causa de esta palabra. («La era de Stalin», «el liderazgo de Stalin» y hay una crisis... Sólo los enemigos usan estas palabras).

Le preguntó a Malenkov: «¿Producimos más o menos carne que antes?».

—«Más».

Yo dije: «También yo digo que más».

—«¿Más leche?».

—«Más».

—«Bien, la población ha aumentado también. Los salarios han subido. La capacidad de compra ha aumentado».

—«Si es así, decidlo de este modo».

No podíamos decirle estas cosas. Pero ¿qué clase de socialismo es aquel en que una persona no puede beber un vaso más de leche? (...)

Stalin dijo que había que formar un comité para estudiar esta cuestión. (...) Gastamos un montón de tiempo, no porque no entendiéramos el problema, sino porque no sabíamos cómo sugerirlo, cómo plantearlo. En consecuencia debíamos disfrazarlo de forma que no pareciese que teníamos razón, y algo se ganó de este modo.

Stalin lo leyó: «Así, dijo, [los campesinos] han de dar muchos miles de millones». Algo así como seis o siete mil millones. «Es un juego de niños, sólo los enemigos miran la cuestión desde este punto de vista. No saben cómo viven los campesinos... —dice Stalin. Con una gallina —dice— que venda el campesino paga todas sus obligaciones, con una sola gallina».

¿Cómo podía decir tal cosa, cuando no había visto un campesino vivo por lo menos desde hacía treinta años? Stalin, que vivía apartado en su dacha, y que desde su dacha no podía ver nada, porque estaba rodeada de árboles y de guardias. Ni con prismáticos podríais ver desde allí una persona viva, a excepción de los guardias (...).

En lugar de aceptar nuestras sugerencias, Stalin dice: «No, yo propondré mis propias ideas». Una vez tuvimos esta propuesta, examinamos la cuestión y aumentamos los impuestos sobre los campesinos en cuarenta millares de millones de rublos. ¡Dios mío! Me fui entonces y le dije a Mikoyan: «La única esperanza de salvación es que los campesinos se subleven. Porque no hay otra salida. Porque venden todo lo que producen para pagar las obligaciones, sus obligaciones. No tienen este dinero. ¿De donde podrán sacarlo?». Y empezamos a buscar. Pero ¿qué había que buscar? (...) La cosa acabó con la muerte de Stalin. De modo que quemamos el documento. Pero justo antes de su muerte este documento existía. Y si no hubiese muerto, no sé cómo habría acabado la cuestión. Posiblemente habría acabado con más encarcelamientos. Porque Stalin nos decía: «Hay populistas y socialistas revolucionarios», queriendo decir «enemigos».¹

Lo más singular de este discurso es el lugar y el momento en que fue pronunciado —en Polonia y en vísperas de una crisis de sus relaciones con los soviéticos—, lo que tiene que ver con las dificultades que los sucesores de Stalin encontraron para adaptar a las nuevas circunstancias sus relaciones con las «democracias populares» del este de Europa.

1. «Khrushchev second secret speech» en *Cold War International History Project. Bulletin*, 10 (marzo 1998) «Leadership transition in a fractured bloc», pp. 44-49.

La cuestión había comenzado, en los primeros tiempos después de la muerte de Stalin, con el intento de Beria de hacer una política de «nuevo curso», cuya intención real era desembarazarse de la carga económica que significaba sostener a estos gobiernos, y en especial al de la República democrática alemana. Los errores de los dirigentes de la Alemania oriental, que apostaron a la muerte de Stalin por un endurecimiento de su política de «construcción del socialismo», creyendo que con ello harían méritos ante los nuevos dirigentes de la URSS, condujeron al levantamiento de los trabajadores alemanes en junio de 1953. Este fracaso de la política de «nuevo curso» de Beria fue precisamente uno de los pretextos que justificaron su destitución y ejecución.²

Tres años más tarde, en el verano de 1956, volvieron a surgir los problemas que planteaba la dificultad de llevar la «desestalinización» al campo de las relaciones con las democracias populares. Todo comenzó en Polonia, con los alborotos de Poznan, el 28 y 29 de junio de 1956, provocados por el malestar de los trabajadores al rechazar el gobierno sus peticiones de mejoras. El orden fue restablecido por el ejército polaco, con 52 muertos y numerosos heridos, y los rusos no hubieron de intervenir. Pero el retorno a la actividad política, en el mes de octubre, de Gomulka, un dirigente polaco que había sido desplazado por las purgas estalinistas, acusado de nacionalismo, preocupó a los dirigentes rusos, y en especial a Rokossovsky, el militar soviético de origen polaco que había sido nombrado ministro de Defensa y jefe del ejército de Polonia en 1949.

En el momento en que el comité central del partido polaco iba a elegir a Gomulka y a destituir a Rokossovsky, los rusos hicieron avanzar tropas hacia Varsovia y una delegación de dirigentes soviéticos —con Jrushchov, Molotov y Bulganin— se presentó en la capital polaca para presionar al partido comunista. En plenas negociaciones Gomulka se enteró del avance de los tanques rusos y consiguió de Jrushchov que el avance se detuviese.

Al producirse en Polonia grandes manifestaciones de apoyo a estos cambios, que concluyeron con una concentración de más de medio millón de personas en Varsovia, los soviéticos optaron por no intervenir, temiendo un levantamiento popular, y aceptaron que los polacos eligieran a Gomulka como primer secretario del partido y destituyeran a Rokossovsky. Podían tolerarlo, dado que Gomulka conservaba un régimen comunista y mantenía su país

2. Mark Kramer, «The early post-Stalin succession struggle and upheavals in East-Central Europe. Internal-External linkages in Soviet policy making», en *Journal of cold war studies*, I (1999), 1, pp. 3-55.

dentro del pacto de Varsovia (el acuerdo defensivo de los países del este, paralelo a la OTAN, que se había firmado en mayo de 1955).

Mientras tanto surgían también inquietudes sociales en Hungría, donde en la primavera de 1955 Imre Nagy —que había llegado al poder en 1953, por influencia de Malenkov y de Beria, en su etapa liberalizadora— había sido desplazado por el estalinista Matyás Rákosi. Los soviéticos creyeron en este caso que bastaría con que mostrasen su apoyo a Rákosi para resolver la situación.

Pero los acontecimientos de junio en Polonia animaron a la oposición húngara, en unos momentos en que ya no se podía liquidar la agitación con los viejos métodos de la etapa estalinista. A diferencia de lo sucedido en Polonia, sin embargo, aquí el conflicto se producía en el interior del partido y podía alcanzar una mayor gravedad. Los soviéticos decidieron que no querían una repetición de los sucesos polacos y enviaron a Mikoyan, quien, contra lo que esperaba Rákosi, que contaba con su apoyo para mandar a la cárcel a Nagy y a centenares de «conspiradores», le recomendó que dimitiese y nombró en su lugar a Ernő Gerő, al propio tiempo que en Moscú se preparaba un plan preventivo de intervención rápida contra un posible levantamiento húngaro.³

Pese a lo inseguro de la situación, Gerő marchó de vacaciones a Rusia, y aunque en la primera semana de octubre, cuando regresó, las cosas estaban todavía peor, decidió volver a marchar, esta vez a Yugoslavia, del 15 al 23 de octubre. A las pocas horas de su regreso, el 23 de octubre mismo, una gran manifestación de estudiantes daba apoyo a los polacos, pedía que se introdujesen cambios parecidos en su país —«independencia nacional y democracia»— y derribaba una gran estatua de Stalin.

Sin aguardar las órdenes de un Gerő recién llegado de viaje, las fuerzas de seguridad comenzaron a disparar sobre los manifestantes desarmados que querían apoderarse de una emisora de radio en Budapest. Las cosas evolucionaron rápidamente y los soviéticos decidieron intervenir —la petición de ayuda de Gerő, que había de legitimar esta intervención, llegó a Moscú cinco días más tarde— con el pleno apoyo de Jrushchov y la oposición de Mikoyan, que sostenía que los húngaros podían resolver el problema por sí mismos.

De acuerdo con el plan de intervención, las fuerzas rusas estacionadas en Hungría ocuparon Budapest, mientras acudían en su apoyo otras divisiones

3. Jenő Györkey y Miklós Horváth, eds., *Soviet military intervention in Hungary, 1956*, Budapest, Central European University Press, 1999; Mark Kramer, «The Soviet Union and the 1956 crises in Hungary and Poland: Reassessments and new findings», en *Journal of contemporary history*, 33 (1998), 2, pp. 163-214.

que entraban desde Rumania y Ucrania: en total 31.500 soldados, con 1.130 tanques y aviones. Era un error: esta clase de fuerzas no servían para controlar una situación de revuelta urbana y no hicieron más que agravarla, provocando que tropas húngaras se pusieran al lado de los rebeldes.

Hubo centenares de muertos por los dos bandos, mientras el partido comunista soviético estaba desconcertado, sin saber cómo actuar. Las noticias que enviaban Mikoyan y Suslov desde Hungría les indujeron a no seguir con una intervención militar en gran escala, confiando en que se pudiera llegar a una solución «a la polaca». Esperaban que una «Declaración sobre los principios de desarrollo y de refuerzo posterior de la amistad y la cooperación entre la URSS y los demás países socialistas», publicada el 30 de octubre, podía ayudar a establecer las bases para una negociación. Pero llegaba demasiado tarde.

Los dirigentes rebeldes húngaros, empeñados en recuperar la dimensión humana del marxismo, iban mucho más allá que los polacos. En las reuniones que Mikoyan y Suslov mantenían con Nagy y Kádár, los húngaros plantearon sus exigencias: querían restablecer el gobierno de cuatro partidos que estaba en el poder en 1945, la retirada de las tropas soviéticas y el inicio de negociaciones para retirarse del Pacto de Varsovia y proclamarse neutrales.

Esto sucedía en plena crisis de Suez, cuando los rusos temían que una eventual victoria de sus enemigos podía poner en peligro su posición en el oriente próximo, de modo que decidieron que lo que pedían los húngaros podía significar el inicio de una desintegración del «campo socialista» y les debilitaría en exceso. El 31 de octubre, un día después de haberse publicado la «Declaración», viendo que los acontecimientos revolucionarios eran cada vez más graves y que Nagy expresaba su deseo de abandonar el pacto de Varsovia, cambiaron otra vez de opinión y acordaron intervenir militarmente en gran escala para restablecer el orden, puesto que temían que el ejemplo de Hungría podía extenderse a otros países de su área (de hecho se estaban produciendo manifestaciones de estudiantes en Checoslovaquia, en Rumania e incluso en Moscú y en Georgia).

El 31 de octubre el presidium del partido decidía intervenir, aunque Mikoyan, que no se encontraba en Moscú, amenazó incluso con suicidarse si no se reconsideraba la decisión. En la discusión participó Liu Shaoqui, que se mantenía en contacto telefónico constante con Mao, dado que los soviéticos habían invitado a los chinos a participar en la decisión que se tomase. «No sé cuántas veces cambiamos de opinión en uno y otro sentido», dijo en sus memorias Jrushchov. El primero de noviembre Janos Kádár era llevado en avión a Moscú para que entrase en Hungría acompañando a las tropas rusas. Sabemos que Kádár no aprobaba la invasión, que se resistió a secundar esta farsa

y que dijo a los dirigentes soviéticos que la revuelta húngara tenía como objetivo librarse de los compinches de Rákosi, pero que no pretendía derribar el sistema, sino democratizarlo.

Mientras tanto Nagy y sus partidarios pedían ayuda a la OTAN y a la ONU, engañados por la «política para la liberación pacífica de las naciones cautivas» que pregonaban los norteamericanos, aunque tenían que haber recordado que el secretario de Estado John Foster Dulles había dicho públicamente que no se enviarían tropas norteamericanas a Polonia, ni en el caso de que los rusos la invadieran.

Contradiendo al secretario de Estado norteamericano, el 27 de octubre Radio Free Europe no sólo incitó a los húngaros al sabotaje de ferrocarriles y líneas telefónicas y a reunir armas «para los luchadores de la libertad», sino que afirmó que si los revolucionarios conseguían establecer un mando central recibirían ayuda extranjera. Al día siguiente se radiaron instrucciones sobre la guerra de guerrillas y se dijo que las Naciones Unidas darían apoyo a los rebeldes si seguían luchando; el 30 de octubre se difundieron enseñanzas sobre la lucha contra los tanques y el 4 de noviembre se dio a entender que, si los húngaros podían resistir hasta el día siguiente a la elección presidencial norteamericana, que había de tener lugar el 6 de noviembre, era prácticamente seguro que el congreso norteamericano declararía la guerra a la URSS.⁴

No ha de extrañar, por ello, que años más tarde se haya acusado a estas emisiones, escasamente controladas por Washington, de haber causado «la muerte de miles de jóvenes húngaros», que fueron incitados a participar en una lucha suicida, alentados con falsas promesas de ayuda exterior. El mes de junio pasado, con motivo de la visita de Bush a Budapest, los supervivientes del levantamiento de 1956 le exigieron que pidiese perdón por estos hechos. Que a Bush no se le ocurriese otra cosa que poner el levantamiento de 1956 como un ejemplo para Irak no deja de resultar más bien siniestro.

La conducta del gobierno norteamericano no tenía nada que ver con la propaganda radiofónica que había creado estas expectativas.⁵ Foster Dulles en-

4. Michael Nelson, *War of the black heavens. The battles of Western broadcasting in the cold war*, Londres, Brassey's, 1997, pp. 72-84.

5. Hubo, al parecer, una conversación entre Eisenhower y Dulles, que estaba en un hospital, convaleciente de una operación de cáncer de colon, en que el presidente le habría dicho que pensaba que habían estado incitando a los húngaros a sublevarse durante los últimos años y que ahora que estaban en un apuro les volvían la espalda. A lo que Dulles habría contestado: «Siempre hemos estado en contra de una rebelión violenta».

cargó expresamente al embajador Bohlen que tranquilizase a Jrushchov diciéndole que los Estados Unidos no tenían intención alguna de «buscar aliados militares entre los satélites soviéticos» y se dieron instrucciones expresas para que las tropas de la OTAN evitasen cualquier actuación que pudiese parecer provocativa. Los norteamericanos, que habían decidido abandonar a los húngaros en manos de los rusos, de acuerdo con la nueva política de tolerancia mutua surgida de las conversaciones de Ginebra, se limitaron a presentar el tema al Consejo de Seguridad y a utilizarlo en el terreno de la propaganda.⁶

Los rusos comunicaron a sus aliados, incluyendo a los yugoslavos, lo que se disponían a hacer y el 4 de noviembre comenzó la invasión militar soviética que liquidó la revolución húngara en cuatro días (hubo pequeños focos de resistencia durante tres días más) y llevó al poder un gobierno prosoviético presidido por Kádár. Nagy fue ahorcado en 1958.

En 1956 —como más tarde, en Praga, en 1968—, los dirigentes soviéticos fueron incapaces de aceptar unos cambios que hubieran podido hacer viable un socialismo que recuperase las grandes esperanzas que animaron en sus primeros años a los fundadores de las «democracias populares», nacidas de la lucha contra el fascismo. Incluso cuando, como sucedió en el caso de Hungría en 1956, no cabía pensar que las exigencias democratizadoras formasen parte de una estrategia de sus enemigos en la guerra fría, el miedo a que la voluntad de cambio se extendiese en el interior del «campo socialista», y llegase incluso a la propia Unión soviética, les llevó a optar por una solución inmovilista.

Jrushchov había acabado su segundo discurso secreto diciendo:

Después de la muerte de Stalin conseguimos un aumento en la agricultura. Lo cual significa que entendemos las cosas y podemos encontrar la solución adecuada. ¿Por qué no la encontramos antes? Por culpa de una persona que lo frenaba. Y no podíamos hacer absolutamente nada.

Stalin nos decía que el mundo capitalista nos engañaría, porque éramos como unos cachorrillos ciegos. Pero si ahora volviese, le enseñaríamos lo que hemos hecho y le mostraríamos cómo hemos conseguido limpiar la atmósfera.

6. Chris Tudda, «'Reenacting the story of Tantalus': Eisenhower, Dulles, and the failed rhetoric of liberation», en *Journal of Cold War Studies*, 7 (2005), nº 4, pp. 3-35.

Lo que estaba claro en 1956 era que si los sucesores de Stalin habían conseguido cambiar en algunos terrenos, en el de las relaciones que habían de regir en el interior de lo que se daba en llamar el «campo socialista», y que necesitaban de cambios muy serios si se pretendía que alguna vez existiese realmente tal «campo», seguían presos de los mismos miedos y los mismos errores que habían heredado del pasado.

828, MODELO PARA ARMAR A propósito de la historia cultural rusa

JOSEP TORRELL

Seis años después de *La revolución rusa (1981-1924). La tragedia de un pueblo* (1996) apareció un nuevo libro de Orlando Figes, *El baile de Natacha. Una historia cultural rusa* (en inglés, 2002; en castellano, Edhasa, Barcelona, 2006), no menos grueso que el anterior.

El tipo de historia que practica Orlando Figes es una historia narrativa, que cuenta el pasado como si fuera una novela. Este tipo de historia adolece de un punto negro. A saber, su capacidad de profundización tiene que ver con la amplitud del periodo que estudia. A mayor amplitud, menor profundidad; a menor amplitud, mayores detalles y una mayor atención a las explicaciones que confieren eso que normalmente llamamos exhaustividad.

La Revolución rusa tenía 998 páginas que divididas por el número de años del estudio (33 años) daban un

total de treinta páginas por año. *El baile de Natacha* consta de 828 páginas, que divididas por los años de que trata el libro (de 1017 a 1983) dan poco más de una página por año. La primera desilusión parte de ahí. Hacer una historia narrativa de casi mil años, entreteniéndose en los por menores, es, digámoslo pronto, abusivo. Significa que hay siglos de los que apenas se dirá nada. Esto requiere un mecanismo que permita contar y callar y, a la vez, que no se note mucho.

El mecanismo escogido fue el modelo para armar, en el que se dan los materiales para que el lector haga a posteriori su propio montaje y saque sus conclusiones. No es ninguna forma caleidoscópica, que disemine el discurso por todas partes, sino un simple despedazamiento de lo contado. De esta forma, Figes ha ampliado los ámbitos de aplicación de la obra abierta a la investigación histó-

rica del pasado. Es muy probable que optara por ese peculiar recurso narrativa con el convencimiento de que serían pocos los que luego cuestionaran la validez de la operación. Dicho de otro modo: que serán pocos los que hallarán el discurso sobre la cultura rusa *prácticamente ausente* de las abundantes páginas de este libro.

Así, el título del libro, *El baile de Natacha*, y la pregunta que subyace en él —a saber: cómo sabía bailar un baile que no le había enseñado nadie—, queda resuelto cien páginas más adelante, cuando se cuenta —de pasada— que los niños nobles jugaban a menudo con los niños siervos y aprendían sus bailes y sus juegos. Es sólo el principio, el primer resorte para lograr que lector acepte el modelo. Es preciso mostrar que la estrategia expositiva es un modelo para armar. Después de contar el programa europeísta de los zares rusos y la decepción que supuso la revolución francesa de 1789, y cuando el lector va cómodamente instalado en esta vía hacia el siglo XIX, le sobresalta el súbito retroceso hacia la Edad Media, con el relato de la Santa Rus y las antiguas tradiciones de Moscovia. El modelo se desarma, como pretende su autor. Otro salto mortal lo efectúa Figes cuando (a partir de la página 435) cuenta la invasión mongol y aprovecha la ocasión para señalar las palabras rusas que proceden del mongol o del turco. Son tantas que el lector queda anonadado, pero lo importante es que esta historia narrativa contada como una novela —con saltos hacia

atrás y hacia adelante— queda confirmada y aceptada; de lo contrario, se interrumpe la lectura del libro lisa y llanamente.

* * *

La historia contada en *El baile de Natacha* empieza en el momento de decidir dónde se construirá Petrogrado (1703) y termina cuando Igor Stravinski vuelve por primera vez a la Unión Soviética (1962). Para atrás en el tiempo hay los dos movimientos de retroceso hacia la Edad Media. Para adelante la cuestión es algo más difícil. El siglo XX se sigue sólo a través de algunos grandes maestros en su arte (Stravinski y Schostakovich en música, Eisenstein y Tarkovski en cine, etcétera). Esto hace que *aparentemente* se hable de toda la historia cultural rusa, pero en realidad hay lagunas por todas partes. Por ejemplo, el siglo XX acaba cuando acaba el estalinismo, en 1953. La época de Jruschov no recibe ni una mirada de conjunto: nada que decir de la cultura que ha surgido de las ciudades, por ejemplo. O, igual de sintomático, la película *Cuando pasan las cigüeñas* (1957) de Mijaíl Kalatozov no es mencionada a pesar de ser la película emblemática del deshielo (conocida en todo el mundo). La liquidación del estalinismo y la nueva era Jruschov podía haber suministrado un punto final a esta historia, y en verdad, éste es el caso. Lo único que pasa es que no lo dice.

La historia contada en el libro interesa más cuando menos datos se tengan sobre ella (significativamente

como en toda obra de divulgación). Porque al avanzar sobre terrenos conocidos —finales del siglo diecinueve y principios del veinte— se detectan olvidos graves y algunos errores de bulto.

Así, por ejemplo, Figes mete todos los escritores del diecinueve en un capítulo titulado «En busca del alma rusa», desde Gógol hasta Chejov, pasando por Dostoievski y Toltstoi. Para ello se sirve del argumento de que todos eran creyentes, pero este argumento es un tanto excesivo. El único argumento para sostener la religiosidad de Chejov es su propuesta de *un código moral básico* para el pueblo ruso, pero de ahí a entender que esta moral sea religiosa hay un abismo. Casi todos los reformadores políticos han sido partidarios de un código moral nuevo, y eso no significa que fueran creyentes. El código moral de Chejov se expresó en *La isla de Sajalin* (1884), folleto contra las torturas a los presos (que acabó con su abolición en 1904, después de una larga lucha). En esto no había ninguna revelación divina sino motivos médicos y políticos.

Por otra parte, Figes no siente gran admiración por Lenin, y los comentarios despectivos abundan en la sección destinada al siglo veinte. Por supuesto, está en su derecho, pero hay un deber básico del historiador que no es posible franquear. Es el deber de no engañar a su lector. Sin embargo, lo hace conscientemente. En la página 538, Figes descalifica a Lenin porque “desdeñaba el potencial

de los trabajadores como fuerza cultural independiente”. Lo sorprendente es que, en la página 539, pasa a hacer una exposición de cómo la clase obrera industrial necesita instrucción y ha de aprender del arte del pasado. El problema es que *esto es Lenin en estado puro*, y Figes lo sabe perfectamente (por las mil páginas dedicadas a *La revolución rusa*). A veces conviene ser cuidadosos con los no amigos, sobre todo cuando el desdén y el *préstamo teórico* van juntos en una misma página.

* * *

En la práctica, esta historia cultural se basa en gran medida en una historia de las artes (a partir de mediados del siglo diecinueve) y algo menos en las ciencias sociales y el sentido común. Es decir, en la mayoría de páginas de *El baile de Natacha* la cultura se entiende de forma reduccionista, como aquello que producen artistas y literatos. Cabe señalar, sin embargo, que esta deriva no siempre es así, sobre todo en los capítulos que más se sumergen en el pasado.

Un aspecto interesante es la importancia que da a la música y a la búsqueda de una sonoridad nueva en los compositores rusos de finales del diecinueve. Las explicaciones que proporciona tanto de Balakirev como de Stravinski son convincentes (por lo menos para un profano). Probablemente es de las páginas más acertadas del libro, aunque cause estupor ver el análisis de Balakirev *repetido*

dos veces (en las páginas 233-279 y las 473-474), lo cual plantea el interrogante de si ese modelo fue alguna vez montado en serio.

Más allá de la música, el libro adolece de algunas cosas. Adolece, por ejemplo, de un tratamiento significativo de la arquitectura. No es que falten análisis de la arquitectura dieciochesca de Petrogrado, ni de las iglesias rurales, ni de la moda de las *dachas* a mediados del siglo pasado. No. Ocurre, sin embargo, que esto se detiene muy pronto, concretamente a principios del siglo XX. El libro pasa por alto el gigantismo soviético. Los enormes edificios oficiales y, sobre todo, los hoteles, estos hoteles monstruosamente grandes que tienen la recepción en cada piso porque de otro modo sería imposible gestionarlos. Este gigantismo tiene que ver con el sueño soviético, con la política de hoteles para todos.

Tampoco hay —Figs debe haber olvidado sus primeros contactos con Rusia— una palabra sobre el interior de esos hoteles cuando llevan cierto tiempo en servicio, sobre la omnipresencia del plástico (del plástico de baratillo, que estuvo de moda a principios de los años sesenta), de un principio de acumulación que amontona en las habitaciones los restos de un lejano esplendor (nunca renovado).

Por otra parte, no hay ni una sola referencia a la escultura y las artes monumentales, excepción hecha de los talleres dedicados a la exporta-

ción a Francia de artes del consumo (objetos en madera, chales, exportación textil, etcétera) y, en particular, la omnipresencia de *El jinete de bronce* (1782), tanto en su dimensión simbólica como literaria (a través de Pushkin, Gógol o Biely). No hay más. Sin embargo, las estatuas de Lenin han acompañado al régimen soviético (y en muchos casos le han sobrevivido), y tienen algo que ver con una historia cultural de ese país (y de la CEI). La película *Disgraced Monuments / Monumentos caídos en desgracia* (1993) de Laura Mulvey y Mark Lewis —no estrenada— habla de esos monumentos como retratos de la sociedad, que es lo que, en principio, este libro trata de hacer.

La pintura del siglo XIX es otro de los asuntos bien tratados en este libro, y permite entrever cuáles son los pintores importantes y sus circunstancias históricas. Pero el libro se inhibe ante el siglo XX y la abstracción. De Kandinski se comentan sólo las primeras obras figurativas y se sigue con Chagall. Malevich no existe. Pirosmanni, Larionov, Tatlin, Filonov, Exter, Rozanova, Popova, Stépanova, El Lissiski, Rodchenko o Lébedev tampoco. El arte abstracto —y su condena por el estalinismo— quedan fuera del libro.

La sociedad rusa tiene una pasión por los libros y es una lectora voraz y apasionada. En *El baile de Natacha* se pueden hallar numerosos datos de ediciones y aportaciones de autoridades occidentales que dan el dato por

consolidado. Pero al efectuar un acercamiento se observa que la literatura es objeto de una selección más retorcida. En poesía, de Pushkin se pasa sin solución de continuidad a Anna Akhmatova, Marina Tsvietáieva y Osip Mandelstamm. En el siglo XX, sin embargo, los nombres que han *desaparecido* en la selección son multitud. Se cita a Blok y Biely, pero se calla el de Khlebnikov (y se calla también que fueron —con los constructivistas— los primeros en dar apoyo activo a la Revolución). Se cita a Vladimir Maiakovski pero en cambio no se dedica ni una línea a Serguei Essenín, aunque fue el segundo poeta de la revolución, y sobre todo el poeta más leído en su tiempo. Como la era Jruschov no interesa, se pasa de puntillas, y no hay referencias a la nueva generación de poetas que hicieron perceptible el deshielo: Evtuchenko, Voznesenki o Bella Akmadulina.

En el apartado de la prosa, despacha de un plumazo los satíricos de los años veinte (Bulgakov, Zamiatin y Zoschenko) y a los narradores prohibidos, Boris Pilniak y Andrei Platonov, pese a que son dos clásicos indiscutibles de la literatura del siglo veinte. Más allá de esto —que son los años treinta— no hay más que una mención negativa a Solzhenitsyn, un comentario extraliterario de Pasternak y una cita elogiosa de Vasili Grosman.

En ámbitos en los que tengo cierto conocimiento es donde percibo mejor los vacíos. Así, por ejemplo, en el

cine, donde destaca únicamente a Eisenstein y a Tarkovski. Ni una referencia a Dovjenko: no existió. Dziga Vertov, Kulechov y Pudovkin sólo merecen menciones, pero sin entrar en sus filmografías. A partir de los años veinte hay un corte y el cine desaparece hasta la aparición de Tarkovski. Pero el cine soviético no desaparece, al contrario. Que en los años treinta Eisenstein haga sólo una película no impide que esos sean los años del descubrimiento del *travelling* como instrumento creativo: basta ver *Iván* (1932) de Dovjenko, *La obrera milagrosa* (1934) de Alexandr Medvedkin, *Los pilotos* (1935) de Juri Raizman o *Los marinos de Kronstadt* (1937) de Efim Dzigán, para darse cuenta de ello. Además, Eisenstein va a dedicar su tiempo fundamentalmente al VGIG (la escuela de cine) durante diez y seis años, hasta su muerte. Por lo demás, y con perdón por Tarkovski, pero citarle sólo a él equivale a ningunear de hecho a Marlen Juciev, Larisa Sepitko y Alexei Guerman, entre otros muchos que formaron el nuevo cine soviético (1961-1968).

* * *

Entre las cosas que uno echa de menos, hay una muy llamativa, en particular para los militantes socialistas. Quizá eso no sea especialmente interesante para los que no compartan el empeño por conseguir la propiedad colectiva de los medios de producción, y puede que Orlando Figes lo haya descartado del libro precisamente por esto. Lo que se echa en falta

es una estructura de comportamiento.

Un caso notable es el que plantea la película *Tishe!* (*¡Silencio!*, 2002) de Victor Kosakovski (véase *El Viejo Topo* núm. 219). Aparece un socavón, va la cuadrilla y lo cubre. Pero ese socavón reaparece reiteradamente, lo que hace suponer que el suelo está en mal estado. Sin embargo, la cuadrilla cubre y recubre el socavón, una y otra vez. A veces, el desastre es de órdago, pero ellos hacen su tarea: cubrirlo. Los miembros de la cuadrilla tal vez sean conscientes del problema, pero lo llamativo es que no hacen nada. A ellos se les ha mandado solamente cubrirlo y ellos lo cubren. Ya se encargarán otros de arreglar otros desperfectos.

Otro ejemplo. En julio de 2001 fui presidente del jurado de la Federación Internacional de la Prensa Cinematográfica (FIPRESCI) en el Festival Internacional de Sochi, en el Mar Negro. La secretaria adjudicada al jurado vino a vernos para seleccionar un lugar apropiado para poder discutir nuestra elección. Nos sacó al aire libre, nos condujo a un rincón recoleto y nos dijo qué nos parecía aquel sitio. Le dije que nos parecía bien. Por la noche, fuimos a ese lugar y vimos el kiosco de vodka bien iluminado y la mesa del jurado *absolutamente a oscuras*. El sol de mediodía había desaparecido ya a aquellas horas del anochecer. Nos quejamos a la chica y ella anonadada contestó que lo único que hizo fue buscarnos un sitio acogedor como le

habían encargado y que ella *no era para nada la responsable del sol*. Hicimos la reunión a oscuras (con los focos del kiosco de vodka).

¿Desatención? ¿Falta de responsabilidad? No exactamente. Es más bien la suma de haber sido siervos hasta 1861 y, luego, haber sido víctimas del estalinismo. La forma cómo atienden su trabajo es el cumplimiento de la orden (sea cual sea) y pararse ahí. Puede ser —pero no es seguro— que vean las consecuencias de su acción, pero esto *corresponde a otro*. En los últimos años del poder soviético al oír esta expresión les aconsejaba a los visitantes pedir socorro en seguida.

El problema es que un hábito de las estructuras mentales como éste tardará tiempo en desaparecer. Mientras tanto, quizás no deba sorprendernos tanto las bobaliconas multitudes que en octubre de 1993 contemplaban el sangriento bombardeo al Parlamento Ruso por parte de Yeltsin con los brazos cruzados, sin hacer nada. Habrá que cambiar esta costumbre si esperamos que los rusos luchen por dos cosas que van indisolublemente ligadas: su autonomía personal y la democratización del conjunto de la sociedad.

* * *

¿Qué hacer con este libro? ¿Con un libro que nos causa desilusión y, en cierta medida, nos parece abusivo? Cualquiera que sea su extensión, el libro no pasa de ser una obra de divulgación, aparentemente extensa,

pero algo engañosa. Pero ocurre que en el mercado editorial español no existe ninguna obra de divulgación parecida. No hay ni siquiera una buena exposición sobre las artes en Rusia. Si se echa un vistazo a la «Guía de lecturas adicionales» de *El baile de Natacha*, uno queda abrumado por la bibliografía en inglés (y por la parquedad en castellano). Ciertamente Fíges sólo cita bibliografía en inglés (y, en notas, en ruso), pero la comparación es apabullante: no hay nada comparable en la bibliografía en lengua castellana. Nada. Así las cosas,

conviene tener siempre presente ese vacío que le rodea y ser ecuánime.

Recomendarlo calurosamente no parece muy coherente. Aunque es igualmente irreflexivo cargarse de plano el libro, y olvidar todas las cosas útiles que hay en él. Así las cosas, habrá que contar pormenorizadamente tanto sus virtudes como sus defectos, para decir luego que si uno lee el libro probablemente sabrá un poco más de historia cultural rusa que la que sabía antes. Lo que, a decir verdad, no es poco.

CITA

Sin Ítaca que aguarde.
(de un verso de LUIS CERNUDA)

mientrastanto.e

Mientras tanto está publicando un boletín electrónico de periodicidad mensual, quienes deseen suscribirse gratuitamente a *mientrastanto.e* pueden solicitarlo a la dirección siguiente:

suscripciones@mientrastanto.org

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Nombre

Dirección C.P.

Población Provincia

NIF Teléfono

Profesión Ocupación

SUSCRIPCIÓN POR 4 NÚMEROS
DESDE EL PRÓXIMO NÚMERO

- primera suscripción
 renovación

Tarifa:

- España 22 euros
- Europa 30 euros
- Resto del mundo 37 euros

NÚMEROS ATRASADOS QUE SE DESEA RECIBIR

.....

.....

Números atrasados hasta el nº 89 (en existencia) 3 euros

SUGERENCIAS

Apartado de Correos 30059, Barcelona

SUSCRIPCIONES

e-mail: comandes@icariaeditorial.com

e-mail: icaria@icariaeditorial.com

Tel.: (34) 93 301 17 23/26 (Lunes a viernes de 9 a 17 h.)

Fax: (34) 93 295 49 16

Forma de pago:

- Talón adjunto a nombre de Icaria editorial
- Transferencia a la c/c de Icaria editorial n.º 2013 0717 61 0200380950, de la Caja de Ahorros de Cataluña - Girona, 15 - 08010 Barcelona.

Domiciliación bancaria:

lcta. o cc.

n.º _____
 entidad oficina control n.º lcta. o c.c.

Visa N.º tarjeta Fecha de caducidad

(Para facilitar la gestión bancaria, le rogamos que rellene cuidadosamente cada casilla con el dígito correspondiente. Consulte con su entidad bancaria sin tiene alguna duda.)

dirección

agencia

entidad

ORDEN DE PAGO

Sr. director del Banco o Caja

Dirección

Sírvase atender hasta nuevo aviso, y con cargo a mi cuenta, los recibos que le sean presentados por la revista *mientras tanto*.

Titular de la cuenta

Dirección

Número de la cuenta

Atentamente,

(firma)